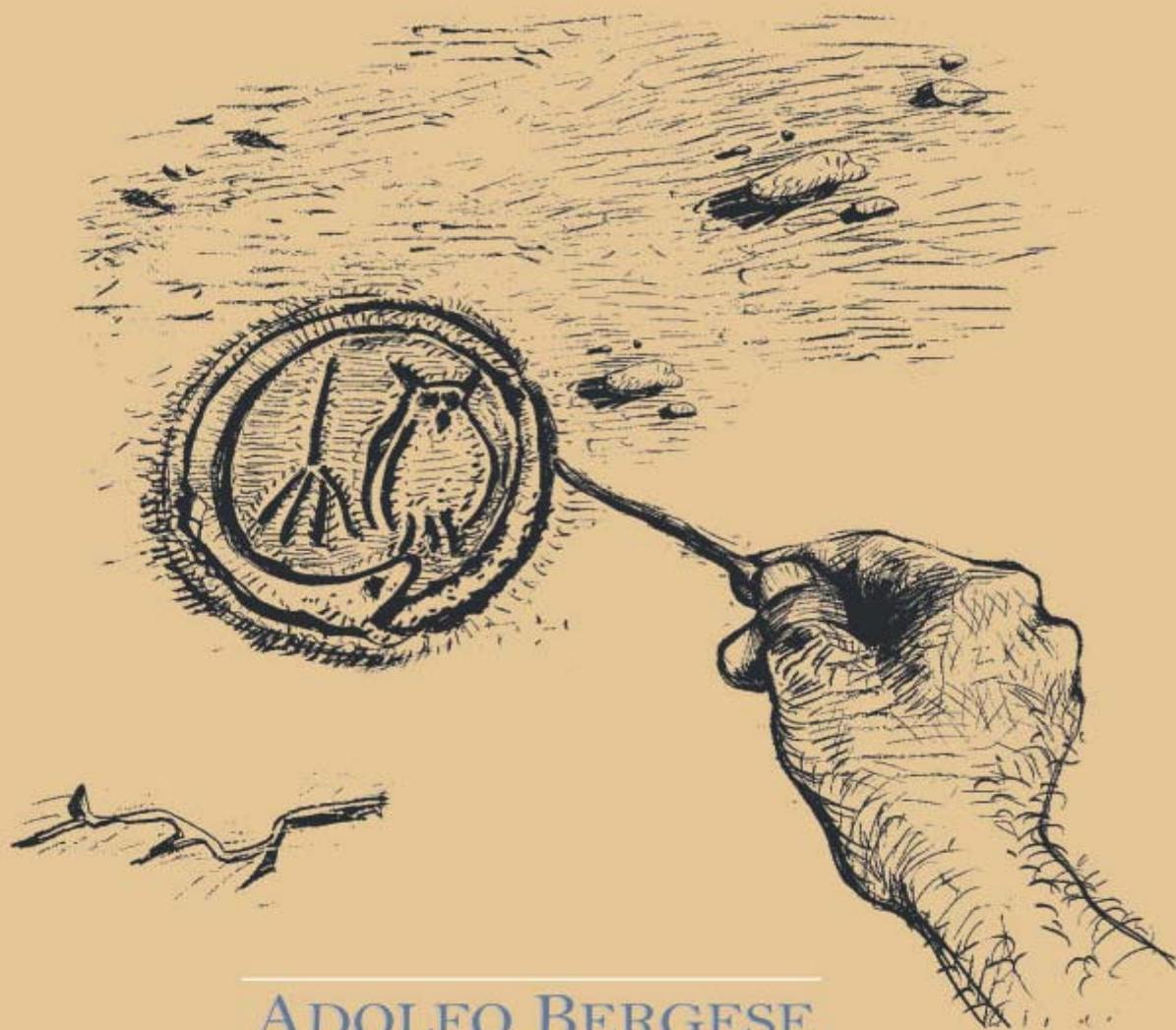


# *El Camino del Brujo*



---

ADOLFO BERGESE

---

 Editorial Brujas





ADOLFO BERGESE

*El Camino del Brujo*

 Editorial Brujas

Título: El camino del brujo  
Autor: Adolfo Bergese  
Dibujos: Agustín Butti

Bergese, Adolfo I.  
EL camino del brujo. - 1a ed. - Córdoba : Brujas, 2013.  
222 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-591-352-3

1. Superación Personal. 2. Espiritualidad. I. Título  
CDD 158.1

© 2013 Editorial Brujas

1° Edición.

Impreso en Argentina

ISBN: 978-987-591-352-3

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de tapa, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia sin autorización previa.



ENCUENTRO  
Grupo Editor



Editorial Brujas

Miembros de la CÁMARA  
ARGENTINA DEL LIBRO



[www.editorialbrujas.com.ar](http://www.editorialbrujas.com.ar) [publicaciones@editorialbrujas.com.ar](mailto:publicaciones@editorialbrujas.com.ar)

Tel/fax: (0351) 4606044 / 4691616- Pasaje España 1485 Córdoba-Argentina.

## DEDICATORIA

En las afueras de El Cairo, capital de Egipto, custodiado por las pirámides del valle de los reyes, un día caí de rodillas ante la imponente de un atardecer que el Sinaí me regalaba, una experiencia más espiritual que estética, en ese momento me pesó la soledad y comencé a extrañarlos, sin saber que ya existían en el no tiempo, a vos Gabriela compañera leal de camino y Madre de mis niños:

A vos Nahuel, sensible y luchador.

A vos Tarik dulce y rebelde.

A ustedes está dedicado mi libro, tengo la rara convicción que de existir otras vidas, caminaron conmigo, si no, no entiendo que en una sola pueda amarlos tanto.



## AGRADECIMIENTOS

A mi familia paterna, a todos, porque fueron el inicio del camino.

A mis amigos que son muchos y tan queridos.

A los brujos que viven en la niebla y a los que caminan todavía a mi lado, que no voy a revelar sus nombres, por respeto a su código de silencio.

A mi editor Marcelo Ferrero, que considero mi amigo aunque el todavía no lo sepa.

A mi corrector, que transformo mi desorden, en algo más comprensible.

A mis pacientes, por la confianza de poner en mis manos lo más sagrado de un ser humano, su mente.

A Pepe Bartolomé, porque me empujó a esta aventura de escribir, y que es quien va a terminar este proceso ya que es quien compaginara mi libro y le dará vida.

Al hermano que me regalo la vida a vos Tino.

A todos, todo mi amor y agradecimiento.



## PRÓLOGO

Vivencias; caminos; enseñanzas... del escritor amigo.

Apenas comencé a leer el borrador del libro se me vino a la memoria un hecho que me ocurrió en mi vida de niño-adolescente: en mi pueblo salíamos en grupo de 10 a 12 chicos, buscábamos calcomanías “calcos” para adornar y embellecer nuestras bicis, recorríamos negocios en su búsqueda ; una tarde fuimos a donde estaban las más lindas (eran de amortiguadores), entramos en patota a un negocio y el dueño sale y nos comunica que no le quedaban más, pese a la insistencia nuestra- nada-negativo, hasta que me harté y mirándolo fijo le dije: yo se que Ud. tiene y no quiere darnos, el señor enfureció, me clavó los ojos y me dice “hay para todos, menos para vos”... todos mis amigos como abeja al néctar entran a buscar los tan ansiados calcos; luego nos fuimos , ellos contentos y yo sin... calcos, altanero, pero, sin comprender porque los mayores nos hacían pagar tan caro decir la verdad, Con el tiempo le fui encontrando distintas lecturas a este episodio y hoy continuando con el libro, encontré otros matices más.

El camino del autor se ve enriquecido por sus viajes internos y externos, al lector le sugiero leerlo sin apuro, pensando, tratando de encontrar ese pensamiento o idea interna para que de esta forma todos encuentren a su “don Hilario”, ese es mi deseo.

*Tino*



## ÍNDICE

Dedicatoria .....	5
Agradecimientos .....	7
Prólogo.....	9
Introducción .....	13
El inicio.....	15
La historia del agua.....	19
El cura Quevedo .....	23
Don Hilario .....	25
La sabiduria de las cinco P.....	29
Los brujos .....	35
Los sacerdotes y los herejes .....	41
La mente y el agua.....	51
Soledad y aislamiento .....	57
Comunicación.....	61
Los seres de la niebla y el encuentro con mi lado oscuro ..	71
El retorno.....	79
El arte de la meditación.....	83
La conspiración de los ignorantes .....	89

El encuentro con mi niño interno .....	97
El secreto de mi curación.....	101
Las enseñanzas de la naturaleza.....	107
Cuando la mejor manera de ayudar es no ayudar.....	115
La pérdida del paraíso infantil .....	119
El tiempo y el sonido.....	123
El exorcismo de los juegos .....	133
No podemos dar lo que no tenemos .....	137
El día que Don Hilario conoció a mi abuelo.....	141
El miedo como aprendizaje .....	149
El día que conocí a Don Ernesto .....	157
El arte de aprender a ver .....	167
Volviendo a casa .....	175
La sabiduría de la simpleza .....	181
La limpieza interior .....	185
La dura experiencia de la primera la limpieza.....	189
Mantras, mándalas y mudras .....	195
El arte de meditar.....	201
Leyenda de la Atlántida y otras civilizaciones perdidas...	205
Doña Teresa y sus enseñanzas .....	211
El fin del camino .....	217

## INTRODUCCIÓN

Ocurren cosas en un mes sin importancia y en un día intrascendente que no parecen más que cosas cotidianas, y sin embargo el tiempo nos muestra que nos han cambiado la vida y los sentimientos. ¿Será esto la locura? ¡Pues viva la locura entonces! Sin saberlo racionalmente, nos hemos conectado con un propósito dormido vaya uno a saber en qué rincón de nuestra mente o alma que nos empuja a un proceso donde no hay retorno. Así, un día comenzó esto que quiero contarles.

Soy terapeuta, y tengo por costumbre apoyar las devoluciones a mis pacientes con escritos, símbolos, números, diagramas, etcétera. Es común también que ellos me pidan llevarse lo que garabateé. Con el tiempo, algunos de ellos directamente traían un cuaderno y escribían las cosas que les resultaban importante para reflexionar posteriormente en ellas. Me parecía muy normal, hasta que un día se me ocurrió hacer la pregunta fatal a uno de mis pacientes: “¿Por qué escribís tanto?”. Y él, levantando la cabeza, me dijo con naturalidad: “Porque usted no escribe un libro. El día que lo haga, quizás ya no hagan falta más cuadernos”. Luego, siguió escribiendo como si nada. Esta respuesta fue el principio de un rompedero de cabezas que duró tres años aproximadamente, entre mi negativa a escribir y mi necesidad oculta de hacerlo.

Llené cuadernos y hojas sin coherencia. No podía encontrar el cómo, el cuándo ni el qué para darle un orden a todo, un sentido.

Un día me encontré con un amigo que conocía y que incluso había compartido muchos momentos conmigo. Le conté mi propósito de escribir y me dijo: “¡Qué bueno! Has vivido tantas cosas “raras” que sería interesante que las escribieras”.

¡Eureka! Había encontrado el hilo conductor. Me dispuse entonces a escribir las cosas “raras” que había vivido. Tal vez a alguien le sirviera y entonces tendrían para él el mismo sentido que siempre habían tenido para mí.

Permítame aclarar que siempre tuve la inquietud de investigar, además de las enseñanzas obtenidas en los claustros universitarios, otras corrientes no tradicionales, que completaron mi comprensión de la mente y del alma humana, llevándome a experiencias que, vistas desde el pensamiento cotidiano; pueden parecer “raras”, e incluso muy “locas”. Quizás tengan razón.

A mí me resultaron sublimes y me abrieron puertas impensadas. Sólo déjenme contarles y después saquen sus conclusiones.

Que así sea.

## EL INICIO

Cuando tenía tres años, me diagnosticaron una enfermedad llamada “espinas bífidas”, una patología ósea de la columna vertebral. Este diagnóstico vino como consecuencia de una investigación médica de los síntomas que presentaba, porque estaba flaco, débil, y con un millón de glóbulos rojos. Se me veían las costillas. En síntesis, era una “porquería de chico”.

Lo cierto es que este diagnóstico era incompatible con la vida. Los médicos, siempre tratando de hacer algo, decidieron enyesarme desde las rodillas hasta el cuello con un travesaño que separaba mis piernas y una ventana para hacer mis necesidades. Lo que los médicos no tuvieron en cuenta fue que, durante ese tiempo, el algodón que colocaron debajo del yeso era industrial, lo que significa que aún tenía restos de semillas del lino. Imaginen ahora lo que ocurrió cuando me picaba en distintas partes del cuerpo. Hoy debo reconocer y recordar que fue una verdadera tortura.

Aún con mi corta edad, recuerdo mi llanto y haber deseado morirme para terminar con semejante calvario, a pesar de los intentos de mi madre de mitigar mi picazón con una aguja de tejer. Sin embargo, no era suficiente; hasta que un día ocurrió algo que —diría— fue el comienzo de mis cosas “raras”: no sentí más picazón, como si mi cuerpo estuviese unos centímetros por encima del yeso, como si flotara.

El tiempo me hizo volver al recuerdo de esta experiencia, pero en ese momento, con tan corta edad, sólo me importaba no sentir más la tortura.

Llegó el día en que me fue retirado el yeso y el de una nueva consulta médica. Las caras de los médicos no presagiaban buenas noticias. Les informaron a mis padres que el tratamiento no había dado resultado, que era necesario realizar una operación. Mi madre rompió en un llanto. No sabía que pasaba, pero sabía que no era bueno.

Ya de regreso a mi casa, en la encrucijada de tener que tomar una decisión y la angustia que esto les significaba a mis padres, ya que tampoco había ninguna garantía del resultado; una mañana nos visitó mi abuelo paterno, un hombre alto y fornido, de pocas palabras, que participaba muy poco de la cotidianidad familiar. Para mí una incógnita, y aunque a todas luces no se trataba el abuelo típico, sí era muy respetado por familiares y amigos. Les pidió a mis padres tener un diálogo con ellos, donde les solicitó que me dejaran con él durante un mes y que después decidieran lo que creyeran conveniente. Tengo hoy la sensación de que, perdido por perdido, mis padres aceptaron esta propuesta.

Al día siguiente viajé con él a un pueblo serrano, en Santa Rosa de Calamuchita. En verdad, más que un pueblo era un rancho metido en el faldeo de las sierras. Llegamos a ese paraje y mi abuelo golpeó las manos en la tranquera. Salió a recibirlo un señor que se fundió en un abrazo con mi abuelo, como si lo conociera de toda la vida. Hablaron un rato en forma amena y después fue como si cayeran en la cuenta de que yo estaba ahí.

Me llevaron al alero del rancho y el señor, que se llamaba Hilario, tomó una pala y extrajo del costado de la galería una

champa cuadrada de pasto. La trajo y me sentó en ella, tras haberme bajado los pantalones y dejado mis “asentaderas” al aire. Luego sacó de su desgastado pantalón una pequeña rama y marcó sobre el pasto el contorno de la parte de mi cuerpo que se apoyaba en él, murmurando palabras ininteligibles.

Tras este “ritual”, me hizo levantar y llevó el pasto al sitio de donde lo había retirado, lo dio vuelta y, mirando a mi abuelo, le dijo: “Si el pasto se seca, el niño se cura. Además — sentenció—, se lo están comiendo los parásitos”.

Pidió que durante nueve días me dieran en ayunas una cuchara grande de dulce de leche, una miga de pan y nueve semillas de zapallo. Luego una purga ligera. Mejor no les cuento la “fauna” que tenía dentro de mí.

Pasó el mes solicitado y mis padres volvieron a la consulta médica. Después de una radiografía, los llamaron y les dijeron: “No sabemos lo que pasó, pero ha mejorado mucho. Vamos a esperar. Realmente esto es un milagro”.

El médico en cuestión era un reconocido traumatólogo, que por supuesto, por razones obvias, no voy a decir su nombre. Cuando ingresé a estudiar medicina fue mi profesor, y siempre que me veía, me recordaba con una sonrisa cómplice: “Vos sos la única incógnita que tengo en la medicina”.

Continuando con el relato, fue mucha la alegría de mis padres; y ni les cuento la mía. Se ve que el pasto se había secado. Cuando regresamos a nuestra casa, ya mi abuelo no estaba.

Tiempo después, cuando volví a encontrarlo, le pregunté qué había pasado, llenándolo de interrogantes sobre lo ocurrido. Me miró profundamente y sólo me contestó: “La medicina es muy importante. Cree siempre en ella, pero hay cosas que no forman parte de la medicina. Son cosas de brujos”.

Guardó silencio y nunca más pude lograr que volviera a hablar sobre el tema. El tiempo pasó, mi abuelo se fue, y nadie quiso hablar más sobre el asunto.

## LA HISTORIA DEL AGUA

Pasó el tiempo y comencé la escuela. Cuando tenía siete años, yo vivía en una zona serrana, en el campo, donde había muchos pueblitos pequeños, cercanos entre sí. La escuela quedaba retirada. Para poder ir, había un colectivo que “juntaba” pueblo por pueblo a los niños para llevarlos.

Yo no era precisamente un niño con una conducta ejemplar. En uno de esos días en que no me había portado tan bien, me “castigaron”, haciéndome ir caminando hasta la escuela, que quedaba aproximadamente a un kilómetro. Callado la boca, comencé a cumplir mi “castigo”. Cuando llegue a uno de los pueblitos en cuestión, había un señor que no conocía sentado en una alcantarilla, a la sombra de una frondosa mora. Llamaba la atención su vestimenta, que era como un sobretodo claro, y si bien parecía joven, tenía el pelo blanco.

No me produjo miedo, pero sí curiosidad. Traté de cruzarme al frente del camino de tierra que llevaba a la escuela, cuando este señor, dirigiéndose a mí, me dijo: “Te estaba esperando para darte algo que quizás te pertenezca”; y me regaló un libro.

Llegué cansado a la escuela con mi libro bajo el brazo. Entusiasmado con el regalo, volví luego a mi casa, donde fue todo un acontecimiento entre mis familiares, que no me creyeron mucho sobre su origen, pero que tampoco me presentaron reparos.

Comencé a leerlo y, cuando llegué a la mitad, se apoderó de mí una angustia que me hizo llorar. Mi madre me quitó el libro, lo escondió y no lo vi más. Luego pasó al olvido, igual que las repuestas de mi abuelo.

Un día, cuando yo ya tenía diecinueve años, ocurrió un hecho que me retrotrajo al libro de mis siete años. Esa vez estaba charlando con un señor dedicado a estudiar fenómenos paranormales con el que yo había contactado, ya que me interesaba, no estos fenómenos, sino comprender los mecanismos de la mente. Si bien siempre fui bastante incrédulo, tampoco era para mí “tragarme” los conceptos de “cordura” o “locura” tan livianamente, sino que trataba de encontrar respuestas que me satisficieran más que las explicaciones recibidas hasta ese momento.

En esta amena charla surgió como de la nada el recuerdo del libro de mi infancia, del que rememoraba lo que había leído pero no de dónde lo había hecho. El señor en cuestión me pidió que escribiera lo que recordara, y así lo hice; pero previamente le pregunté a mi madre sobre el destino del libro. Grande fue mi sorpresa cuando, a pesar de mi insistencia, ni mi madre ni mi padre ni mis otros familiares recordaban nada del hecho. ¡Nadie!.

Lo que incentivó más mi curiosidad fue que, cuando terminé de escribir lo que recordaba, nuevamente sentí la angustia que me había producido en su momento la lectura, lo que de algún modo me confirmó que el libro había existido.

Volví a encontrarme con este señor y le entregué lo escrito, contándole lo ocurrido. Después de leerlo, me dijo: “No sé si este libro existió, pero lo que escribiste es muy hermoso”.

El libro trataba sobre de la historia de los pueblos árabes y su presencia en España. Comenzaba cuando Gibr

Tarik —origen del nombre “Gibraltar”, el peñón del Mar Mediterráneo— contaba la vida de los árabes en el desierto, que cuando querían bendecir a un niño, le decían: “Cuando seas grande, tendrás el agua”. ¡Tanta era la necesidad del agua en los inmensos desiertos!

A su llegada a España, relata el “error” de llamarlos “conquistadores”, cuando nadie, excepto los árabes, comprendía lo que significaba el milagro de tanta agua. Ellos construyeron altares de amor para esta nueva tierra y para el agua. El que conoce el sur de España, sabe de lo que hablo. En agradecimiento a esta nueva tierra, dejaron en ella universidades y conocimientos ancestrales. No eran “conquistadores”, sino sólo enamorados del agua. La Alhambra, y tantas mezquitas que el tiempo transformó en el orgullo de España, fue el legado que dejaron. El autor hacía un alegato ante tanta injusticia.

Transcurrido un año de esto que les cuento, el mencionado señor volvió a contactarme y puso en mis manos un libro del que, según recuerdo, su título era *La historia del agua*. El libro refería que había sido escrito aproximadamente en el año mil doscientos sesenta y siete, y que había sido encontrado hacía un año en una excavación cerca de la Alhambra y terminado de traducir del árabe antiguo hacía poco tiempo. No era mi libro, evidentemente, pero grande fue mi sorpresa cuando leí en él lo mismo que yo había escrito. Pasó a ser otro misterio más en mi vida.



## EL CURA QUEVEDO

La vida continuó y llegó el tiempo de ingresar a la universidad. Desde niño había tenido el deseo de ser médico, pero cuando comencé a concurrir a los hospitales, empezó otro calvario. Al poco tiempo de entrar, comenzaba a tener terribles dolores de cabeza que me obligaban a retirarme. Duraban unas horas y se iban como habían venido.

Mis padres, que ya tenían antecedentes míos no muy buenos en cuanto a enfermedades, consultaron a neurólogos, psiquiatras y gastroenterólogos; pero no lograron determinar la causa de los dolores de cabeza, hasta que decidieron consultar a un sacerdote católico, ya que eran muy creyentes. Así fue como conocí al cura Quevedo, un jesuita muy mentado en temas paranormales. Era bajito, con poco pelo ralo, y trasmitía una gran paz con su sola presencia.

Me tocó la cabeza con sus manos y dijo que yo atraía dolores ajenos, y que eso era lo que me producía los dolores de cabeza. Me enseñó lo que él llamaba “descargar energías negativas” y a protegerme de ellas. Me explicó que había personas que eran como un imán, que atraían determinados tipos de energía. La verdad es que no le presté mucha atención a sus explicaciones ni me parecieron científicamente comprobables, disponiéndome a desecharlas; pero la insistencia de mis padres hizo que “cumpliera” con las indicaciones del sacerdote. Lo cierto es que no volví a tener dolores de cabeza y yo se lo atribuí

entonces a la casualidad. Fue necesario que transcurrieran varios años para encontrar una explicación a este fenómeno.

Avancé en mis estudios, que me resultaban cada vez más atrayentes, pero de tanto en tanto mi pensamiento volaba al recuerdo de estos enigmas que mi mente intentaba negar pero que, en momentos de reflexión y silencio, volvían a atrapar a mis emociones más profundas. El olvido no era la solución y decidí volver a desandar el camino, más aun cuando escuchaba a alguien que contaba vivencias tan parecidas a las mías. Se trataba de más personas de lo que yo quería aceptar, pero mis compañeros de estudio las descartaban de plano, como un invento de mentes que desvariaban. Por eso, yo no podía contar lo que a mí me había ocurrido.

¿Sería que tenía algún grado de “locura”, que a pesar de mi negación se disponía a no olvidar? Esos pensamientos me daban una cierta vergüenza. ¿Por qué a mí? ¿Dónde empezaba la cordura y cuál era la delgada línea que separaba a ésta de la locura? El tiempo y las experiencias que viví después me hicieron comprender que hay dos mundos: uno es el que quisieron enseñarnos y el otro es el que aún no conocemos. Toda nueva idea es resistida hasta ser aceptada. Recordé una pregunta que le hicieron en una oportunidad a un psiquiatra austriaco llamado Konrad Lorenz, que dedicó su vida a estudiar las conductas animales: “¿Encontró el eslabón perdido entre el hombre y el mono?” Y él contestó: “En realidad, somos el eslabón que falta entre el mono y el hombre que todavía no existe”.

Me dispuse a desentrañar el misterio, pero para eso debía volver al principio, a ese pueblito perdido en las sierras cordobesas.

## DON HILARIO

Cuando tuve oportunidad y unas vacaciones, me fui a las sierras a tratar de encontrar al señor que me había curado siendo niño. Llegué una mañana. El paisaje no había cambiado mucho. Golpeé las manos y me salió recibir en la tranquera Don Hilario, que así se llamaba, con un gato en sus brazos. El gato saltó sobre mí y no me abandono mientras duro la charla, emitiendo en todo momento un suave ronroneo. Hilario me miró con ojos de curiosidad y simplemente me dijo: “Pase”. Le recordé quién era y nuestra historia común. Cuando termine el relato, sin interrupciones de su parte, me dijo: “¿Se va a quedar unos días conmigo?”

Tuve la rara sensación de que me estaba esperando. Le dije que sí, y me indico un galponcito que había al lado del gallinero: “Límpielo y puede dormir allí”.

Comencé con la tarea. El lugar estaba lleno de elementos de labranza: semillas, tierra. Sin lugar a dudas, era también el lugar donde dormían los perros. Teresa, la mujer de Don Hilario, me acercó una escoba y otros elementos de limpieza. Transcurrió el día y el avance era poco. Sólo había logrado despejar un catre viejo con tientos anchos de cuero, y el cansancio no me permitió más que tirarme sobre él y quedarme dormido.

A la mañana siguiente, arriba de un cajón, había un tazón de leche caliente y medio pan casero, que a mi apetito

le pareció un manjar. Continué con mi tarea. Parecía que no iba a terminar nunca. Al segundo día, apareció de repente Don Hilario y me dijo: “Va bien, continúe”. Pasaron seis días y creí haber terminado mi tarea. Cuando me acosté en mi lecho, me invadió una bronca que no podía contener. ¿Qué estaba haciendo limpiando el galpón de este viejo, si yo no había venido a eso? Decidí partir al otro día; era demasiado precio por sus repuestas. Después de tomar mi leche y mi pan casero, salí de mi “palacio” y allí estaba Don Hilario, tomando mate debajo de un algarrobo, con una pava, que seguramente había tenido mejores tiempos, sobre el fuego. El mate era de cuerno de vaca. Me invitó a sentarme sobre un tronco, me extendió un mate y me dijo:

—Limpió muy bien el galpón.

Yo sentí que se estaba burlando de mí:

—Sí —contesté—. Hace seis días que lo hago. Yo no vine a limpiar galpones.

Sonrió y me dijo:

—Ni siquiera sabe a qué vino y ahora que limpió el galpón, sería bueno que comience a limpiar su cabeza y su corazón. Seguramente eso le va a llevar mucho más tiempo, y si se enoja con tanta facilidad, más aún. Su abuelo decía que tenía un carácter difícil, parece que tenía razón. Además, si quería hacer otra cosa lo hubiera pedido.

—No estoy acostumbrado a rogar nadie. Dije todavía enojado.

—¿Así que pedir para usted es rogar? Hubiera preguntado, entonces, porque le hacía hacer esa limpieza.

—Yo no pregunto estupideces.

—¿Sabe que me estoy arrepintiendo de haberlo invitado a quedarse? Usted es más estúpido de lo que yo pensaba. Es raro en un nieto de un hombre como su abuelo.

Me sonó lo que dijo como una cachetada. ¿Cómo me iba a faltar el respeto de esa manera? Y pregunte irónicamente

—¿Y usted sabe a qué vine?

—Lo sé. Por lo menos sé lo que le hubiera gustado a su abuelo que aprendiera, pero me parece que no tuvo tiempo de enseñarle la sabiduría de las cinco P.

—¿Y eso qué es?

—Decida qué va a hacer, si se queda o se va, y después veremos.

Habíamos empezado mal. Este serrano decrepito me quería enseñar vaya a saber qué cosas. Yo no necesitaba enseñanzas; necesitaba respuestas, pero decidí quedarme. En realidad, creo que Don Hilario sólo me iba a permitir quedarme por la relación con mi abuelo. Si no, me hubiese pegado una patada en el culo que ni les cuento. Entonces bajé mi enojo y pregunté, casi con humildad:

—¿Qué es eso de las cinco P?

Me miro con ironía:

—¿Le interesa saber realmente?

—Sí —le conteste.

No sé si me interesaba, pero me daba mucha curiosidad.

—Entonces escuche —me dijo—. Es lo primero que tiene que aprender si quiere recorrer el camino de los brujos.

— ¿El camino de los brujos? ¿Qué es eso?

—Ya lo sabrá, si decide quedarse.

—Y, limpié el galpón, mejor me quedo —dije sonriendo.

—Bueno, empecemos.

## LA SABIDURIA DE LAS CINCO P

—Cuando uno quiere emprender el camino, debe aprender rápido estas cinco cosas: a pedir, a preguntar, a perdonar y perdonarse, a tener paciencia y a ser el peor.

—¿A ser el peor? Yo no quiero ser el peor. Quiero ser el mejor

—Empiece por uno de los puntos. A tener paciencia  
—me dijo sonriendo.

—Está bien, trataré de tenerla.

—La gente cree, como usted, que pedir es rogar. No es así. Pedir sólo es hacerle saber a los demás lo que usted necesita. Se lo podrán dar o no, eso no depende de usted. Eso es tener una sana autoestima. Sólo el que la tiene considera que merece que le den. Aprender a preguntar es la única manera de que le contesten. Por otra parte, no hay preguntas tontas. Lo que a veces son tontas son las repuestas. Aprender a perdonar y perdonarse es la mejor manera de comprender que somos seres imperfectos. Aprender a tener paciencia es saber esperar que las cosas ocurran a su debido tiempo, Aprender a ser el peor es alejarse de algo que nos enseñaron mal y lo aprendimos peor. Nadie puede ser el mejor, siempre puede haber alguien mejor que usted, y siempre las cosas se pueden hacer mejor, esto hace que en esta búsqueda sólo llegue a la frustración

y en este caso no es buena, en otros casos quizás sí. Por otra parte, el que pretende ser el mejor, no aprende a pedir. Por lo tanto, no le dan. No sabe preguntar, por lo tanto es mucho más largo el camino de encontrar respuestas. No tiene amigos, tiene rivales a los que debe derrotar para poder ser el mejor. No está dispuesto a aceptar el error y la equivocación, por lo tanto no experimenta la vida, ya que éste es el único camino de aprendizaje, porque el ser humano no nace sabiendo. La vida hay que experimentarla, no copiarla. En cambio, ser el peor no significa hacer las cosas para serlo, sino sólo aceptar que poniendo lo mejor de sí, puede haber alguien que lo haga mejor, y éste es el camino de la humildad y del diálogo fluido y exento de miedos. El que puede aceptar esto, no compite, por lo tanto tiene amigos; sabe pedir, por lo tanto le dan; sabe preguntar, por lo tanto siempre encuentra las respuestas que busca; no teme equivocarse y cometer errores, por lo tanto siempre puede rectificar el rumbo y la vida entonces canta y se expresa. Entrar con un candil en la oscuridad de su ser es sólo conocer la luz, y si quiere conocer la oscuridad, debe aprender de ella entrando a oscuras. ¿Quiere seguir ahora la lucha estéril de ser el mejor?

—Ya no, Don Hilario. Usted es muy convincente.

—Yo no. Sólo acercarse a la verdad lo es. Su Abuelo lo sabía bien. Quizás no tuvo tiempo de enseñarle, y me dejó a mí esa tarea. Ardua tarea, debo decirle.

Sentí que este viejo era mucho más despierto de lo que parecía. Será tiempo de aprender también a no guiarme por las apariencias y de reconocer que un sapo puede ser un príncipe, como en los cuentos. No sé lo que es el camino de los brujos. Quizás sea tiempo de saberlo y de darme cuenta que el conocimiento no está sólo en las escuelas y universidades, que puede estar también disfrazado de serrano. Pude vislumbrar

que él sabía más que yo qué era lo hacia aquí. El recuerdo de mi abuelo me endulzó el corazón:

—¿Usted se acuerda de mi abuelo?

—Imposible de olvidar; su abuelo era mi amigo. Tuve noticias suyas.

—Sí, mi viejo abuelo se fue.

Casi murmurando, dijo:

—Nadie se va.

—¿Cómo que nadie se va?

—Nadie se va. Por otro lado, su abuelo no era viejo. Era anciano.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo ser viejo que anciano. Para ser viejo, sólo hace falta cumplir años. Para ser anciano, se necesita ser sabio, y su abuelo lo era. Si no, usted no estaría hoy hablando conmigo.

—No entiendo.

—Cuando a usted de niño lo atacó la muerte en forma de enfermedad, su decisión no hubiera sido suficiente para enfrentarla. Fue su abuelo quien la venció.

—Pero usted me curó.

—No, fue su abuelo. Yo sólo fui un medio.

—No, recuerdo que fue usted el que me curó.

—Yo no podría haberlo hecho sin su abuelo. No tenía la

fuerza invencible que él tenía.

—¿Y se puede saber qué era?

—El amor incondicional por su nieto. Sólo este amor es invencible para la muerte.

Se me puso “piel de gallina”. Sus palabras sonaron como un tambor que retumbó en lo más profundo de mí.

—Usted habla de cosas incomprensibles.

—No, yo hablo de cosas que usted todavía no comprende, que no es lo mismo.

—¿Sabe por qué estoy acá?

—Cuénteme.

Tuve la sensación de que él ya lo sabía.

—Mi abuelo me dijo que mi curación no era cosa de médicos; que era “cosa de brujos”. ¿Qué me quiso decir?

Don Hilario estalló en una risa incontenible. Por momentos se quedaba sin aliento. Cuando lo recuperó, comenzó a decir:

—¡Su abuelo me engaño! ¡Su abuelo me engaño, de nuevo!

Cuando terminó, todavía tenía lágrimas en los ojos.

—Yo, la verdad, no entiendo nada.

—Me dejo a mí la tarea de darle la respuesta. Él le dio la llave para que abriera mi puerta.

—¿Qué puerta?

—La puerta de los brujos. Él sabía que lo que le dijo le retumbaría en su cabeza hasta que alguien se la respondiera. Y le dejó un solo camino: yo.

Mi confusión era cada vez mayor.

—Bueno, ¿y la respuesta?

Sonrió, se levantó y se fue.

Me olvidé de mi partida. No me podía ir sin su respuesta.



## LOS BRUJOS

Pasaron dos días y, mientras dormía, sentí una caricia suave en mi rostro. Me desperté y vi al perro más pequeño de Don Hilario que me lamía mi cara.

Observé afuera un resplandor, que era el fuego debajo del algarrobo. Él estaba con su mate. Me acerqué. Con una seña me invito a sentarme y comenzó a hablar lentamente.

—Antes que le cuente la historia de los brujos, hay cosas que debe saber.

—Lo escucho.

—Los seres humanos estamos acostumbrados a pasar todo por la razón, pero hay otro mundo que esta más allá o que es paralelo a la razón. Es el conocimiento total, que tenemos en un lugar escondido de la mente. Los médicos le llaman “inconsciente”, otros le llaman “la niebla”.

—¿Quiénes son esos otros?

—No se apure. Ya hablaremos de eso, pero déjeme que siga, y le voy a pedir que no me interrumpa.

—De acuerdo.

—Todas las cosas que la razón no entiende, no comprende, y que por lo general niega, tienen sus respuestas en

la niebla, pero la conspiración de la razón no permite a veces llegar a ellas. En la niebla están las emociones, no las razones. Son como dos mundos paralelos. Lo que la razón niega o no acepta: los dolores, las frustraciones, las broncas que no se resuelven, las soluciones que no se encuentran terminan siendo reprimidas, amontonadas en las emociones. Son como una basura psíquica que se va acumulando año tras año y, para que usted entienda, llega un momento en que la niebla se satura de tanta basura y comienza a expulsarla. Y el primer receptor es el cuerpo. Éste es el origen de muchas de las enfermedades que la razón no puede explicar. Para encontrar las respuestas que están escondidas en la niebla, es necesario emprender un camino arduo, difícil, pero con un final maravilloso. Este camino es lo que alguna gente llama “el camino de los brujos”, que nos conduce a la sabiduría eterna de la niebla.

—Yo quiero recorrerlo.

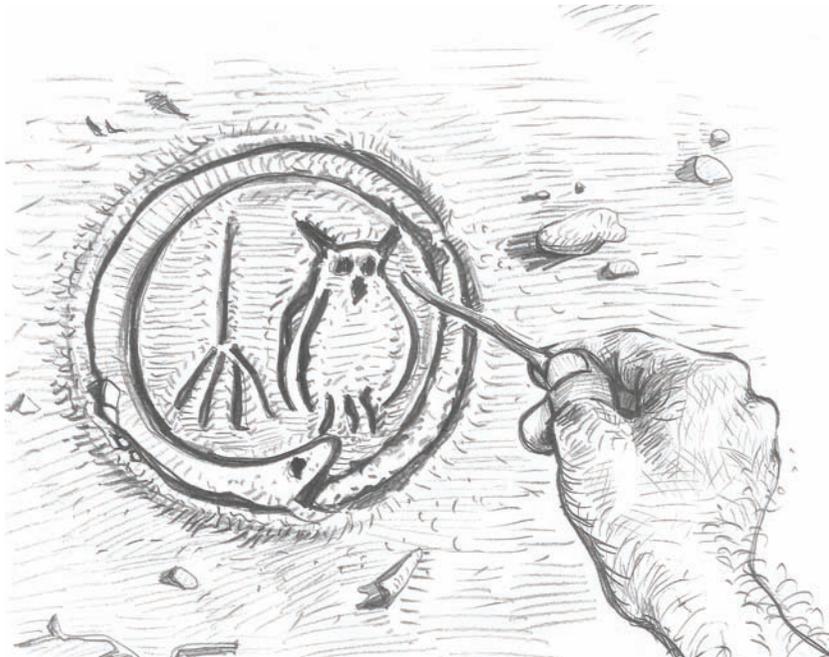
Sonrió comprensivamente:

—Habrá que ver si está preparado. Así que, le repito, que usted se apure no hace que lo que llaman “futuro” llegue más rápido. Por otra parte, déjeme que le dé la respuesta que su abuelo dejó en mis manos, ¿Quiénes son los brujos? Ellos eran científicos de la época medieval. Fueron perseguidos por quienes creían que ellos tenían un poder sobrenatural, e intentaron quitárselo a cualquier precio para usarlo en su propio beneficio. Ante la negativa de estos, crearon lo que se conoció como “La Inquisición”. ¿Quiénes eran estos científicos? Alquimistas, cabalistas, astrólogos, numerólogos, los que conocían los secretos de las plantas que curan. Pero no daban sus secretos a cualquiera. Por otra parte, si se la hubieran dado, no hubieran entendido. Sólo las almas nobles que habían recorrido “el camino de los brujos” podían acceder a ellos. En medio de esta persecución irracional, ellos se juntaban en secreto cada tanto

a compartir sus avances, de una forma no tan distinta a los congresos actuales, en una ciudad de Bélgica que hasta los días de hoy se llama “Brujas”.

Por las persecuciones que sufrían, nadie sabía quiénes eran. Entonces, los llamaban “los brujos”. Estas reuniones eran presididas por un símbolo que sólo podían comprender aquellos que entendían su significado. Nadie podía entrar en estas reuniones si no lo mostraba.

Con un palito, dibujó en la tierra el siguiente símbolo:



El Significado del mismo era: “los brujos”. Decían que sólo a aquellos que tuvieran la humildad de limpiar su propia casa, y la grandeza de limpiar sus propias miserias, la naturaleza les abriría sus secretos y sus misterios, que es donde reside la magia. Todo esto estaba representado por la escoba. Una vez logrado ese paso, se podía acceder a la sabiduría, representada

por el búho, que es un animal que todo lo ve y que está siempre atento. Sólo de esta manera era posible llegar a la comprensión del eterno retorno o el concepto de Dios o del alma universal, representado por el círculo, que era en realidad una víbora que se mordía la cola. Esta víbora también guardaba el secreto de otro brujo de la antigüedad llamado Pitágoras: el número “Pi”, que de allí toma su nombre para resguardar el suyo verdadero. “Pi” era el punto de partida para muchos secretos guardados celosamente, para que no cayeran en manos de inescrupulosos y pudieran ser escudriñados por los brujos del futuro. Para que así fuera dejaron cuatro condiciones sin las cuales toda búsqueda sería inútil: querer, saber, osar y callar.

La mente es como un iceberg del que la razón sólo conoce el cinco por ciento de su contenido. Y un noventa y cinco por ciento le es desconocido. Sólo las emociones y lo que llaman “inconsciente”, tienen guardados esos secretos para el que sepa buscarlos. Los brujos los buscaron por milenios, arriesgando todo, incluso sus vidas, sus posesiones, por encontrar el secreto de tratar de transformar el plomo (cáscaras racionales) en oro (el conocimiento escondido en el alma y en el inconsciente) de los alquimistas. Lo buscaron en las estrellas, en los astros; lo buscaron en los números, lo buscaron en los espíritus de las plantas sagradas y lo encontraron dentro de sí mismos. Lo vieron reflejado en el Universo y se hicieron uno con él. Y escondieron todos los conocimientos en el silencio y en lugares donde los buscaran aquellos que cumplieran con estos cuatro mandatos mencionados, que dejaron como faroles de búsqueda donde sólo un brujo fuera capaz de encontrarlos: en los cuentos infantiles, en el vicio de las cartas. Y esa búsqueda, para quien tuviera la valentía de emprenderla, se transformó en el camino de los brujos. ¿Quién lo buscaría allí?

—Nadie. Es cierto.

—Al no poder ingresar en sus secretos, los inquisidores transformaron esta sabiduría y la expandieron tergiversada, haciendo creer que estos científicos eran seres oscuros, que usaban víboras y escobas voladoras, vestían de negro, y usaban bonetes puntiagudos; cuando la realidad era que, en su necesidad de protegerse, estos científicos tenían en su casa un gato, porque este noble animal —que por otro lado fue sagrado en casi todas las culturas— puede percibir la intencionalidad en las personas. Cuando alguien llegaba y el gato se escapaba, los brujos hacían silencio. Por el contrario, cuando el gato se acercaba “mimoso”, se trataba de una persona confiable.

Vestían de negro porque habían comprobado que los colores podían alterar el resultado de sus trabajos alquímicos, y que además la energía generada por estos era absorbida por el alquimista. Usaban un bonete, que en realidad era una pirámide, ya que la misma, como posteriormente se comprobó, es un gran condensador de energía que utilizaban para estar despiertos y atentos en sus trabajos.

La ignorancia de muchos y la mala fe de algunos transformaron a estos rituales y símbolos maravillosos en algo oscuro y maligno. Lo curioso es que quienes más trabajaron para destruir estos conocimientos, fueron los que después también vestían de negro, pero no con los mismos fines. Por todo lo dicho, los brujos fueron perseguidos y quemados en las hogueras de la Inquisición; pero nunca fueron vencidos, porque tenían el arma más poderosa que existe: el silencio.

El tiempo sólo logró que estas artes, ya despojadas de su espíritu más esencial, se transformaran hasta la actualidad en astronomía, química, medicina, matemática; y así se fue perpetrado el gran engaño de que los “brujos” actuales están

demostrando el verdadero espíritu a través de ciencias nuevas —pero viejas— como la física cuántica.

Aún así, no están exentos de ser ridiculizados, burlados y negados; pero la evidencia no tiene retorno. Los brujos están culminando su Gran Obra trasmutando de grado en grado, de tiempo en tiempo, para lo que fue necesario paciencia, comprensión y amor. Como decía el *Apocalipsis* hace dos mil años: esto sucedería al final de los tiempos, que ubicaban en los tiempos que corren. En sus oscuros designios, muchos quisieron también transformarlo en destrucción del fin del mundo, cuando, en realidad, “Apocalipsis” significa revelar, develar, hacer claro lo oscuro, descubrir lo que está oculto, destapar lo tapado. Finalmente, la batalla de los tiempos está culminando, no a favor de “los brujos”, sino a favor de la verdad.

Se quedó en silencio, como si se hubiera agotado.

—Ahora, el que me engañó fue usted. Esa era la razón de su gato y de los seis días de limpieza.

—No, no lo engañé. Sólo lo protegí de su ansiedad ciudadana. Lo que aquí va a aprender no es solo para satisfacer su curiosidad. Usted inicia un camino sin retorno. ¿Está seguro de querer recorrerlo?

—Totalmente seguro.

Sonrió, como si ya supiera la respuesta.

## LOS SACERDOTES Y LOS HEREJES

Amaneció. Luego, el día transcurrió placido. Almorcé y más tarde fui a dormir una siesta, y cuando desperté, ya estaba atardeciendo. Don Hilario daba de comer a sus gallinas, concentrado en su tarea, con movimientos repetidos y armoniosos, como quien cumple con un viejo ritual pagano. Me acerqué hasta el corral, me apoyé en él y le pregunté:

—¿Por qué cuesta tanto acceder a estos conocimientos?

—Hubo una vez un filósofo griego llamado Sócrates que expresó una advertencia a los hombres de conocimiento: “Pobre del hombre que enseñe a otros hombres lo que no están en condiciones de aprender”. No es fácil vivir en un mundo donde demasiada gente sólo está dispuesta a aceptar lo conocido, le teme a lo que no conoce y desde su miedo ataca a quien dice o hace cosas que su cabeza no logra entender. Pero el que quiera aprender y no encuentra todavía el camino, ya será su tiempo. Los seres de la niebla lo guiarán.

Hay otros que utilizaron la ignorancia del hombre para tener poder sobre ellos. En la época de las cavernas, los seres humanos temían a la naturaleza, a las tormentas, a los rayos, a los vientos huracanados, etcétera. Entonces, algunos les hicieron creer que todas esas manifestaciones que no comprendían eran castigos de Dios por el comportamiento humano y se erigieron en sacerdotes representantes de Dios. Comenzaron a manejar desde el miedo la conciencia humana.

Entonces las conductas humanas, según convinieran o no a la raza sacerdotal, eran premiadas o castigadas. Esto dio origen a un falso yo, que era el premiado cuando se hacía lo que Dios quería, lo que les daba una sensación de bienestar que no era más que la creencia en que, de esta manera, alejaban el castigo. Los otros, los que no respondían, eran castigados por no hacer “lo correcto” y eran considerados culpables. Eran pecadores. Por lo tanto, merecían ser castigados.

Un grupo de humanos comenzó a dudar de este Dios que tenía los mismos defectos y virtudes que los hombres, y cuestionó estas creencias, pero ya eran minoría. Entonces eran rechazados y criticados, lo que a su vez generaba un gran miedo en la mayoría, que temían a estos castigos. Así se dio origen a las religiones y a los mandatos sociales. Los grupos más pequeños construyeron un arma que llegó a ser poderosa, el silencio, y se agruparon en sociedades secretas que llegaron hasta nuestros días. Fueron los antecesores que dieron origen a los brujos.

—Y estos sacerdotes lograron su objetivo, a tal punto que lo que antes hacían ellos, ahora lo hace toda la sociedad. ¿O me equivoco?

—Debemos reconocer que esta raza sacerdotal, que buscó dominar en base a mentiras, engaños y falsedades, hizo un buen trabajo. Hasta le hicieron creer a la gente que eran “hijos e hijas del pecado”, que “vivían en un valle de lágrimas”, y que “eran pecadores”. Y a quienes se les enseña esto desde niños, ¿qué pueden esperar de sí mismos, más que castigos divinos? Entonces aceptan calladamente el sufrimiento como una manera de pagar la culpa que les hicieron creer que tenían desde el mismo nacimiento. Y para que nunca lo dudaran, no los dejaron crecer y los mantuvieron en el miedo.

—¿Y cómo lograron impedirles el crecimiento?

—Les hicieron creer, también, que si cometían errores y equivocaciones, esto era pecado. Cuando los privaron de esta posibilidad, le impidieron crecer, ya que es la única manera de aprender y experimentar, y los empujaron a copiar la vida de los otros y a repetir sus mismos errores. Y los que se animaban a rebelarse, se sentían culpables y por lo tanto buscaban, sin darse cuenta, el castigo como reivindicación.

Es así como construyeron en la conciencia de los seres humanos los hábitos de creer que no pueden, que no saben, que son incapaces, que no son queribles ni aceptables. Esto impide la autoestima, y así se consuma la traición del hombre con el hombre. Y quedan los poderosos, que son unos pocos que le determinan la vida a la gran mayoría.

—¿Y hay alguna manera de sacarnos de encima esta creencia nefasta, Don Hilario?

—Los seres de la niebla me enseñaron que siempre se puede pero que no siempre se quiere, que de haber alguna culpa, sólo sirve para perdonarnos y rectificar el rumbo y no andar cargándola por siempre; que si no me quiero, no puedo querer a nadie. Es necesario buscar nuestro propio sendero que, aún plagado de errores y equivocaciones, no sólo no nos daña, sino que nos empuja a la experiencia indispensable para llegar a la sabiduría. También me enseñaron que el miedo es el gran aliado para no vivir, pero que si somos capaces de emprender esta búsqueda interna, quizás logremos que nuestra propia liberación no sea una utopía.

Sonreí, y esto pareció molestar a Don Hilario.

—¿Le parece poco importante esta enseñanza?

—No, sólo que me hizo recordar a mi abuela.

—¿A su abuela?

—Sí, ocurre que mi abuela hacía unas tortas maravillosas. Todas las mujeres le pedían la fórmula para poder hacerlas, pero a nadie le salía como a ella. Yo le pregunté por qué ocurría esto, y ella, con una sonrisa cómplice, me contesto: “Ninguna está dispuesta a cometer los errores que yo cometí. Entonces es difícil que les salga”.

Don Hilario tuvo un gesto de satisfacción y me dijo:

—Veo que entendió lo que quise transmitirle. Ahora sólo queda comenzar su trabajo. Si lo logra, entonces no será importante si lo aceptan, lo quieren o lo reconocen. Por otra parte, mientras usted no se abandone, nunca sentirá miedo por el abandono de los otros. Muchas veces la gente cree que haciendo dinero, mucho dinero, van a ser mejores ante los demás. Buscan el éxito monetario para ser reconocidos y admirados y lo único que logran es atraer envidias y resentimientos. Y en este proceso pagan un precio muy alto, ya viven sólo para hacer dinero y pierden el valor más alto que puede tener un ser humano: sus afectos, sus amigos, su familia; y en este tiempo comienzan a darse cuenta de que hay cosas que no compra el dinero y, sin las cuales, el ser humano sólo vale por lo que tiene y no por lo que es. Esto no es una apología a la pobreza. Es simplemente saber que el dinero es importante como medio, y que el problema es cuando lo elegimos como fin y dejamos de ser nosotros para ser el dinero.

Le voy a contar una leyenda que nos llega de los antiguos derviches, una secta de profundo conocimiento que existió en Egipto. Cuentan que en un pueblo a las orillas del río Nilo, un día su dios Alá bajó a la Tierra y les comunicó que en algunos días las aguas de este río cambiarían por un tiempo, y que el que tomara de estas aguas cambiadas perdería la memoria para los

afectos, para sus amigos, para sus historias, y que sólo vivirían para el dinero. Les dijo, además, que juntaran agua en ánforas en sus casas para tomar cuando las aguas cambiaran, pero todos estaban ocupados en casar bien a sus hijas, en hacer crecer sus negocios, en competir en dinero y posesiones con sus vecinos, y fueron dejando la tarea importante de juntar agua para más adelante. Sólo un pordiosero, que tenía el tiempo que parece que no tenían los otros, junto agua en una caverna día tras día. Cuando las aguas cambiaron, todos se desesperaron, pero ya no había tiempo. Pasaron un tiempo sin tomar de las aguas cambiadas, pero la sed los venció y perdieron la memoria de las cosas más importantes, que no tenían precio: el amor y la memoria. Sólo el pordiosero tenía agua, y en su desesperación intentaba que los hombres recuperaran la memoria, pero no lo logró, y comenzaron a tratarlo como un loco y se sintió tan aislado que fue y tomó de las aguas cambiadas. Cuentan que en ese pueblo, hasta el día de hoy, se habla del loco que recuperó la cordura.

—¡Qué maravillosa enseñanza, Don Hilario!

—Sí, maravillosa enseñanza, ¿pero usted hubiera tomado de las aguas cambiadas?

—Debo reconocer que a veces, sin saberlo o sin darme cuenta en este tiempo, seguramente tomé de las aguas cambiadas y me importó sólo el dinero. Me da mucha pena darme cuenta.

—Por eso a los “brujos” les decían “herejes”, que significa “los que eligen”. En todos casos los brujos de hoy son como en la leyenda, los que guardaron agua, con la diferencia de que decidieron no tomarla aunque les digan locos y muchos no comprendan sus enseñanzas. Y además el tiempo pasó, y los que deciden pueden recuperar la memoria de las cosas que, sin darse cuenta, los seres humanos perdieron creyendo que el dinero era más importante.

Te voy a contar un cuento. Había una vez un cazador que encontró un pichón de águila que había caído de su nido, lo levanto del suelo húmedo y frío, y lo arropó en su morral para que no muriera. Lo llevó a la casa de un amigo que criaba gallinas y le pidió dejarlo allí por un tiempo. El amigo aceptó gustosamente. Pasaron dos años y el cazador, cuando volvió, se encontró con la reina de las aves, que creía ser una gallina. Le dio tanta pena que la tiró hacia arriba para que volara, y sólo cayó pesadamente. “Las gallinas no vuelan” —le dijo su amigo—. “Pero ella no es una gallina” —le contestó—. “Pero cree que lo es”.

Entonces se la llevó al risco más elevado de la comarca y, en un precipicio muy alto, simplemente la tiró. El águila, en su desesperación, abrió las alas y voló. El cazador contó que nunca había visto un vuelo tan majestuoso. Al águila nunca más se le olvidó de quién era, aunque de vez en cuando se disfrazaba de gallina para visitar a sus viejas amigas. Hay demasiada gente a la que le enseñaron a ser gallina y se olvidaron de que tiene un poder que ni dios tiene sobre el hombre.

—¿Cuál sería este poder, Don Hilario?

—El poder de la decisión. Mientras la haga y la mantenga en el tiempo, nadie puede vencerlo, a pesar de que habrá voces que lo querrán sacar del camino y que lo querrán desviar. Pero si a pesar de todo, se mantiene en su decisión, logrará todo lo que quiera. Usted no es una gallina. Si todo lo que lo quiere desviar, no lo logra, entonces todos los objetivos que se proponga, siempre van a estar al alcance de su mano. Sólo es cuestión de prepararse a pagar los precios necesarios y disponerse a la lucha, como los brujos.

—Bueno, de cualquier manera las gallinas no tienen mucho que enseñar.

—¿Usted está seguro de eso?

—No se burle de mi, Don Hilario.

—No me burlo. Las gallinas llevan en su vientre una de las enseñanzas más maravillosas que se pueda aprender. Sólo es cuestión de saber mirar.

Me reí con ganas:

Sí, los huevos— le dije.

Él me contestó:

—Sí, los huevos.

Se levantó y regresó un momento después con un huevo duro en la mano. Me lo dio.

—Tome el huevo en la mano y concéntrese, piense en él, vea qué puede aprender, y luego haga lo que quiera.

Luego de unos minutos, devolví el huevo a Don Hilario. Él me preguntó:

—¿A qué conclusión llegó?

—A que tenía ganas de comérmelo.

—¿Y por qué no lo hizo?

—También tuve ganas de tirarlo contra el algarrobo, o en su cabeza. Estoy cansado de este juego.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque usted se podía enojar.

—Yo no hago esas estupideces como enojarme. Por

otro lado, yo le dije que hiciera lo que quisiera, ¿pero usted qué hizo? ¡Nada! Pensó en hacer, ¿pero qué hizo? ¡Nada! Es más importante lo que piensan los otros de usted que hacer lo que quiere. Si no tiene permiso del afuera, prefiere llenarse de dudas, de miedos. ¿Qué van a pensar los otros si usted hace algo que ellos no esperan? Sólo se justifica y busca alguna respuesta racional que lo resguarde de asumir responsabilidades para con usted mismo.

Se levantó y comenzó a girar, gritando:

—¡Pobre de mí!, ¿por qué la vida me hace esto? ¡Miren como sufro por culpa de los otros! ¡Qué desdichado que soy!

Luego retumbó una carcajada:

—Esa es la vida que eligió, pequeño imbécil. Es usted el que crea su propia realidad. ¡¡Despierte!!, elija, decida, y deje de creer que es débil. Ésta es una de las trampas que le ponen para desviarle de sus decisiones.

Le dije gritando:

—¿Y qué quiere que haga?!

—Deje de llorar por su vida miserable y anímese a construir una que merezca ser vivida. Parece que las gallinas tenían algo para enseñarle, ¿no? Todo tiene algo para enseñarle. Pero siempre tome su decisión, y no permita nunca que otros decidan por usted-.

Se quedo en silencio, como si se hubiera agotado. Se levantó ayudado por su bastón, torcido pero firme, y me dejó lleno de preguntas. Se lo dije y, sonriendo, me contestó:

—El apurado es usted. No yo.

Y agregó, casi como un murmullo:

—Si supieran que todos pueden ser brujos o magos.

—¿Quiénes son todos?

—Todos.

—Yo no soy mago, ni brujo.

—¿Está convencido de eso?

—Por supuesto.

—Entonces no lo será. Es una pena. Debería leer esa ciencia nueva a la que llaman “física cuántica”.

—¿Cómo llegaron a convencerme de que es imposible?

—Se dejó convencer que la magia no existe, y transformó todo conocimiento nuevo, en algo temeroso e inaccesible. Sintió que es víctima de lo que lo rodea y que todo lo que le pasa es responsabilidad ajena. Se mintió e hizo todo lo necesario para que su vista siempre estuviera enfocada afuera y nunca mirando hacia adentro; haciendo todo aquello que lo aleja de su esencial.

—¿Pero como recupero el tiempo perdido?

—Disponiéndose a pagar los precios necesarios para ser libre; y eso no lo va a lograr en la comodidad, en lo seguro, en lo conocido. Eso se logra abriendo el corazón, la mente y el alma al misterio maravilloso de la vida. En lo incómodo, en lo inseguro y en lo desconocido están la vida, el crecimiento, la verdad y la libertad. Por otra parte, si usted hace siempre lo mismo, logrará siempre lo mismo. Usted elije. No elija ser gallina por más que de todo se pueda aprender. Usted nació

para ser águila. Pague los precios necesarios para cumplir su destino. Si no, estará desperdiciando su vida.

—¿Es difícil? ¿No?

—No sé si es fácil o difícil. Es el único camino posible, pero no es para cobardes. Esta es la eterna lucha entre lo que soy y lo que quiero ser, pero nunca voy a ser quien quiero ser y en esta búsqueda corro el riesgo de tampoco saber quién soy. Usted nació acunado por brujos y magos, ¿o qué cree?, que su abuelo estaba al lado suyo por casualidad. Su enfermedad y las cosas “raras” que le pasaron en su vida simplemente ocurrieron para ponerlo en el camino. Ahora la decisión es suya.

Lo lamentable es que, cuando uno es niño, no tiene defensas frente a semejante estupidez, y para un niño, lo que dicen sus mayores no son palabras, son sentencias. Si no se da cuenta a tiempo, le dejan un solo camino: vivir esclavo de los otros, para los otros y sus necesidades, ocupado y preocupado del qué dirán, del juicio y de los castigos de los otros. ¿Y su niño? Escondido en vaya a saber qué oscuros rincones de la mente, esperando a que alguien lo rescate. Si usted no lo hace solo, nadie lo hará por usted. Le enseñaron lo que es y lo que no es. Deje de creer que es gallina y vuele como un águila.

## LA MENTE Y EL AGUA

Me levanté temprano y salí a respirar el aire puro de la mañana; Todavía persistía en el césped —aquel que alguna vez sirvió para mi curación— la humedad del rocío. Vi a Don Hilario sacando el pan, caliente y crocante, de la boca del horno. A su lado había un balde de aluminio con leche tibia recién ordeñada de sus cabras. Me miró y me dijo.

—No me dio tiempo para acercarle su desayuno.

—Mejor al lado del horno —le conteste—. ¿Cómo hacen los brujos para manejar su mente y crear realidades?

No me respondió, lo que no significaba que no hubiese oído. Simplemente habría que esperar con atención el momento de la respuesta, que podía producirse cuando uno menos lo esperaba. Caminó hasta unas bolsas de cereales que esperaban la siembra, retiró un puñado, me los dio y me dijo:

—¿Sabe hacer germinación?

—Sí, por supuesto. Fue una tarea que aprendí en el colegio primario.

—Bueno, tome dos frascos y haga dos iguales.

—No entendí qué quería, pero lo hice de acuerdo a lo que me dijo. Luego se la mostré y él asintió con la cabeza:

—Ahora ponga en un frasco el número uno y en el otro el número dos.

—Ya está, Don Hilario.

—Bien, ahora guárdelos en un lugar donde usted no pueda verlos y, durante siete días, cada vez que esté triste, enojado, con dudas o con cualquier sentimiento que lo inquiete, descárguelo imaginariamente en el frasco número uno. Deséele las peores cosas: que no crezca. Y cuando esté contento, alegre o disfrutando, imagine el frasco número dos y deséele las mejores cosas: que crezca fuerte y sano. No se olvide de hacerlo.

La verdad es que no entendía nada de lo que intentaba hacer, pero bueno, me daba curiosidad saber lo que buscaba. Pasaron siete días y él me recordó:

—Traiga los frascos.

—Cuando los traje, ¡tremenda sorpresa! El frasco número uno estaba mustio; apenas se insinuaba un brote negro y de aspecto feo. En el número dos, el brote había crecido más de lo normal para el tiempo transcurrido, tenía hojitas fuertes y sanas.

—No tiene lógica, Don Hilario. No puede ser.

—No puede ser, pero es. Según los estudios de ingeniería aeronáutica, de acuerdo a los parámetros que se tienen en cuenta para que un avión vuele, una abeja no podría volar. Sería imposible. Sin embargo, vuela. Estas plantas tampoco tienen lógica por lo que parece. ¿Quizás el problema esté en que las abejas y las plantas no saben física? Habrá que enseñarles.

—No se burle de mí

—No me burlo. Imagine usted si no se quiere, si se vive

reprochando cosas, si se culpa, si se llena de resentimientos, frustraciones, broncas, enojos; vea su futuro entonces en el frasco número uno. ¿Se dio cuenta ahora qué hacer para ser el frasco número dos? Eso crea su realidad, la suya y la de todos. Esto ocurre porque lo que imaginamos, se transfiere al agua.

—¡No! ¿Qué tiene que ver el agua con todo esto?

—Todo. El planeta es un ochenta por ciento de agua, y lo que le ocurre al agua nos ocurre a nosotros, porque el agua responde a nuestra imaginación, a nuestros pensamientos. Es un gran catalizador. Un Brujo moderno japonés llamado Emoto realizó una experiencia: colocó en tres frascos de agua distintos mensajes escritos. En uno decía: “Te odio, te voy a matar”. En otro: “Gracias”. Y en el tercero: “Amor”.

Luego de tres días cristalizó el agua y la fotografió. Sería bueno que pudieras ver esas fotos. En el primero, los cristales eran deformes, oscuros, densos. En el segundo, era un cristal equilibrado, perfecto. Y en el tercero parecían diamantes. Luego hizo lo mismo con el agua de un lago contaminado, con una fuente cristalina, y con agua bendita, con iguales resultados. Quedó demostrado entonces que el agua responde a nuestra intención; pero ya aparecerá algún pseudo-científico a explicar lo inexplicable. No vaya a ser que tenga que aceptar que los brujos tenían razón. Aunque ellos, precisamente, no buscaban tener razón. Los seres humanos tienen conductas increíbles.

—¿Cuál, por ejemplo?

—¿Qué hace un señor que acaba de retirar un auto nuevo y que, cuando sale a la calle, lo encuentra rayado? ¿Cómo es su día?

—Lógico. Va estar enojado, molesto, con bronca.

—Supongamos que sea lógico. Vive un mal día por su auto. Ahora yo me pregunto: “¿Se alegra de igual manera todo un día por las cosas buenas que le pasan?”. Se levanta en su casa, desayuna lo que le gusta porque lo pudo comprar. Se levanta porque tiene un trabajo, una familia e infinidad de pequeñas y grandes cosas, hasta encontrar un lugar para estacionar en una hora pico, pero ¿se alegra un día entero por cada una de las cosas buenas que tiene y le pasan? No. Es decir que le pasan un noventa y ocho por ciento de cosas buenas, pero que no le alegran lo suficiente. Pero sí lo pone de mal humor un hecho desagradable frente a cientos agradables. ¿No es raro? Cada vez que algo no es bueno para usted, enumere todas las cosas buenas que tiene y le pasan, y el mal momento será solo una anécdota.

—Nunca lo había visto así

—Parece que el ser humano está más dispuesto a ser víctima que a hacer lo necesario para disfrutar su vida. ¿Le contesté su pregunta del otro día?

—Totalmente, pero no me contestó porque era una estupidez enojarse.

—No está dispuesto a soltar su presa ¿no?

—No, Don Hilario

—Está bien, escuche entonces. ¿Qué son el enojo o la bronca? ¿Por qué se producen?

—Será porque algo nos disgusta.

—A mi me disgustan los mosquitos, pero ni mi enojo ni mi bronca impiden que los haya.

—Entonces no sé

—Se parece a un acto de humildad: reconocer que no sabe. Parece que algo va entendiendo. No, el enojo y la bronca se producen cuando somos incapaces de aceptar la realidad, que por otro lado es la que nosotros creamos.

—¿Pero como evito los mosquitos?

—Elijiendo estar donde no haya

—¡Ja, no! Pero eso es simple.

—¿Y quién le dijo que la vida es complicada? Aceptar las cosas en vez de oponerse estúpidamente es abrir una puerta maravillosa a la libertad, expresada en nuestro derecho a elegir y a decidir. No es mi tarea juzgar a los mosquitos. Mi tarea es estar donde quiero, donde disfruto, donde me siento bien.

—Pero eso no siempre se puede.

—Siempre se puede. ¿Qué se lo impide?

—La gente.

—No, usted se lo impide, porque es más importante quedar bien con la gente que quedar bien con usted. En todo caso, esto también es su decisión, pero no se queje.

—A veces uno se queja con razón.

—Nunca hay razón para quejarse. Por otro lado, al ochenta por ciento de los que escuchan sus quejas, no le importan. Y el otro veinte por ciento se alegra de que le vaya mal.

—Usted tiene respuesta para todo.

—No, por ejemplo no tengo respuestas para saber por donde se escaparon mis cabritos —dijo y salió con su bastón a encontrarla.

El diálogo se había terminado. Yo me quedé solo, intentando salir de mi asombro por las cosas que escuchaba. Luego de un rato, cuando sus cabras habían retornado a su corral, me hizo señas para que fuera.

—No he terminado con el tema del enojo. ¿Quiere seguir escuchando?

—Sí, por supuesto.

—¿Qué se quiere lograr con el enojo? Cambiar la realidad que no me gusta, pero no quiero cambiar yo, quiero que cambie el afuera, y así comienzo la construcción de mi propia mentira. El enojo lleva otros mensajes. Primero, es un generador de culpa; algo así como “por culpa suya estoy enojado”. Segundo, intenta quitarle la libertad: “Usted no puede hacer lo que quiere, tiene que hacer lo que yo quiero”. Tercero, es un chantaje: “Si no hace y dice lo que yo quiero; lo abandono, lo critico, lo juzgo, hablo mal de usted”. Y como usted ya está domesticado desde chico para responder positivamente a estas estupideces, termina haciendo lo que se espera de usted: pide perdón, evita el miedo, y no se siente culpable. Miserable vida le espera al que no entiende esto.

—¿Usted qué haría?

—¿Yo? Nada. Si el enojado es el otro, no tengo porque hacerme cargo de eso. Y si no le gusta, que siga cargando su enojo hasta que se le pase.

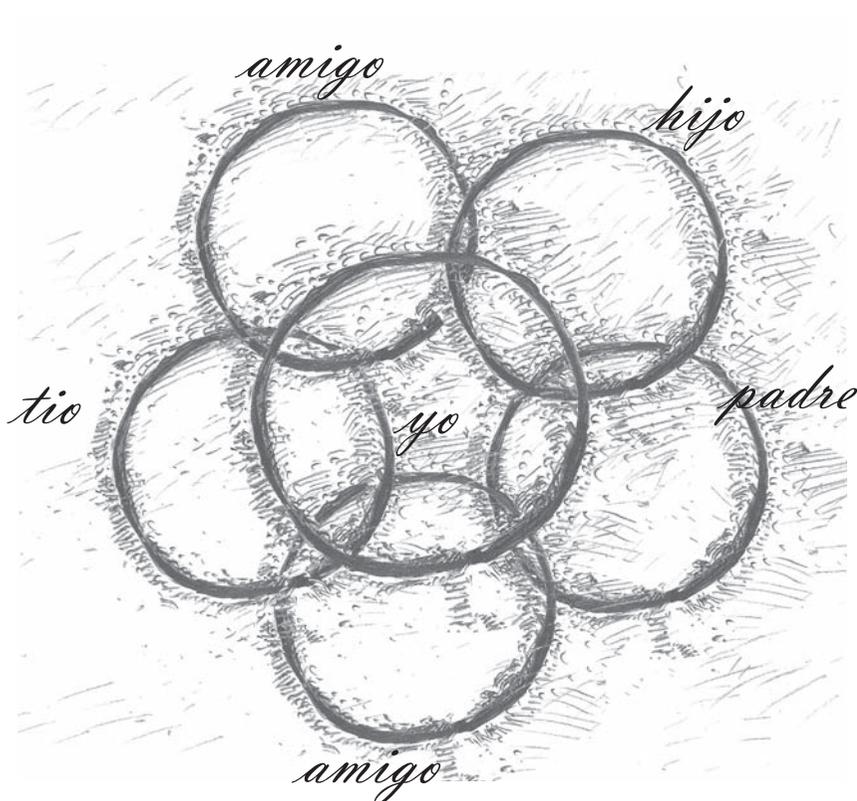
—Todo esto es muy interesante, pero no es fácil.

—Entonces no lo haga.

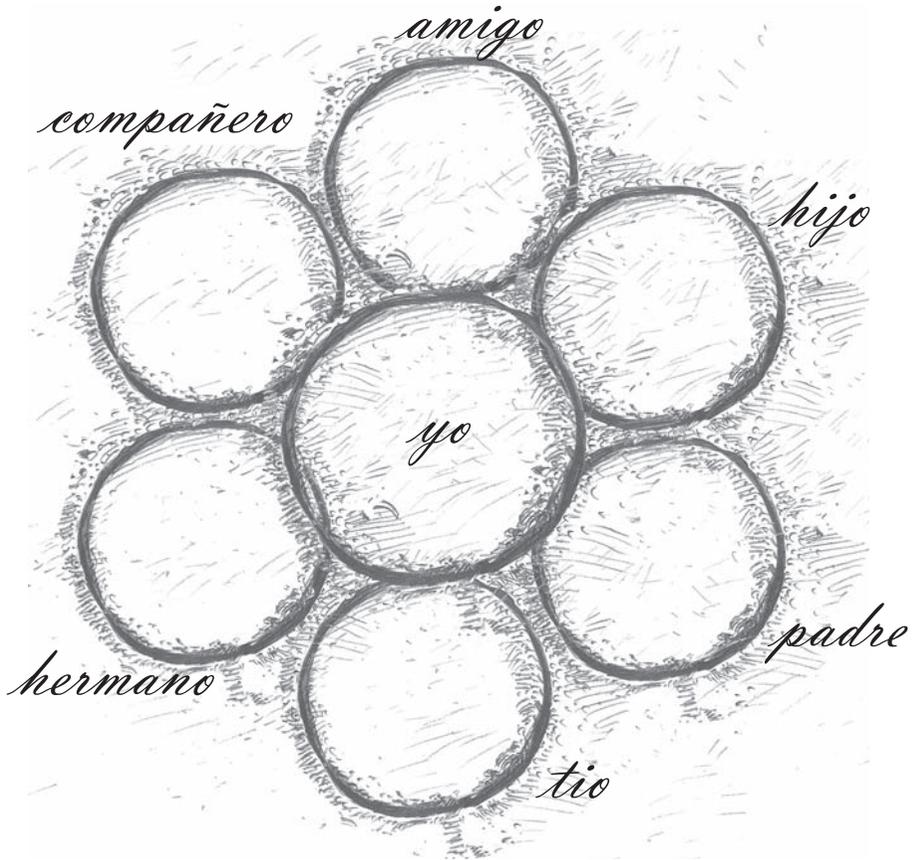
## SOLEDAD Y AISLAMIENTO

—Si lo sigo escuchando, me voy a quedar solo.

—Usted puede caminar con otros, pero eso no lo obliga que sea los otros. Tiene que evitar que lo invadan. Si no, ocurre esto —dijo y dibujó en el suelo:



—El círculo es usted. Si lo invaden, se transforma en esto. Yo le doy otra opción: mantenga un contacto fluido con todos pero no permita que lo invadan, y quizás logre esto:



—Por otra parte, siempre estuvo solo. Se nace y se muere solo. Nadie puede ser usted, nadie puede vivir por usted, ni pensar, ni sentir por usted. Entonces, está solo aunque no le guste.

—Pero es feo estar solo.

—No, el encuentro con su propia soledad es maravilloso. Nadie más se podrá hacer dueño de usted, ni manejarlo, ni esclavizarlo. Le hicieron temer a su soledad para adueñarse de usted.

— ¿Y por qué la gente se siente mal cuando está sola?

—Usted confunde soledad con aislamiento.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo. Estar solo es estar en comunión con uno mismo, es abrir las puertas del infinito, de lo eterno, es mirarse por dentro. Estar aislado es estar en una cárcel de incomunicación, sin puentes con los demás seres, ni con la naturaleza, ni con la vida.

—¿Y cómo se logran esos puentes?

—Aceptando su soledad, su ser irrepetible y único; y desde ahí creando puentes de amor con los demás, compartiendo, caminando juntos por la vida con los seres con los cuales construimos afecto y cariño; pero siempre el punto de partida es su soledad. Si le escapa a su soledad, termina siendo los otros y deja de saber quién es usted, qué quiere, adónde va, y ésta es la peor de las muertes.

—Yo me comunico bien.

—Usted habla mucho, que no es lo mismo.

—¿Y hablar no es comunicarse?

—El otro día en el pueblo había dos niños, un turista y un serrano. El turista era alemán. Jugaron y se divirtieron durante horas. Ninguno entendía las palabras del otro. ¿Cómo hicieron entonces?

—Se comunicaron de otra forma.

—Empieza a entender. Por otro lado, la palabra suele estar llena de confusiones y de malos entendidos. A veces, el lenguaje no verbal es más importante que un millón de palabras.

## COMUNICACIÓN

—¿Entonces no sirve hablar?

—No confunda hablar con comunicar. Comunicar es expresar una emoción y puede ser expresada con una palabra, o con un gesto, con una mirada, La palabra ocupa sólo un siete por ciento de toda comunicación. El resto está formado por gestos, imágenes, modulación, etcétera. La palabra, si no está bien usada, si no es clara, puede llegar a ser la gran “traidora” de los hechos y de la realidad. Quiero hacerle una pregunta: ¿cuántas veces, cuando habla, dice realmente lo que siente o lo que quiere decir?

—Honestamente, muy pocas.

—¿Y por qué lo hace?

—Porque tengo en cuenta que lo que vaya a decir no caiga mal, que no hiera a nadie, que nadie se enoje; que no crean que soy un estúpido con lo que digo, que no quede como un ridículo.

—¿Quiere decir entonces que la gran mayoría de las personas hacen lo mismo que usted, que son pocas las que dicen lo que quieren decir?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿significa que el discurso es mentiroso, falso, hipócrita, engañoso?

—No lo había pensado.

—Entonces todo lo que hablan las personas no es confiable, aunque las razones que esgriman sean sólo para justificar su cobardía de mostrarse tal cual son.

—Pero usted tiene que entender.

—¿Seré yo el que tiene que entender?

—No, evidentemente soy yo y los otros lo que tienen algo que entender.

—¿O sea que usted cuida a los otros de usted mismo? ¿Es acaso más importante lo que escuchan los demás o lo que usted quiere decir?

—No, no es eso.

—No es eso. Entonces, ¿qué es?

—Es sólo no quedar mal.

—¿O sea que es más importante quedar bien, según los otros, que decir lo que siente y quiere?

—Y, visto así, parece que sí.

—¿Y hay otra manera de verlo?

—Debo aceptar que no.

—¿Entonces usted prefiere quedar bien a decir lo que quiere?

—Parece que sí.

—Bien, supongamos que ya quedó bien, pero ¿dijo lo que quería decir?

—No.

—¿Entonces para qué habla?

—Usted me confunde.

—Ah. Yo lo confundo. Quédese tranquilo que usted es autodidacta, no me necesita a mí para confundirse.

—No quise decir eso.

—¿Y para qué lo dijo entonces?

—No sé.

—Todo lo que se calla para “quedar bien” se transmuta en su interior en represión, bronca, enojo, tristeza, que se va acumulando a lo largo de los años como una basura mental que después cobra su precio y se transforma en síntomas tales como desasosiego, insomnio o depresión. Quiero aclararle que la depresión no es un problema de tristeza, sino la manifestación de toda esta basura que usted se empeña en esconder para “quedar bien”. Luego se transforma en enfermedad orgánica, que empieza en la mente y en las emociones para terminar manifestándose en el cuerpo. Es por eso que resulta indispensable vaciarse de tanta basura; pero como nos hemos habituado a ella, a veces es necesario que alguien nos ayude.

—¿Y quién podría ser?

—Alguien que no esté involucrado emocionalmente con usted, porque si usted se involucra con los problemas de los otros, pierde objetividad y no puede hacer nada. Hay que aprender a no involucrarse en problemas que no son suyos,

pero sin aislarse. Hay que dejar que cada uno haga su proceso sin interferir, a menos que lo pida. Esto lo habilita para dar su opinión, no para decirle lo que tiene que hacer. Lo que va hacer cada uno con su opinión no es problema suyo.

—No me queda muy claro.

—A ver, cuando usted observa a alguien jugando a la ajedrez, ¿no le pasa que ve jugadas que los que están jugando no la ven?

—Todo el tiempo, pero ¿por qué ocurre?

—Porque los que juegan están comprometidos con el proceso de luchar por ganar o perder, y eso les limita su capacidad de análisis. En cambio, usted, al no estar involucrado, puede ver con más amplitud.

—A ver si entiendo: cuando observo las cosas desde afuera, sin involucrarme, puedo ver mucho más claro.

—¡Exacto! ¿Usted puede opinar sobre una obra de teatro si actúa en ella?

—Obvio que no.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Sentarme en la butaca.

—¡Exacto! siempre que pueda, cuando quiera reflexionar en la búsqueda de una solución, mire desde afuera, y como en el ajedrez, verá las cosas mucho más claras. Si se involucra emocionalmente, pasa a ser parte del problema y no de la solución.

—Lo entiendo, pero es difícil.

—No, es sólo trabajo interno al que usted no está acostumbrado. Usted que estudia medicina, ¿sabe lo que dice la medicina sobre esto?

—No.

—Apréndalo, entonces. “El que no sabe lo que busca, no entiende lo que encuentra”, lo que también se puede aplicar de otra manera: “El que no sabe de qué habla, tampoco entiende la respuesta”. Entonces, ¿para qué habla?

—¿Para qué, Don Hilario? —pregunte ante esa lógica irrefutable.

—Para callar lo que le dice su silencio; solo para eso. Para impedir la voz de nuestras sensaciones. La voz del silencio son sensaciones, no palabras. Esto es catastrófico para los que no saben escuchar, porque el silencio no miente, nos dice cosas que, para no aceptarlas, tenemos que llenarlas de palabras sin sentido. De lo contrario no nos queda más opción que escuchar nuestra voz interior clara y cristalina.

—¿Pero entonces cómo hacemos?

—Pruebe con transmitir lo que dice su silencio, su sensación, y no intente engañarse y engañar con palabras huecas. Y si no cae bien, ya ha dejado de ser su problema. Los que escuchan a veces se van a enojar, lo van a querer callar a como dé lugar, van a tratar de confundirlo para que incluso parezca que lo que dijo, no lo dijo. No va a faltar oportunidad en que, como ha ocurrido tantas veces en la historia, como en la historia de los brujos, puedan llegar a matarlo para justificar las mentiras que demasiados quieren creer, algunos por miedo y otros por conveniencia. No todos están dispuestos a escuchar lo que los otros quieren decir; están acostumbrados a que les digan lo que quieren escuchar. Es por eso que hay que aprender

a hablar sólo cuando sienta que lo que tiene que decir y a quien tenga que decírselo, sea más importante que el silencio.

—¿Cómo evalúo eso, Don Hilario?

—Hay quien habla para tener razón. Si antes de empezar una comunicación me doy cuenta que lo único que busca el otro es tener razón, no hay diálogo. Es una actitud expulsiva: o piensa como yo o es descartado. Y si el otro adopta una posición en la que siempre está equivocado y los demás tienen razón, no hay diálogo. Es cuando alguien tiene la autoestima por el suelo. Y por último, si nadie tiene razón, no hay diálogo tampoco.

—¿No hay forma de dialogar, entonces?

—Sí, hay una muy poco usada. Los dos tenemos razón y buscamos puntos en común para que el diálogo sea vivificante.

—Lo que usted dice me trae a la memoria un recuerdo de cuando yo tenía siete años.

—Cuénteme. A mí también me gusta escuchar y aprender.

—¿Qué puede aprender de mí?

—El día que usted se dé cuenta de todo lo que sabe y que no sabe que sabe, ese día descartará la razón contaminada por creencias estúpidas ideadas por “vivos” para engaño de tontos. Ese día, ese maravilloso día, podrá ser usted mismo. Tendría que escuchar a los “seres de la niebla”.

—¿Quiénes son los “seres de la niebla”?

—Ya hablaremos otro día. Ahora cuénteme su recuerdo de niño.

—Una vez llegó a mi casa una amiga de mi madre y le contó que se había casado hacía siete meses y que había sido madre del niño que tenía en sus brazos, que había nacido sietemesino y que al nacer había pesado cuatro kilos. Yo pensé que era imposible que tuviera ese peso si había nacido de siete meses; pero mi madre le aceptó semejante mentira. Yo, aún con mi corta edad, le dije que eso no era posible; y mi madre y su amiga, muy enojadas, me preguntaron qué quería decir. Yo en mi inocencia, le respondí que estaba mintiendo. ¿Sabe qué pasó? Me dejaron una semana sin postre.

Ya mayor, regrese a mi memoria este hecho y lo reflexioné. La amiga de mi madre sabía que mentía, pero también sabía que mi madre lo iba a aceptar; y mi madre sabía que ella mentía y sin embargo lo aceptó. ¿Qué se ocultaba detrás de esta complicidad en la mentira? Sin lugar a dudas ambas querían ocultar el hecho, no aceptado en aquel tiempo, de que había mantenido relaciones sexuales antes de casarse. Era un diálogo cómplice; no un diálogo sincero.

—Y no lo castigaron a usted. Castigaron a la verdad, como suele ocurrir. Ahí empezaba su camino hacia el diálogo mentiroso, falso y conveniente; que en ese momento parecía lo mejor. Pero cuando se da cuenta adónde lleva esto con el tiempo, ya no tiene retorno, ya cayó en la trampa y ya aprendió a mentir y a desconocer la verdad y a enojarse con quien no miente igual que usted. Ahora todos lo van a reconocer como un ser educado y amable. Es el premio que le dan por ser falso. Ya es un ser socialmente aceptado. Por otra parte, todo lo que le pasó es por ser niño.

—¿Qué tiene que ver el ser niño?

—Los niños no especulan, son puros. ¿Alguna vez observó a algún niño mintiendo sobre lo que siente? Si se ríe,

nadie puede dudar que esté alegre. El solo hecho de escucharlo hace sonreír al más triste; y cuando llora, es el mejor camino para conocer la pena. Cuando comienzan a hablar, lo que más escuchan es: “Eso no se dice”. Cuando empiezan a hacer: “Eso no se hace”. Y cuando crecen, son pocos los que se preguntan: “¿por qué no se dice?” o “¿por qué no se hace?” O más aún: “¿qué pasaría si lo hago?” o “¿qué pasaría si lo digo?” pero, eso lo empujaría experimentar la vida y no todos están dispuestos ¡Qué distinto sería el mundo si esto ocurriera!

—¿Y qué pasaría?

—Dejaríamos de venderle el alma a la razón y a la especulación. Los niños se resisten hasta que los vencen y los transforman en gusanos mentirosos. Comienzan a perderse la posibilidad de volar y, en su aparente fragilidad, le auguran un sinfín de castigos si no hacen lo esperado: que se quedarán solos, que los criticaran, que no los querrán, y les dejan como única salida hacer y decir lo que los demás le mandan, y allí aparece la madre de todos los miedos: el miedo al abandono. De esta manera, los obligan a alejarse de sus verdaderos seres y a comenzar a ser exilados de sí mismos.

—¿Y quién no quiere aprender a mentir o trabaja todos los días en la búsqueda de su verdad?

—Se queda sin postre, o lo que es lo mismo: no es aceptado socialmente. Es criticado, cuestionado, abandonado. Como ya le expliqué: hay quien se queda en el camino, sufriente y enfermo, hasta que se entrega y pasa a ser un ser “recuperado para la sociedad”. Y de no ser así, le queda una sola salida: “el camino de los brujos”, y comienza la simulación en su lucha por la vida, en parecer un ser “recuperado para la sociedad”. Su verdadero aliado es el silencio, que nadie se entere quién realmente, si no quiere pagar las consecuencias, que a veces son graves, según las circunstancias.

—Pero también estaría mintiendo.

—No, se estaría protegiendo sin dañar a nadie. Lo importante es que usted sepa que está simulando. Si no lo sabe, terminará creyendo que es lo que simula. Para dar un ejemplo: todos salimos a la calle con una careta, y si no se la saca cuando entra en su casa, terminara convencido que es la careta. Y nunca verá su verdadero rostro.

Hay una historia en Perú, de cuando los conquistadores españoles quisieron destruir al pueblo del Tawantisyu. Hubo dos corrientes, la de los que decidieron luchar, como Atahualpa; y la de los que decidieron esperar el regreso del *Pachakute*, que llegaría al final de los tiempos, guardando sus secretos para desarrollarlos cuando fuera el tiempo adecuado. Los que decidieron esto deberían parecer inútiles, poco inteligentes, inclusive borrachos y dejados; deberían simular ignorancia para, de esta manera, tener a buen resguardo sus conocimientos. En los últimos años comenzaron a aparecer profecías y secretos incas muy tenidos en cuenta en la actualidad, como el “fin de los tiempos” del año 2012. Quizás haya llegado su tiempo.

—¿Y usted cómo sabe todo eso?

—Porque no siempre fui serrano.

—¿Y qué fue?

—Fui un caminante en la búsqueda del “camino de los brujos”, pero eso es un tema del que hablaremos otro día. ¿Por qué cree que se le quedó grabada esa anécdota que me contó?

—Porque siempre tuve la sensación de que mi historia personal estuvo plagada de malos augurios. Nada de lo que decía o elegía tenía el beneplácito de nadie, en especial de mi familia. Daba la sensación de que todas mis elecciones estaban condenadas al fracaso.

— ¿Y quién lo manda a decir siempre su verdad? No es fácil sobrevivir en una sociedad donde lo real es lo mandado, donde no está permitido discrepar. ¿Entiende ahora por qué los brujos elijen el silencio? Hay una ley no escrita que dice: “Las águilas vuelan solas. Sólo los gusanos se amontonan”. Quien decide ser águila, debe guardar silencio y a veces simular que es un gusano. Es por eso que, como habíamos hablado, nos hacen creer que la soledad es mala: porque ese el único lugar donde nadie puede entrar, donde uno es dueño de su vida, donde nadie sabe qué piensa, qué siente y cómo va a actuar. Entonces aparece el peligro de no poderlo manejar ni manipular. Mientras más habla, queda más en evidencia y es más vulnerable. Sólo en el silencio de su soledad es invulnerable.

—¿Entonces no hay que hablar?

—Hable todo lo que quiera, pero preste atención a qué dice y dónde lo dice. Sólo eso. Diga lo que quieren los demás, pero piense como usted quiere pensar y actúe en consecuencia. De lo contrario, corre el peligro de pensar como habla en vez de vivir como siente.

## LOS SERES DE LA NIEBLA Y EL ENCUENTRO CON MI LADO OSCURO

—Dígame, Don Hilario, usted me habla siempre de los seres de la niebla ¿Quiénes son esos seres?

—Son entidades que no viven en un cuerpo, o sea que no tienen limitaciones corpóreas. También se los llama “ángeles”, “espíritus”, “seres de luz”. En realidad no es tan importante el nombre que les dé. Lo importante es que su tarea es ayudar al desarrollo del ser humano corporal. Tienen todo el conocimiento de sus experiencias corporales y están en contacto con el conocimiento total, de modo que cuando un ser humano abre canales en forma de ideas o de darse cuenta, generalmente detrás hay un “ser de la niebla” que está ayudando. Son seres que viven en un estadio previo y posterior a toda experiencia terrestre.

—¿Entonces mi abuelo podría ser uno de ellos?

—Seguro. ¿Usted ha escuchado hablar del “ángel de la guarda” de la niñez o de los “amigos invisibles”?

—Sí, por supuesto.

—Son los “seres de la niebla” que están en contacto con los niños.

— ¿Y por qué sólo con los niños?

—No sólo con los niños, también con los adultos. Ocurre que ellos se comunican desde las emociones, y existe un momento en el que los niños son desterrados del país de las emociones y esclavizados al país de las razones. Y ahí se cierran los canales y pasan a ser un recuerdo. Pero ahí están ellos esperando a que cada uno recupere al niño perdido en vaya uno a saber en qué rincones oscuros de la mente. Generalmente lo llaman “inconsciente”.

—Pero es imposible conectarse con el inconsciente.

—Otra mentira disfrazada de verdad. Los códigos de comunicación no son las palabras, sino las emociones; pero el aprendizaje racional nos aleja tanto de las emociones que mucha gente las descalifica, hasta que parece que lo que no se puede decir, no existe. Entonces el inconsciente, al que no nos enseñan a usar, se transforma en un basurero de la mente, donde van a parar las cosas que no nos gustan. Y aunque no es lo mismo que no “nos guste” a que no “las entendamos”, transformamos las cosas que no entendemos en cosas “malas” que quisiéramos hacer desaparecer de nuestra mente, lo que es imposible, por lo que se terminan transformando en cosas que, desde el inconsciente, nos acechan y nos enferman; cuando en realidad, al aceptar lo que guarda el inconsciente —broncas, resentimientos, enojos, frustraciones, defectos, vicios y pecados— nos convertimos en personas mucho más sanas, mucho más libres y mucho más fuertes. Pero para eso es indispensable que nos aceptemos tal cual somos, sin esconder nada. Aceptar el inconsciente es aceptar nuestros miedos y nuestros deseos, sin temer a lo que somos, aceptar nuestra imperfección, que nos equivocamos, que cometemos errores, y a pesar de esto buscar crecer y conocernos, y conocer cada día más y mejor la vida. Ahí radica la magia. De lo contrario, pasaremos por la vida desertando o en puntas de pie para que

no se entere que estuvimos. A las piedras que nos ponen en el camino, a la culpa, a los miedos, a los enojos y a las frustraciones, hay que aprender a apartarlas, sino andaremos con una carga cada vez más pesada que, con el tiempo, se llama “enfermedad”.

—¿Y qué ocurriría si logramos todo eso?

—Permítame un ejemplo que va a ser más claro: si usted está veinte días sin ir de cuerpo, ¿cómo se sentiría?

—Seguramente muy mal.

—Pues ahora imagine años con toda esa carga emocional negativa. ¿Hay alguna posibilidad de sentirse bien?

—Absolutamente, no.

—Eso es no amarse, y si no se ama, jamás podrá amar a nadie.

—De sólo pensarlo me resulta muy triste.

—La tristeza no es más que su niño que lo extraña, y que pide a gritos que lo rescate de la oscuridad y lo integre de nuevo. Para eso debe dejar de ser los otros y empezar a ser usted, con todos los riesgos y peligros que significa ser uno mismo. Hay que volver a casa.

Me llegó tan hondo lo que me dijo que, sin darme cuenta, comencé a llorar despacio, y le dije que me dolía mucho lo que me decía.

—Me alegro que le duela.

—¿Cómo que se alegra que me duela?

—Sí, me alegra.

—Me molesta que me diga eso.

—El dolor, niño mío, es un viejo maestro que nos lleva de la mano hasta los umbrales de nuestra consciencia. Él redime y construye, nos dice la verdad que no queremos escuchar, nos regresa al camino. Quien no acepta el dolor, elige el sufrimiento, que es precisamente no querer aceptar el dolor. Nosotros sólo somos aprendices. Negar el dolor nos hace sufrir. Aceptarlo nos hace crecer.

—No puedo aceptarlo.

—No lo haga, no me crea. En vez de resistirse, experimentelo.

—La verdad es que me tiene cansado. Usted es un viejo de mierda que cree que se la sabe a todas, que tiene todas las respuestas.

—¡¡Bien!! Está empezando a decir lo que siente, a expresar su bronca. Eso es bueno, niño mío.

—No me diga niño, que ya no soy un niño.

—No le estoy hablando a usted; le estoy hablando a su niño, al que usted no quiere dejar salir. El hombre está lleno de lástima y de compasión por sí mismo, y no le gusta lo que escucha —dijo, y profirió una estruendosa carcajada.

Me sentía burlado por ese viejo imbécil, estaba realmente furioso. Me fui caminando hacia el arroyo. Sentía que tenía un volcán dentro de mí. Hubiera matado a ese viejo que se reía de mí mientras yo escuchaba sus estupideces, igual que había escuchado a mi familia tantas veces exigiéndome ser lo que ellos querían, ¡¿Y quiénes son ellos para dirigir mi vida?! ¡Qué sepan que yo voy a ser lo que quiera! ¡Me importa un carajo

lo que ellos piensan! ¿Me quieren abandonar? Que se vayan a la mierda. No los necesito. Vomité enojo, bronca, miedo y resentimiento; y comencé a sentir que algo oscuro y fétido salía a borbotones de adentro mío. No me detuve. Seguí insultando, pateando, y poco a poco me fui calmando y sintiendo que me limpiaba. Descargué mi furia contra un árbol. Luego me senté, agotado y transpirando, y me abracé como quien abraza a un niño, con una ternura que nunca había descubierto en mí, y muy a mi pesar comencé a susurrar un arrorró que venía desde el fondo del tiempo.

Lloré despacito hasta que me quedé dormido, agotado. Me desperté a media noche sin saber dónde estaba. Vi salir la luna llena entre los cerros a través de una suave niebla y de pronto sentí “algo” que volaba hacia mí y me atacaba. Grité guturalmente y supe lo que era el miedo, el pánico. Mi grito alejaba a esa sombra y luego de un rato regresaba hacia mí; entonces yo volvía a gritar, y así estuve toda la noche hasta que amaneció y pude observar que en la rama de un árbol había colgado un trapo, que el vaivén del viento proyectaba su sombra sobre mí y que eso era lo “terrorífico” que me había dejado ronco y espantado. Sólo un trapo colgado de una rama.

Comprendí que los miedos sólo existen en nuestra mente, que ella los construye, y que cuando nosotros los aceptamos y los enfrentamos suelen ser sólo trapos colgados en una rama. Fui hasta el arroyo, me lavé la cara y, cuando levanté la vista, vi que estaba Don Hilario, sonriendo. Me abracé fuerte a él, que simplemente respondió a mi abrazo y luego de un rato me dijo:

—Su desayuno lo espera, con leche tibia y pan caliente. Tiene que recuperarse. Fue una buena pelea.

—¿Todo fue real? —le pregunte.

—Sí, lo fue. Ha vencido su sufrimiento antiguo y atravesó su dolor; y desde hoy puede considerarlo su aliado, igual que cuando, sin saberlo, peleó con la picazón y el dolor de su yeso. ¿Lo recuerda?

—Sí, lo que sentí después fue hermoso, tan hermoso como lo que estoy sintiendo ahora. Este sentimiento, ¿también es el dolor?

—No, este sentimiento es su recompensa, es el amor que lo recibe en sus brazos.

—Me dan ganas de contárselo a todo el mundo, de compartirlo.

—Sólo te entenderán quienes pasaron por situaciones parecidas. Nadie enfrenta el miedo sin que lo empujen, a veces es necesario un viejo de mierda.

—No se burle —le dije sonriendo.

—No me burlo, me regocijo. Confíe en su valentía y no me equivoqué. No son muchos los que se animan a cruzar el umbral. Quien no lo cruza, no tiene retorno, termina por perder la oportunidad de encontrar el sendero y difícilmente tenga otra oportunidad.

—Don Hilario, el que lo cruza tampoco tiene retorno.

—Tampoco —me respondió.

Desayunamos en silencio. No hacían falta más palabras, sobraban. Me fui a dormir. Estaba agotado pero con una paz desconocida y nueva. Conocí mi soledad y me pareció maravillosa. Pasó el día, y me desperté cuando caía el sol y las chicharras hacían saber de su presencia entre los matorrales que rodeaban la casa. Me senté a disfrutar del atardecer. Cuando

pasó Don Hilario, le dije:

—Yo no quería lo que ocurrió, yo no lo decidí.

—Claro que lo decidió usted, porque lo quería. Sólo que fue una decisión emocional, no racional. Su razonamiento lo hubiera hecho escapar de esta situación, pero confió en su emoción. Aceptar esto nos empuja a una responsabilidad suprema con nosotros mismos. La emoción siempre puede, la razón no siempre quiere. Ocúpese de su camino, de su sendero, y deje a los demás transitar el suyo.

—Suenan egoísta.

—Egoísta es vivir para que los demás digan quien soy, trabajar para que los otros me adulen, digan lo bueno, lo honesto, lo lindo que soy. Eso es trabajar para su ego. De allí, su egocentrismo. Mientras tenga en cuenta y sea más importante lo que los otros dicen de usted, será siempre su esclavo. Recién el día que tenga en cuenta lo que usted quiere y busca para usted, entenderá la libertad.

—Yo le quiero dar a todos este conocimiento

—No lo haga, y si lo quiere hacer, espere a que se lo pidan.

—¿Pero acaso dar es malo?

—No, es maravilloso, siempre y cuando dé y no crea que da.

—No entiendo.

—Dar es simplemente eso, dar. Cuando creo que doy pero espero algo a cambio, no estoy dando, estoy comerciando, y eso no es bueno. Por otra parte, para dar hay que tener qué

dar, ¿o acaso puedo dar lo que no tengo? ¿Puedo dar alegría si estoy depresivo? ¿Puedo querer a alguien si no me quiero a mí mismo? ¿Puedo dar paz si estoy nervioso?

—Evidentemente que no.

—¿Entonces cómo puede ser que haya escuchado a gente decir que ama a sus hijos y después decir que no se quieren?

—Sí, es raro.

—No, no es raro. Es imposible. Lo que ocurre es que en vez de querer a los otros, se quieren a través de los otros.

## EL RETORNO

Hacía casi un mes que estaba fuera de la casa de mis padres. Retorné sin mucha ganas. Cuando llegue a la ciudad, estuve dos días para acomodarme. Me molestaban los ruidos, los amontonamientos de gente, las bocinas de los autos. Extrañaba la niebla, el perfume de las flores, las chicharras, el pasto húmedo de la mañana y, por supuesto, los largos diálogos con Don Hilario. Por primera vez sentía que no pertenecía a mi ciudad.

El domingo estaba en casa de mis padres, habían venido un par de amigos a saludarme, y un tío y otros familiares comenzaron a contarles mi infancia y mi adolescencia a mis amigos como si fuera un relato muy gracioso. Yo lo había escuchado siempre, pero tuve la sensación de que era la primera vez. Se agarraban la cabeza y decían todo lo travieso y lo terrible que había sido, cuanto había hecho sufrir a mis padres, y contaban anécdotas de mi vida como si fueran una vergüenza familiar.

Y parecía que era muy gracioso porque todos se reían. A mí me daba mucha bronca y ya no estaba dispuesto a guardarme nada de lo que tanto me había costado sacar, así que, en medio de las risas, sonó mi pregunta:

—¿Tenía algo bueno de niño y de adolescente? ¿O eran todas cosas malas?

Se callaron las risas y alguien se animó a responder:

—Y sí, tenías muchas cosas buenas.

—Bueno, cuéntenme cuales eran, así aprendo algo más de mí.

Nadie dijo más nada. Se produjo un espeso silencio. Entonces hable yo nuevamente.

—Ya que no se acuerdan de nada bueno, déjenme decirles que todo lo que dicen no es cierto. No era el peor de todos, ni el verdugo de mis padres; sólo era un niño al que nadie fue capaz de contener ni de acompañar en su crecimiento. Claro, había cometido el pecado de no responder a lo que se esperaba de mí. Les pediría que dejen de tapar sus incapacidades conmigo. Disculpen la interrupción pero me tengo que ir.

Tomé el colectivo de las cinco de la mañana. Cuando llegué, era aún temprano. Me revivió el aire fresco y el pasto húmedo de la mañana. Vi a Don Hilario que estaba subiendo al cerro con sus cabras, me abrió la tranquera su nieto y le pregunté:

—¿No acompañas a tu abuelo?

—No, hace dos días que está callado y, cuando esto ocurre, quiere ir solo a la montaña para hablar.

—¿Para hablar con quién?

—No sé, eso dice él.

Pasó el sábado, corté un poco el pasto y emprolijé algunos canteros a pedido de la esposa de Don Hilario, que con su dulzura habitual pedía las cosas de tal manera que era imposible negarse. Cuando terminé, se lo dije.

—Y todavía no le pedí que lave los platos o que barra la galería —me contestó.

—¿Me habla en serio?

—Por supuesto. Es importante que un hombre aprenda a hacer tareas femeninas para desarrollar estos aspectos.

—¿Se está burlando de mi?

—No, en absoluto.

—Me resulta difícil de entender.

—Entiéndalo. Si bien el rol masculino es proveer y proteger y el de la mujer es preservar, para comprender y valorar al otro debe saber la importancia de su función. Si no, no hay comprensión.

—Don Hilario nunca me había hablado de esto.

—No es su tarea. Hay roles masculinos y femeninos. Si cada uno los cumple, se logra un equilibrio, una pareja. De lo contrario, prepárese para la guerra estúpida del machismo y el feminismo. Comprender a la mujer y cumplir con su rol de hombre lo prepara para tener una pareja equilibrada y sana; y lo mismo para la mujer.

Cuando llegó Don Hilario, le conté este diálogo. Sonrió y me dijo:

—¿Sabe qué me dijo una vez su abuelo? Que una pareja es una piedra con corazón, la piedra para proteger y el corazón para darle sentido. Si estuvieran separados, la piedra sería demasiado dura y el corazón demasiado frágil, y sería difícil sobrevivir.



## EL ARTE DE LA MEDITACIÓN

Continuamos conversando:

—El otro día, su nieto me dijo que usted quería estar solo en las sierras para hablar. ¿Hablar con quien? ¿Vive alguien conocido en las laderas de la sierras?

Sonrió y dijo:

—No, no vive nadie. Simplemente hablo conmigo mismo, medito.

—Escuché muchas veces eso de meditar, pero nunca lo entendí del todo.

—¿Recuerda de vez en cuando a su abuelo? —me preguntó por sorpresa.

—Sí, lo hago muy seguido.

—¡Qué bueno! Es una hermosa manera de estar en contacto con él. Cuénteme alguno de sus recuerdos.

—Recuerdo que por las mañanas, con las manos en la espalda, murmuraba una vieja canción que él decía que era “la canción del amanecer”.

—Sí, lo recuerdo. Su *mantra*.

—¿Su qué?

—*Mantrams* son sonidos que produce el alma. No necesariamente tienen que tener letra. Si usted deja de pensar en un sonido determinado y simplemente deja que el sonido que sale de adentro suyo fluya, éste va a armonizar todas sus vibraciones y usted se va a sentir muy bien. Su abuelo se armonizaba con el sol que salía, con el canto de los pájaros, con las plantas y sus retoños nuevos, con su familia que dormía. Estas cosas le dictaban el sonido y con “la canción del amanecer”, como él llamaba a su *mantra*, festejaba la vida cada mañana. Cosa de brujos.

—¿Quién? ¿Mi abuelo?

—Sí, su abuelo.

—¿Y qué es meditar?

—Es ir a vibraciones paralelas.

—No entiendo.

Señalando la calle que cruzaba el pueblo, dijo:

—Supongamos que usted nació en esta calle. Creerá que la vida es esa calle, que todo lo que ocurre, ocurre sólo en esta calle. Sin embargo, hay infinitas calles paralelas.

—Sin dudas.

—¿Entonces por qué no entiende? La vibración suya es como la calle. Usted cree que la única vida que hay es la que usted hace; pero hay infinitas vidas o vibraciones. En el mismo momento en el que usted le está prestando atención a la suya, cuando uno medita, es como si dejara de prestar atención a su vida y pudiera desplazarse a donde quisiera, no con el cuerpo pero sí con su energía vital. Y a veces, la respuesta que no encuentra en su calle, puede estar en la calle paralela.

Sin embargo, si sigue encadenado sólo a su calle y niega la existencia de otras, su vida va a ser limitada, siendo que tiene un Universo para explorar sin moverse de su casa. En él están todas las respuestas, todas las preguntas, todas las soluciones. Sólo hay que aprender a viajar fuera del tiempo racional, al no tiempo. No lo podrá hacer con su cuerpo, pero sí con su alma. Entonces, todo es posible, y luego, el conocimiento recopilado en este viaje, bajará en forma de imagen, sonido, y respuestas que están más allá del razonamiento.

—¿Y mi abuelo viajaba?

—Viajaba con el sonido de su *mantra* y sabía el secreto de la respiración.

—¿Y cuál es ese secreto?

—El cerebro, el corazón y la respiración vibran en consonancia. Si cualquiera de los tres que aumente su frecuencia, los otros dos los acompañan. Por ejemplo, cuando corre, aumenta la respiración, la frecuencia cardíaca, y puede llegar a marearse, porque también aumenta la frecuencia cerebral. ¿Me entiende?

—Sí, ¿pero qué tiene que ver esto con el secreto de la respiración?

—Que es la única que es voluntaria e involuntaria a la vez. A través de ella usted puede manejar las frecuencias de los tres. Si usted tiene el secreto de cómo respirar, puede elevar o bajar las vibraciones de los tres a voluntad. Es la forma de cambiar de calle, como en el ejemplo que le di. Y como de ellos dependen todas sus vibraciones, puede elevar sus vibraciones hasta donde moran los seres de la niebla, o bajarlas, hasta hacerlas densas y pesadas. E inclusive producir curaciones en su cuerpo. Por ejemplo, si usted tiene fiebre y esta vibración

corresponde a una frecuencia, digamos cinco, yo puedo llevarla a una frecuencia siete con la respiración y de esa manera la fiebre y todo lo que la produce comienzan a vibrar en siete y desaparecen.

—¿Así de fácil?

—Es simple, pero no es fácil. Se necesita mucho ejercicio, mucha concentración, y conocer secretos de los distintos tipos de respiración. De esta forma se puede poner en contacto con su ser primordial, alejado de toda interferencia de la razón, y conectarse con la vida que existe más allá de lo cotidiano.

—¿Qué hay entonces más allá de la razón? ¿Qué tipo de vida es esa que no podemos ver o escuchar despiertos?

—Sólo meditando puede conectarse con vidas que existen en una vibración superior a la que está acostumbrado a ver o escuchar mientras está despierto. Allí puede conectarse con los “seres de la niebla”, con el conocimiento total, y también con los espíritus de la tierra, a los que llaman “gnomos”, o del aire a quienes llaman “hadas”, o del agua a los que llaman “ondinas”, o los del fuego a quien llaman “salamandras”.

—¿Pero existen esos seres?

—Por supuesto que existen. Es más, las noches de luna llena, en algún claro de las sierras y al resguardo de miradas curiosas, se juntan a festejar la vida, en rondas alegres y danzas que aprendieron al inicio de los tiempos. Algunas veces invitan a los humanos a compartir con ellos, pero para eso es necesario que tengan una gran pureza de pensamiento, que sepan llegar a su vibración y que tengan algo del niño que perdemos cuando nos dedicamos sólo a ser adultos. Son el alma de la naturaleza que dialoga con nuestra propia alma. El ser humano no podría vivir sólo con el cuerpo. Si no tuviera alma, sería solo un cadáver.

¿Por qué pensar entonces que podrían vivir las plantas, el agua, el fuego y la tierra sin su alma? Estas almas se presentan como seres de luz, y sin ellos las plantas se secarían, el fuego sería sólo ceniza, etcétera. Los cuerpos materiales sólo pueden existir con la energía que los impulsa, ¿me entiende? Lo contrario sería como creer que un auto puede andar sin nafta.

Llegó la noche, había luna llena, y me dormí. Soñé con un arco iris multicolor y con seres que danzaban festejando la vida. Me levanté con la secreta certeza de que un día danzaría con ellos.



## LA CONSPIRACIÓN DE LOS IGNORANTES

Al amanecer ayudé a Don Hilario con las cabras y con el pan. Lo tomé por sorpresa y le dije:

—Si alguien escuchara lo que me contó anoche, se burlaría de usted.

Me miró con cara aún somnolienta:

—Usted no pierde tiempo, ¿no?

Siguió con sus tareas y comenzó a hablar:

—La burla suele ser el argumento de los ignorantes, y es la manera que tienen de descalificar a quienes no piensan como ellos. Por otra parte, es más cómoda la ignorancia que el susto ante la posibilidad de que estos seres existan y tener que darse cuenta que la vida tiene fronteras más amplias que sus propias mezquindades. En la época medieval los mataban para imponerles otras creencias, ahora se burlan. Algo hemos avanzado. Usted tiene la posibilidad de ser parte de la manada o de emprender su propia búsqueda, pero, si lo hace, hágalo en silencio.

—Lo que ocurre es que los que se burlan, parecen ser superiores.

—Parecen, usted lo ha dicho. Aprenda a mirar el mundo

al revés si quiere verlo al derecho.

—¿Cómo es eso?

—Lo que parecemos ser por fuera es una reacción que intenta neutralizar lo que sentimos por dentro y no lo aceptamos, entonces lo proyectamos afuera. La arrogancia de la burla expresa bronca reprimida y esconde un profundo dolor. Cuando alguien se muestra como un ser superior, no es más que miedo a que se den cuenta de cómo es realmente. Cuando deben defenderse constantemente del ataque de los otros es porque se sienten débiles y poco valiosos. Sin embargo, muchas veces la realidad muestra que nadie nos ataca, que sólo nosotros lo hacemos, que lo proyectamos en los otros, y que creemos ser atacados. Si somos violentos y lo negamos, vamos a ver violencia en todos lados, pero esto no significa que todo sea violencia. El afuera está construido sobre las cosas que negamos adentro nuestro, y cómo no estamos dispuestos a reconocerlas, las proyectamos afuera.

—¿Podríamos decir que todo lo “exterior” que nos daña es en realidad todo lo “interior” que negamos?

—Parece que lo entendió finalmente.

—En esta proyección sólo hay un espejo que nos muestra lo que está ocurriendo en nuestro interior, pero aceptarlo no es fácil, niño mío. En realidad, nos mostramos como nos gustaría ser, como nos gustaría que nos vieran.

—¿O sea que no vemos las cosas como son?

—No, las cosas no las vemos como son, sino como somos. Quien necesita demostrar que es muy valiente y recordárselo a todos, ¿por qué lo hace? ¿Acaso lo duda? Por supuesto que lo duda, y se pierde la posibilidad de serlo, por

ejemplo reconociendo que no lo es, para lo cual hay que ser muy valiente. Para mostrar y reconocer las miserias internas sin miedo, es necesaria una valentía especial. Todo esto es como una moneda, según las circunstancias eres valiente o cobarde. Si una de estas caras no existiera, tampoco existiría la moneda. Por eso niño mío, escucha a la gente. El que intenta demostrar a los demás lo que cree ser, es exactamente lo contrario.

Escuché una vez un pensamiento chino que decía: “Aprende a ser como el agua, que adopta la forma del recipiente que ocupa, sin dejar de ser agua”. Saber quién eres, con tus virtudes y con tus miserias; y aceptarte, es la mejor manera de avanzar, ¿Usted es diestro?

—Sí —conteste.

—¿Se da cuenta? Se está mintiendo.

—¿Por qué? Si soy diestro.

—Usted es predominantemente diestro y complementariamente zurdo. Si no se complementara con la mano izquierda, sólo podría hacer la mitad de las cosas que hace. ¿Estoy equivocado?

—Definitivamente, no.

—Somos también lo que negamos, lo que no estamos dispuestos a aceptar de nosotros. Es tiempo de comenzar a trabajar para aceptarnos íntegramente y una vez por todas sentirnos completos, con todo lo mejor y lo peor que tenemos. Y lo peor suele ser simplemente lo que nos marca el camino de lo que todavía no aprendimos. ¿Cómo puedo saber qué es la belleza si no sé lo que es feo? ¿Cómo puedo disfrutar del placer si no sé previamente lo que es el dolor?

—¿Lograremos entender esto alguna vez?

—Todos están en ese camino. Sólo que con tiempos distintos. Un niño no puede entender cosas de los adultos, pero esto no significa que nunca lo vaya a hacer. Necesita tiempo. Los adultos son niños que salieron antes, sólo eso. A cada uno le llega el tiempo de crecer. Entonces, resistirse es sólo una pérdida de tiempo.

—Yo tengo la sensación, Don Hilario, de hay gente que acepta muchas cosas internamente, pero que no se anima a reconocerlo en público.

—No es fácil aceptar el juicio de los otros, pero, cuando se les da la posibilidad, están dispuestos aceptar vivencias que serían cuestionadas socialmente. Usted observará que todos tienen algo que decir acerca de, por ejemplo, experiencias consideradas paranormales, ¿pero quién les quita el miedo a expresarlo, al ridículo, a la burla? Esa conexión con lo más puro del conocimiento duerme dentro del alma de cada ser, pero, de tanto negarlo para afuera, termina por negarse adentro.

—Gracias, Don Hilario ¿Cómo le voy a pagar todo lo que me está enseñando? Usted es genial.

—No sea ridículo. ¿Qué haría yo con todo lo que sé, si no encontrase a nadie para transmitírselo? Por otro lado, no idealice a nadie. Debajo de toda idealización sólo está la sensación de ser un niño desvalido al que hay que cuidar. Éste es el verdadero sentimiento que se esconde cuando creemos que los otros son mejores que nosotros.

—Nunca lo había visto así

—Es importante que sea leal a usted mismo. No se critique, ya que finalmente es un ser que está recorriendo su

camino de aprender de la Madre Tierra. Para eso vino.

—¿Cómo?

—Como lo escuchó.

—¿Y cómo se hace para ser leal con uno mismo?

—Si yo le preguntara cuáles son los objetivos de su vida, ¿qué me contestaría?

—Que quiero ser médico, tener una familia, hijos, una casa.

—Esos no son objetivos internos; son objetivos externos, y por otro lado no estoy muy seguro de que sean suyos. Alguien le creó la necesidad, porque es lo que todos creen que es lo mejor y usted se lo creyó.

—Usted me confunde.

—Ya le dije, usted se confunde solo.

—¿Se está burlando de mí?

—No, lo estoy haciendo reflexionar, darse cuenta.

—¿Y cuáles serían objetivos claros? Déme ejemplos.

—De acuerdo, le voy a nombrar tres. Uno, estar siempre donde quiero estar. Dos, estar siempre con gente con la que quiera estar y que quiera estar conmigo. Tres, disfrutar cada cosa que hago. Y, si a veces no puedo, saber que hacer lo que no quiero puede ser un camino para llegar a lo que quiero, un *sacrium officium*, un sacrificio importante para llegar a lo que realmente quiero. Son precios que a veces es necesario pagar y hay que darse cuenta y pagarlos con gusto. Todo en la vida tiene un precio, hasta el dinero. He conocido gente que, por

tenerlo, perdió familia, amigos, y todo lo que logró nunca fue suficiente para comprar lo perdido.

—Todo sería maravilloso, ¿pero se puede?

—Ya le dije: se puede, pero no siempre se quiere. Si usted trabaja todos los días para lograrlos, no hay ningún impedimento.

—Y si alguien quiere estar conmigo, ¿tengo derecho a rechazarlo?

—No, siempre y cuando usted también lo quiera.

—¿Y si yo no quiero?

—Dígaselo amablemente.

—Se va a sentir mal.

—Ese no es su problema. Por otra parte, si se siente mal es porque no acepta la frustración de que no todas las cosas van a ser siempre como él quiere. Frustrarse de vez en cuando es muy sano, es la manera de darse cuenta de que los demás pueden elegir y de que no siempre lo harán en mi dirección. Nadie está obligado a hacer lo que no quiere. El mundo es tan amplio que contiene todas las herramientas que necesita. Sólo tiene que buscarlas. Pero pocos están dispuestos a aceptar la realidad, quieren que la realidad sea como ellos desean y quieren, y suponen estúpidamente que lo van a conseguir, enojándose, manipulando, imponiendo, exigiendo y juzgando, cuando sólo pueden conseguir cambiar algo si lo aceptan primero. A veces podrán, a veces no, pero no es una solución negar la realidad y vivir en una burbuja, creando una realidad para mí solo y rechazando lo que no concuerda con mis deseos y fantasía. Ésta es una actitud infantil, en el mejor de los casos. En el peor, sería

simplemente una locura. Lamentablemente son conductas demasiado comunes como para pasarlas por alto.

—Parece tan simple.

—Es tan simple. Sólo tiene que quererse y ser leal con usted mismo.

—Pero, ¿me van a comprender?

—No sé. Algunos sí, otros no; pero mientras se sienta bien con usted mismo, ¿cuál es el problema?

—¿Quiere que le diga? Me dan ganas de matarlo.

—Suele ser la primera reacción frente a la verdad que no quiero aceptar.

— ¿Y cómo se soluciona?

—Pruebe aceptando simplemente, y viviendo en consecuencia.



## EL ENCUENTRO CON MI NIÑO INTERNO

Ya caía la tarde y mi cabeza parecía explotar. Sin lugar a dudas iba a necesitar un tiempo para ordenar todo lo que tenía en ella. Me senté tranquilo y relajado, simplemente observando y disfrutando los cambios que se producían a mí alrededor. Sentí una profunda paz y comencé a entender qué era meditar: detener la cabeza y simplemente sentir.

La noche lo cubrió todo. Ya era hora de dormir.

Al otro día amaneció lloviendo. Me senté en el alero del rancho de Don Hilario y me vino un pensamiento sin buscarlo en mi cabeza. Fue un darse cuenta de cuánto dependía del afuera, de los otros, de lo aprendido, de lo que los otros me dijeron que tenía que ser y que, de tanto repetirlo, me lo había terminado creyendo. De pronto me vino una imagen de un niño solo y triste que me decía: “¡¡Vuelve!! Te estoy esperando”.

Tenía los ojos cerrados, con algunas lágrimas. De pronto la voz de Teresa, la esposa de Don Hilario, me trajo de nuevo al ahora, y como si hubiera adivinado mis pensamientos, me dijo:

—No hay nada que un mate y una rica torta frita no puedan calmar.

Me ofreció un mate espumoso y algo amargo, y una bandeja hecha con ramas de sauce por sus propias manos, repleta de tortas fritas humeantes. Le conté a Doña Teresa lo

que me había ocurrido y ella me acarició la cabeza con una ternura infinita, diciéndome casi como un susurro:

—Busque con el tiempo sus “tres independencias” y se sentirá mejor.

—Doña Teresa, acá todos dicen cosas como si yo ya las supiera; y en realidad tengo la sensación que sé cada vez menos.

—Pobre de usted el día que crea que lo sabe todo.

—Se da cuenta. Además, todos tienen siempre la respuesta justa.

Sonrió con picardía.

—Explíqueme que es eso de las “tres independencias”.

—Es para no depender de nadie. Usted debe buscar la independencia económica, la independencia física y la independencia emocional, que suele ser la más difícil. Para la primera, debe generar el dinero necesario para cubrir sus necesidades. Sin eso no va a poder tener la independencia física, que es su lugar en el mundo, aquel donde usted sea su propio dueño y su propio esclavo, donde nadie le diga qué tiene que hacer o ser. Puede ser una mansión o un rancho, depende de usted. Y la más difícil, la emocional, es no involucrarse en problemas que no son suyos sin que esto signifique aislarse. Usted no le debe nada a nadie.

—¿Pero como hago para no aislarme?

—Dé su opinión, si se la piden, y allí se termino su tarea, pero no se crea dueño de la verdad de todos; sólo de la suya. Dígala simplemente y con humildad. Lo que hagan con ella, deja de ser su problema.

—Usted dice que no dependa de nadie pero yo no quiero, ni puedo, dejar de depender de lo que Don Hilario me enseña.

—¿No se dio cuenta todavía?

—¿De qué tengo que darme cuenta?

—Usted es Don Hilario. Él no le enseña nada, sólo lo hace recordar lo que ya sabe. Vuelva a su niño interno, que él lo va a guiar.

Tuve la sensación de que había estado dentro mío, cuando veía adentro la imagen de mi niño solo y triste. Se lo dije y me contestó:

—Hágalo sonreír de nuevo, acompañelo, que cuando sea de nuevo uno con usted, le revelará todos sus secretos, y usted dejará de resistirse al conocimiento que siempre tuvo y que siempre se esmeraron para que lo olvide. Para eso sirven a veces las enseñanzas, para confundir y alejarlo de sí mismo. Vuelva a usted, vuelva a su niño.

Se fue, dejándome perplejo, mientras la lluvia seguía cayendo



## EL SECRETO DE MI CURACIÓN

Caminé sobre el pasto mojado y vi un cuadrado que estaba seco pero rodeado por otros que eran verdes y húmedos. Recordé mi curación de niño, cuando Don Hilario había llegado con sus sandalias y sus pantalones mojados.

—El canal se había atorado con hojas. Hubo que destaparlos. Si no, nos inundábamos. ¿Qué está mirando?

—El lugar donde empezó mi curación de niño.

—Su curación empezó cuando usted y su abuelo decidieron que así fuera.

—¿Me puede explicar qué ocurrió?

—¿Usted conoce las pirámides de Egipto?

—Sí, por supuesto.

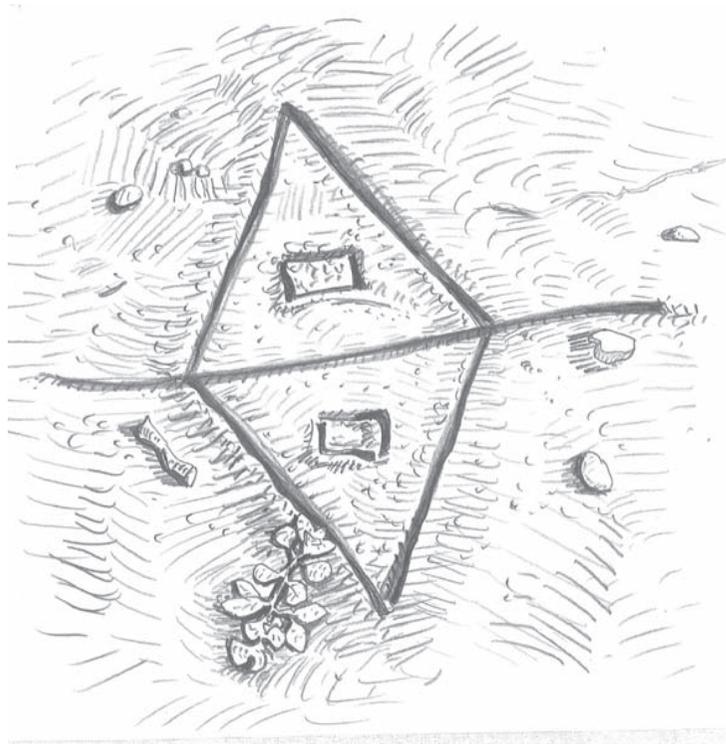
—Bueno, si usted construye una con medidas similares y ubicada correctamente, en el lugar donde dicen que era la Cámara del Rey, y a esa altura coloca un pedazo de carne, en un par de días estará seca, porque en el lugar donde está la Cámara del Rey, nunca hubo un rey. Eso fue una conclusión errónea moderna. Allí se concentraban las energías cósmicas captadas por ese gran condensador de energía que es la pirámide. Allí se extrae la humedad y la carne se seca, siempre y cuando esté

sobre la superficie terrestre. Si usted coloca la pirámide al revés, es decir con la punta hacia abajo, y la entierra hasta la altura de su base y coloca otro pedazo de carne en lo que sería, digamos, la Cámara de la Reina, en un par de días se pudre, porque allí se capta energía terrestre que incorpora agua a la carne. Son energías iguales pero actúan distinto.

—¿Quiere decir que actúa al revés?

—Exacto. Por eso los alquimistas representaban al fuego con un triángulo con la punta hacia arriba, y al agua con un triángulo con la punta hacia abajo y cuando ambas se juntan dan origen al aire y a la tierra. Podríamos decir entonces que la energía que está sobre la tierra es el revés de lo que está por debajo. ¿Me entiende?

Realizo con un palito sobre la tierra este dibujo:



—Siga, siga.

—si usted estaba enfermo sobre la tierra, estaba curado por debajo de ella. En vez de una pirámide, yo sólo usé un cuadrado de pasto, lo impregné de su energía enferma y, cuando lo di vuelta, la tierra absorbió la enfermedad. Y a su salud, que estaba por debajo de la tierra, usted la absorbió al darlo vuelta y se curó.

—Es una broma ¿verdad?

—No, en absoluto.

—Pero, ¿es así de fácil?

—No, no es fácil. Si usted está convencido de que no funciona, tiene razón; y si está convencido de que funciona, también tiene razón. Usted decide. Por suerte para usted, aunque no lo supiera, su abuelo sí sabía que funcionaba.

—¿Y funcionó?

—Pregúntele a su cuerpo y a sus médicos.

—Pero la explicación de la pirámide está equivocada.

—¿No me diga?

—Nunca existió una pirámide al revés de la que está en la superficie.

—No sólo existió siempre, sino que a su alrededor había un lago, con agua imantada por ambas pirámides, que servía para equilibrar todos los procesos de la tierra; y allí ocurrían curaciones que hoy serían consideradas milagrosas. El hombre actual, a todo lo que no entiende racionalmente, lo llama “milagro”.

—¿Y por qué no se descubre la pirámide que está debajo?

—Porque desapareció la punta que, según dicen los viejos maestros, era una gran esmeralda, que cuando la constelación de Sirio estaba en determinada posición en el año, reflejaba un rayo que iluminaba exactamente el lugar donde estaba la puerta de ingreso a la pirámide de abajo.

—Parece poco creíble.

—No lo crea, entonces.

—¿Por qué nadie puede encontrar la forma de explicar estos misterios?

—Podrían, pero no quieren, porque de encontrarlas tal vez echarían por tierra a muchas explicaciones racionales con las que se les mintió al mundo; o tendrían que reconocer su propia torpeza. Entonces, tienen que perseguir a los que pueden hacerlo y transformar sus explicaciones en ridículas, por lo que los viejos conocimientos terminan encerrados en las escuelas de conocimiento y guardadas en secreto, hasta que sea el tiempo de darlas a conocer.

Lo que no se entiende se descalifica, esto es todo un método de la conspiración científica, y ellos no están dispuestos a tolerar que las antiguas civilizaciones eran más sabias y más avanzadas que las actuales. Sería bueno, que esta ciencia soberbia explicase también cómo lograron los incas la unión de las piedras de Sacsayhuaman, cerca del Cuzco, que sin ningún tipo de pegamento quedan unidas al punto que ni siquiera una aguja las puede penetrar.

Una demostración de estas ciencias antiguas, está en los criollos de la sierra. Pregúnteles cómo curan a sus animales con heridas embichadas, y ¿sabe que le contestarán? Al dar vuelta

el rastro. Cuando les pregunte cómo ocurre este fenómeno, simplemente se encogerán de hombros y usted se quedará sin respuesta. No les importa explicar por qué ocurre, sólo les importa que ocurra. “Es cosa de brutos serranos” dirá la ciencia. Yo diría que los serranos sin tanta información vacía son más sabios en algunos temas que la ciencia moderna, que la transmisión oral hizo llegar hasta ellos los conocimientos de las viejas civilizaciones sin necesitar explicaciones. Simplemente la hacen y da resultado.

—Pero yo quiero saber qué ocurre.

—De acuerdo, se lo voy a explicar. Cuando una herida del animal se embicha, estos bichos se alimentan de sangre y de energías, de las energías que en este momento tiene el animal, con la que impregna el suelo cuando pisa. Al dar vuelta el rastro, la energía que está arriba se va abajo y la que está abajo se va arriba, es decir que cambia la energía del animal y, al seguir la energía que va para abajo, los bichos se caen y el animal se cura.

Es lo mismo que yo hice para curarlo a usted. Arriba estaba la energía enferma con la que impregnó el pasto al darlo vuelta. La tierra absorbió enfermedad y usted comenzó a vivir con energía nueva y se curó.

—La ciencia nunca pudo explicar mi curación de niño. Entonces yo podría decir “Es cosa de brutos científicos” — repliqué.

Don Hilario simplemente me acarició la cabeza y me dijo:

—El Universo es mental. No se olvide. Aunque la ciencia no lo acepte.

—¿Cómo que el Universo es mental?

—Todo lo que la mente o el inconsciente sienten como posible, es posible.

—¿Así de fácil?

—No, así de difícil. Mientras nuestro punto de referencia sea el razonamiento aprendido, todo es más difícil. Lo que no entiende el razonamiento, no existe o es mentira. Lamentablemente para los que le dan demasiado valor al razonamiento, no me voy a cansar de repetirlo, éste solo ocupa el cinco por ciento de los procesos mentales. ¿Qué habrá en el otro noventa y cinco por ciento? Sólo los brujos lo averiguaron y lo usaron. Los demás sólo están dispuestos a negarlo. Es una pena que el ser humano pierda tantas posibilidades de avance y de crecimiento por aferrarse sólo al razonamiento aprendido. En las emociones y en el inconsciente están todas las repuestas, pero se corre el riesgo de que estas repuestas dejen en evidencia todas las mentiras que necesitaron que creyera el ser humano para poder dominarlo.

Sin embargo, los brujos saben que se les acabó el tiempo y que hay que atravesar mucho dolor hasta que la verdad se imponga. Es tiempo de escuchar y de dejar de taparse los oídos; es tiempo de cambios, y por suerte, a estos cambios no los maneja el hombre. Éste sólo los vive.

## LAS ENSEÑANZAS DE LA NATURALEZA

—Don Hilario, ¿por qué cuesta tanto darse cuenta?

—Queremos borrar del mundo los aspectos que valoramos como negativos, pero aunque no nos demos cuenta y no queramos aceptarlo, están en nosotros. Es por esta razón que el ser humano ocupa demasiado tiempo en lo que rechaza. Cuando lo critiquen, niño mío, puede aprender mucho del que lo critica, pero poco de usted mismo. Por eso, cuando una actitud de alguien lo enoje demasiado, pregúntese qué parte suya está negando. Si tiene la valentía de “descubrirla y aceptarla”, esto lo hará sentir más liviano, y cerrará la puerta a esos sentimientos bajos que son la soberbia, el orgullo estúpido, la omnipotencia, y podrá adquirir sus verdaderos valores, sin necesidad de conformar a nadie. Simplemente comenzará a conocerse y el camino de los brujos estará frente a sus ojos. No necesitará que nadie le diga quién es, porque usted ya lo sabrá.

—¿Cómo se hace para mantenerse al margen de tanta confusión?

—No hay que mantenerse al margen. Sólo hay que tener una actitud clara, aprendiendo a poner los límites adecuados, para que no entre lo indeseado que otros quieren que aprendamos.

—Es difícil poner límites.

—No lo es. Sólo hay que aprender de la naturaleza.

—¿Acaso la naturaleza enseña a poner límites?

—La naturaleza enseña todo, si sabe observar.

—¿Me puede dar un ejemplo?

Se levantó y me pidió que lo siguiera. Comenzamos a caminar por una calle de tierra donde había una casa con un alambrado alrededor. Adentro había un perro que, cuando pasamos, levantó las orejas y nos siguió con la mirada, Don Hilario dijo:

—Observe, es el primer límite. Si el perro pudiera hablar, diría: “No te acerques que te estoy mirando”. Volvimos sobre nuestros pasos y, cuando nos acercamos al alambre, el perro comenzó a ladrar. Segundo límite. Significa: “No te acerques más porque te ataco”, y mejor que nos retiremos porque si entramos en la casa, seguramente nos mordería. Tercer límite. ¿Has aprendido algo?

—Mucho —le contesté—. Gracias.

—No agradezca. Observe y aprenda de los animales, de la naturaleza. Todos enseñan a sus crías a ser independientes. Primero les enseñan y después las empujan hacia su libertad. Sólo el hombre hace depender a su cría de los padres. Estos no toleran dejar de ser padres, ni de ser importantes para sus hijos. Esto se debe a que algunos padres “viven para sus hijos”, y a pesar de que socialmente esto suene bien o sea bien visto, conlleva una trampa racional. ¿Cuál? Que si yo no vivo para mis hijos, debo vivir para mí, obligándome a hacerme cargo de mis problemas. Repito: esto no es más que una trampa expresada así: “No vivo para mí porque estoy demasiado ocupado en vivir para mis hijos” ¡Qué lindo que suena! Pero en el fondo esconde

una mentira, y en este proceso necesito incapacitar a mis hijos para que sigan dependiendo de mí, para que yo siga teniendo la excusa para no hacerme cargo de mí.

Es tan cierto esto que digo que, según los médicos, que usted debe conocer mejor que yo, cuando los hijos logran, si lo logran, desprenderse de semejante cepo, a los padres le queda una sensación que llaman “síndrome del nido vacío”. No saben qué hacer con sus vidas, se sienten vacíos. ¡Y claro! Ya no están sus hijos que los justifiquen y no le queda otra alternativa que hacerse cargo de sí mismos, lo que también lleva implícito la condena a los hijos, por “abandonarlos”. Aunque no lo aceptan, se enojan con sus hijos por crecer. Y como a nadie le gusta que le estén reprochando su propia libertad ni que lo culpen por lo que al otro le pasa, entonces los padres no entienden por qué los hijos no quieren estar ni cerca de ellos, lo que es lógico, aunque a muchos padres no les gusta.

El amor de padres e hijos es otra cosa. Espero que ya haya llegado el tiempo de entenderlo, porque los hijos suelen pagar precios demasiados altos para que sus padres puedan alardear ante los demás de lo buenos padres que son. Los padres que aman a sus hijos le ponen permanentemente dificultades, no le hacen la vida fácil. Con la inexperiencia, los hijos en principio no lo comprenden y se rebelan contra ellos, pero después se dan cuenta que gracias a eso aprendieron sin tanto dolor a enfrentar la vida. Por el contrario, aquellos hijos a los que le hicieron la vida fácil, cuando enfrentan las dificultades de la vida y ya no están los padres para salvarlos, se dan cuenta de que quien debía prepararlos, no lo hizo, y que en vez de amarlos se amaron ellos mismos a través de los hijos, y eso, en el campo, se llama egoísmo, no amor.

—¿Qué está diciendo Don Hilario? ¿Qué es bueno ser mal padre?

—Sería bueno que no gaste saliva, que tanto le cuesta producir a su cuerpo, en decir estupideces. Pruebe con reflexionar antes de hablar.

—No me contestó.

—No es importante ser buen ni mal padre. Lo importante es ser padre. Nadie nace sabiendo, por lo tanto es probable que se cometan errores, pero la vida da mucho margen para cometerlos sin que esto repercuta en el desarrollo de un hijo. Sin embargo, cuando el error es sostenido en el tiempo, las consecuencias son nefastas.

Para eso es importante el diálogo constante entre ellos, lo que no significa imponer lo que quiero. Los hijos no vinieron al mundo para satisfacer las necesidades de los padres. Sus expectativas no tienen por qué ser un mandato para los hijos. Por el contrario, educar es acompañar a los hijos en todas sus etapas, guiándolos para que cumplan sus sueños. Es como una escuela que dura un tiempo y luego son los hijos los que deben responsabilizarse de su propia vida. Es necesario prepararlos para eso, no para que sean los actores de las frustraciones de los padres.

Yo no había venido al mundo a hacer feliz a nadie, venía a trabajar por la mía y ayudar en lo que pudiera por las de los otros, sin que eso significara apartarme del camino elegido. Nunca supe si mis padres entendieron lo que estaba diciendo, pero, lo que es seguro, es que yo sí lo entendí, y eso me dejó muy tranquilo.

—Pero todos los padres quieren lo mejor para sus hijos.

—Todo depende. ¿Por qué y para qué se busca un hijo? Sería bueno saber cuáles son las razones profundas. Es común que se engendre un hijo para satisfacer el deseo del otro, padre

o madre. Ahora bien, si esa pareja se separa, de pronto uno de los dos se queda con un hijo que no eligió por sí mismo, y la ausencia del otro hace que se pierda la razón del hijo. Entonces, en forma consciente o no, comienza a ser un hijo no deseado, con las consecuencias que vemos todos los días en los diarios: violencia, rechazo, abandono, maltrato. Por eso es importante que un hijo sea una decisión profunda y consciente.

—Siempre se hace lo que uno quiere, Don Hilario.

—No es así. A veces uno “dice” que quiere algo, se convence, y en realidad no quiere.

—No me complique. ¿Cómo es eso?

—Uno se imagina viviendo determinadas cosas y le parecen hermosas. En la imaginación todo puede ser hermoso, pero puesta en la realidad, no siempre es como lo imaginamos.

—Explíqueme.

—De acuerdo. La razón es temporal y limitada, creo habérselo dicho, pero el inconsciente es ilimitado y atemporal. El ser está en el inconsciente, que no miente nunca. La razón es una constante fuente de malos entendidos. Para que se entienda mejor, es como si en el centro del corazón, donde viven las emociones, existiera un castillo de cristal donde habita un mago sabio, que todo lo puede, todo lo ve, todo lo hace y está a disposición de nuestras decisiones. Él no tiene conciencia de “bueno” o “malo”. Lo que le ordeno, él lo hace posible, sea lo que sea, y las ordenes le llegan en forma de imágenes o de sentimientos. Por más que yo diga y repita que quiero lograr algo, si internamente siento que no lo voy a lograr, ésta es la orden que recibe este mago, y no lo logro. Si por el contrario, decido hacer algo y no dudo que va a ser así, aunque parezca imposible, él ejecuta su magia para que así

sea. Es decir que cuando algo sale repetidamente mal, no es un problema de mala suerte, sino que es tiempo de preguntarnos y contestarnos honestamente qué es lo que queremos. Por otro lado, el inconsciente se carga y se descarga con imágenes, y éste nunca acepta nada en negativo. Si yo le digo, por ejemplo: “No imagine un elefante blanco” ¿Qué imagina?

Me causó mucha gracia:

—Un elefante blanco —le dije.

—Así actúa el inconsciente, por lo tanto todo lo que quiere negar se transforma en imagen positiva en el inconsciente, y su mago hace que se cumpla. Eso ocurre con los miedos. Si no quiero que ocurra algo, lo imagino ocurriendo, y es así como los miedos se realizan.

—¿Y cómo puedo evitar lo que no quiero?

—Simplemente no tenga miedo, y viva aquí y ahora, consciente de cada cosa que le pasa ahora, de lo que siente ahora. Diga lo que quiere decir ahora. El pasado y el futuro son sólo dos maneras de escapar del eterno presente. Deje su cabeza quieta y acepte a la vida tejiendo su madeja.

Ahora que entendió esto, va a poder comprender, por ejemplo, que si una mujer tuvo una mala relación con su padre, lo que queda grabado de esta primera relación es la imagen del hombre ligada al miedo o al peligro. Entonces, cada vez que ella se relacione con un hombre, va a surgir en forma de sentimiento, esta sensación de miedo o de peligro, y esto va a dificultar las relaciones futuras con sus parejas, si es que puede construirlas. Otro ejemplo, para que le quede más claro, es que si usted, aún siendo muy niño, tiene una experiencia con el agua, por pequeña que sea, si usted siente que se ahoga, el mensaje que le queda en el inconsciente es agua-muerte, agua-

peligro y le tendrá siempre miedo al agua.

—¿Hay alguna otra manera de trabajar con nuestro inconsciente, Don Hilario?

—Por supuesto, el inconsciente además funciona como una grabación, y siempre se graba lo último. Es decir que si usted logra tener una experiencia disfrutable con el agua, a pesar de su miedo, esto es lo que se va a grabar en el inconsciente, y lo previo se borrará. A veces es necesaria la ayuda externa para resolver todos y cada uno de los conflictos que no nos permiten vivir plenamente la vida.

—¿Y esto como se logra?

—Con lo que en medicina se llama “terapia”, y que en manos de brujos, disfrazados de terapeutas, nos llevan a un camino de autoconocimiento y ampliación de la consciencia, que no es sólo para los enfermos o para personas que tienen problemas psíquicos. Es un viaje de vuelta a casa, a mi casa interna.

—¿O sea que usted me está haciendo terapia?

—Sí, de algún modo. Yo lo estoy guiando por otro camino, más profundo, que no se enseña en la universidad.

—¿El camino de los brujos?

—Podría decirse así.

—Entonces ¿es usted un brujo?

—No, a mi me lo contaron —dijo, y sonrió con esa sonrisa que escondía tantos secretos.



## CUANDO LA MEJOR MANERA DE AYUDAR ES NO AYUDAR

Me levanté a la mañana temprano y observe a Don Hilario sentado, mirando hacia el corral de las cabras, donde su nieto no lograba encerrarlas. Cuando quise ayudarlo a resolver el problema, Don Hilario me miró, casi con dureza, y me dijo:

—No intervenga, déjelo solo.

—Es que lo quiero ayudar.

—Entonces no intervenga.

—¿No quiere que lo ayude?

—Por supuesto que quiero que lo ayude, y la mejor manera de hacerlo es no interviniendo.

—No lo entiendo.

Resopló molesto, y me dijo:

—Si usted hace las cosas por él e impide que se equivoque, no va a aprender, y yo quiero que aprenda. Equivocarse y cometer errores es el mejor camino del aprendizaje,

—No es lo que me enseñaron.

—Por eso en algunas ocasiones es medio torpe. Ya va aprender —dijo justo en el momento en el que su nieto resolvía

cómo encerrar a las cabras con un pequeño grito de alegría y satisfacción.

Mi orgullo no me permitía aceptar los dichos de Don Hilario, pero debía reconocer que la sonrisa del nieto bien valía un error. Y entonces, comencé a entender.

Al atardecer, luego de las tareas de campo, Don Hilario se sentó y comenzó en silencio el ritual del mate. Me senté junto a él, y sin mirarme, me preguntó:

—¿Hoy aprendió algo?

—Sí —le contesté—, aprendí a no entrometerme en los problemas ajenos y a dejar a cada uno cumplir sus procesos. Y comprendí que mi manera de ayudar es a veces una forma de incapacitar a otros para sentirme bien, y que esto huele a egoísmo.

—Entonces fue un buen día —dijo, y me estiró un mate que sabía como los dioses.

Le pregunte:

—¿Y si me piden ayuda?

—Dé su opinión honesta acerca de qué haría en su lugar, y deje que el otro haga. No involucrarse no es aislarse; es simplemente no interferir en los procesos ajenos. Y si no le preguntan, quizás no necesiten de su respuesta.

—¿Y si alguien está triste y le pregunta qué hacer? ¿Qué le diría, Don Hilario?

De nuevo la risa burlona, que me hacía sentir que había preguntado una estupidez.

—Le diría que disfrute su tristeza.

—No se burle, la tristeza no se disfruta.

—¿Quién le dijo eso?

—Nadie, pero uno se siente mal.

—Eso porque la rechaza. Todo el que se siente rechazado, responde mal, aún la tristeza. Quizás ella también quiera ser aceptada. En definitiva, uno atrae lo que rechaza. Por otro lado, mientras más se resista a aceptarla, más va a persistir.

—¿Y usted que hace cuando se siente triste? ¿Lo disfruta?

—Por supuesto.

—¿Y cómo lo hace?

—Me voy a la montaña y hablo solo, en voz alta. Me tiro al suelo. Me doy lástima, me tengo compasión, y cuando parece que la tristeza lo invade todo, desaparece, y su lugar lo ocupa una sensación de paz y alegría infinita. La alegría y la tristeza son la misma cosa, el máximo de tristeza puede producir alegría, y el exceso de alegría puede producir tristeza. La vida siempre tiene dos extremos, como el péndulo. El secreto está es el medio, en el equilibrio. Ahí suele estar la morada de la verdad. Nada es bueno ni malo. Todo es bueno y lo que llamamos “malo” es posible que sea lo que no nos gusta o lo que no entendemos.

—Don Hilario, usted esta re-loco.

—Y los que le enseñaron a usted, ¿están re-cuerdos? —dijo y largó la carcajada, mientras se alejaba caminando con su bastón de palo.



## LA PERDIDA DEL PARAÍSO INFANTIL

A veces pasaban días en los que los diálogos con Don Hilario no se producían. Yo tenía la rara sensación de que esto se debía a que me daba el tiempo para que reflexionara, y en otras oportunidades, en el momento menos esperado, me decía algo como al pasar. Si yo estaba distraído, podía perderme algunas cosas importantes. Quizás era una estrategia suya para que yo estuviera atento. Debo reconocer que yo tenía un cierto temor a que abandonara sus ganas de hablar conmigo y a perderme respuestas que a esta altura las sentía como necesarias.

Un atardecer estábamos haciendo compras en el almacén del pueblo, que era un lugar que parecía perdido en el tiempo, con su mostrador gastado, sifones de soda que ya no se usaban, piso de cemento alisado con rajaduras y mesas cuadradas, algunas atadas con alambre, en las que a veces los paisanos despuntaban un truco, acompañados con su vaso pequeño de ginebra, marcando el final de una jornada laboral. Entonces, los caballos permanecían atados y aburridos en un palenque ubicado en la puerta. Las veredas de tierra, bañadas por un sauce llorón, recreaban el típico paisaje serrano, donde la sensación de tranquilidad y paz era constante. Mientras, el sol del atardecer pintaba las sierras con una paleta de colores que invitaban a soñar con tiempos mejores, ausentes en las grandes ciudades. El sulky de Don Hilario ya estaba cargado de provisiones y era hora de partir. Apenas comenzó a andar, le

hablé sobre mi miedo al abandono.

—“Miedo primario”, que le dicen —contestó.

—¿Qué es eso?

El traquetear del sulky acompasaba las palabras:

—Cuando un niño nace es libre como los pájaros, hace lo que sus impulsos le mandan. Para él, el tiempo no existe, lo que por otro lado es cierto. Juega cuando quiere, duerme cuando quiere, come cuando quiere. ¿Y qué recibe por parte de sus mayores? Protección, cuidados, mimos, comprensión. Todo esto se graba a fuego en su memoria emocional, ya que aún no cuenta con ese enemigo que es el razonamiento. De pronto, un día, se acaba este paraíso y comienza el “aprendizaje”. A partir de entonces, aunque haga lo mismo que antes, las respuestas son distintas: “Eso no se hace, no se dice, o no se toca”; y si lo hace, se encuentra con castigos de toda índole. Ya se acabó el tiempo del paraíso, del que es arrancado para ser llevado a un mundo nuevo y extraño, el del razonamiento, que viene acompañado de mandatos y de órdenes.

Se cambia el paradigma y ya no puede hacer lo que quiere. Ahora es el tiempo de hacer lo que se debe. ¿Según quien? Según los otros, los de afuera; y si no lo hace se siente amenazado con castigos terribles como el aislamiento, el abandono, la crítica. Acaba de comenzar el alejamiento del paraíso de la niñez, y el castigo a su niño a la oscuridad, algo que imagina tan terrible que, a pesar de la resistencia, no le queda otra opción que entregarse a los deseos ajenos, desterrando a las emociones, a la frustrada sensación de libertad, y comienza a vivir según los deseos de los otros, las necesidades de los otros y las expectativas de los otros; a responder a todo lo que viene de afuera y cada vez que intenta regresar al paraíso perdido, vuelven a surgir de

la memoria emocional el recuerdo y la amenazas. Así, poco a poco se va transformando en bazofia humana, y comienza a ser gusano. Allí es cuando tenemos nuestro segundo nacimiento.

—¿Cómo es eso? ¿Nacemos dos veces?

—Biológicamente no, pero espiritualmente, podríamos decir que sí. El segundo nacimiento al que me refiero es cuando egresamos de la escuela de aprendizaje de nuestros padres, y la responsabilidad de nuestra educación deja de ser de ellos y comienza a ser nuestra. Cuando cumplimos la mayoría de edad, por ejemplo, ese es el tiempo de preguntarse los “¿Por qué?”. “¿Por qué no se dice?”, “¿Por qué no se hace?” o “¿Por qué no se toca?”.

Allí comienza la curiosidad del buscador de respuestas. “¿Qué pasaría si lo hago?”, “¿Qué pasaría si lo digo?”, o “¿Qué pasaría si lo toco?” Y si a estas preguntas las transformo en acción, ha comenzado mi experiencia de escudriñar la vida. Lo más común es que sigamos con lo aprendido que ya se nos hizo costumbre y ésta es la gran diferencia entre quien se decide a vivir y quien simplemente se dispone a durar, copiando la vida de los otros.

—¿Y así nos perdemos?

—Si se niega a las preguntas y teme las respuestas, quizás sí. Pero la oportunidad siempre está para quien decida tomarla. Llegara el tiempo que cada uno deberá encontrar el camino de retorno a casa a través de las profundas verdades escondidas en nuestro inconsciente. El hombre, dicen, llegó a la luna, pero lo que es seguro es que todavía nos falta vivir mucho dolor para llegar al hombre, a nosotros mismos.

Estábamos llegando. El atardecer pintaba los cerros con colores ocres y las chicharras rendían su homenaje al día que se

iba. Desensillamos el caballo, que recibió su merecida dosis de alfalfa. Desde la casa llegaba un olor a sopa, que en las manos de doña Teresa era un manjar exquisito.

## EL TIEMPO Y EL SONIDO

Al amanecer del día siguiente, era el momento de ayudar en los quehaceres de la granja: labrar la quinta, alimentar a las ovejas, limpiar el corral de las gallinas. Me senté a descansar y Don Hilario, con una sonrisa, me dijo como al pasar:

—¿Cómo se hace para apagar una vela?

—Se sopla —le conteste sin pensar.

—No, primero hay que prenderla. Para descansar, primero hay que cansarse —dijo y continuó con sus tareas.

Terminados los quehaceres, cortó un limón de una planta, al que convirtió en limonada con agua del arroyo. Me la ofreció después de tomar media jarra. Se sentó a mi lado, contemplando al sol que estaba ya en lo alto de las sierras. Me quede en silencio, disfrutando la maravilla del paisaje con un cansancio placentero. Pasado un rato, me preguntó sin mirarme:

—¿Durmió bien, anoche?

—Sí, pero tuve sueños muy locos.

—Cuénteme —me dijo.

—Había una mezcla de cosas ininteligibles.

—Ininteligibles para la razón.

—¿Cómo que ininteligibles para la razón? ¿Hay otra forma de entenderlas?

—Eso es un error de tiempo.

—Es temprano, Don Hilario, no me rompa todavía la cabeza.

—No se la rompo, entonces.

—No, siga.

—Mi curiosidad era más fuerte que mi cansancio.

—El tiempo racional es un concepto que existe sólo para la razón, que es temporal y limitada. En los procesos emocionales o inconscientes no hay tiempo. Son procesos atemporales e ilimitados. Por eso en los sueños es como si se “apilaran” imágenes de distintos tiempos racionales, porque en las emociones es todo presente. Por lo tanto, cuando lo intentamos analizar desde la razón, son difíciles de entender.

—¿Por qué el tiempo es un concepto? ¿No es una realidad?

—Es un concepto para la razón, que no puede comprender la unidad total, que es incapaz de una percepción simultánea. En los planos racionales, tenemos que dividir la unidad en opuestos a fin de poder contemplarlos sucesivamente, y esto da origen al tiempo. Si pudiéramos percibir la unidad completa, igual a cómo lo hacen las emociones y el inconsciente,

podríamos entender que la unidad es atemporal y por lo tanto ilimitada, es decir que vivimos en un eterno presente. Todo ocurre aquí y ahora. Esta realidad, incomprendible para la razón, rige los procesos inconscientes, lo que nos empuja a una comprensión distinta del tiempo según sea racional o inconsciente.

—¿Qué me está queriendo decir? ¿Qué el pasado o el futuro no existen?

—Es exactamente eso lo que le estoy diciendo.

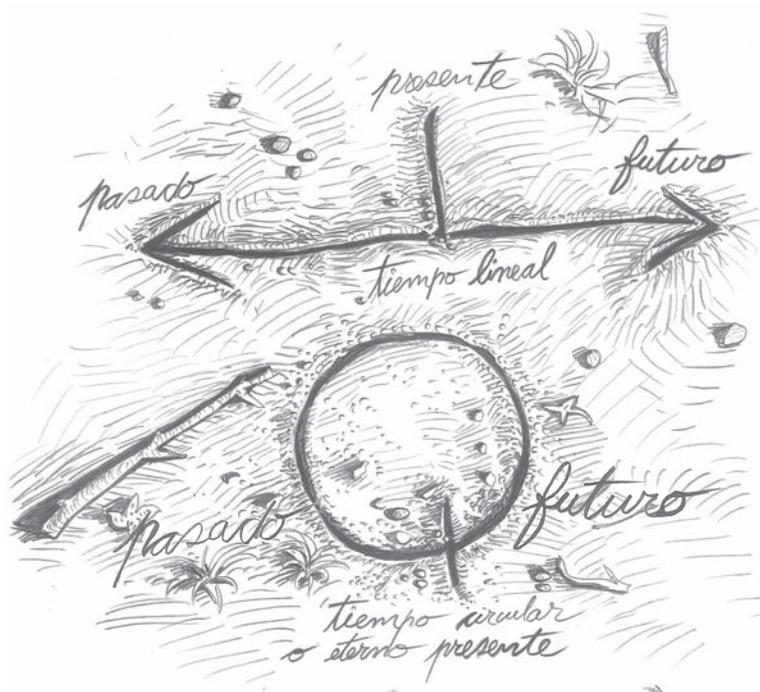
—No lo puedo entender.

—No lo puede entender porque usted entiende el tiempo como una línea que tiene un principio y un fin; y esto no es válido para comprender el no tiempo. Como le dije, el tiempo no existe como tiempo lineal; pero, a fin solamente de entenderlo, se puede decir que es circular, un eterno presente, como en los sueños.

—¿O sea que el pasado puede ser futuro y el futuro pasado?

—Exacto, y volviendo a la sabiduría de los pueblos originarios: ¿sabía usted que en el idioma quechua no existe la palabra “pasado”?

Corto una rama del ombú y dibujo en el piso de tierra:



—¿Quiere decir que lo que yo viví puede que sea futuro y que lo que voy a vivir sea pasado? Es incomprendible.

—Para la razón, seguro; para las emociones y el inconsciente, sería lo habitual.

—¿Significa también que existen vidas pasadas y futuras?

—No existen vidas pasadas o futuras. Existen vidas.

—¿Y por qué no las recordamos?

—No las recordamos racionalmente porque, como le dije, la razón es temporal y limitada; pero tiene un permanente recuerdo emocional. Lo que ocurre es que la forma de recordar lo atemporal e ilimitado es distinta. Por ejemplo, ¿nunca le pasó llegar a un lugar con la sensación de que ya había estado ahí? ¿O encontrarse con una persona desconocida y tener la

sensación de conocerla desde siempre? ¿O vivir situaciones con la sensación de ya haberlas vivido antes?

—Todo el tiempo. Me pasó cuando lo conocí a usted y a su casa.

Paso por alto este comentario. Seguramente era una respuesta que no me iba a dar.

—Hay personas a las que le atraen culturas o lugares en el mundo, o ciertas comidas, que no tienen ninguna relación con lo vivido en esta vida. Esos son recuerdos emocionales que se filtran en la razón y que ésta descarta. Yo que usted no las descartaría. Es una manera de llegar a la conciencia total, pero no me moleste más con tantas preguntas. Ahora tengo que seguir alimentando a mis animales.

Sacó entonces un pedazo de caña, algo como una pequeña quena, y comenzó a soplarla. No emitía sonido y me causó mucha gracia. Le dije:

—Va a tener que buscar una quena que funcione.

Me miró con cara burlona y sentí que mi comentario no había sido muy afortunado. De pronto, todos los perros vinieron en tropel a comer la ración del día.

—Parece que lo que usted no escucha, los perros sí.

Y me dejó en ridículo, como solía hacerlo de tanto en tanto.

—No se preocupe. Él que no sabe, es como el que no ve —dijo con una sonrisa.

—¿Y por qué los perros escuchan y yo no? ¿Estoy sordo, acaso?

—Sí, de algún modo.

—Bueno, ya empezamos. ¿Así que ahora soy sordo?

—¿Por qué no deja de resistirse a lo que usted no sabe, y se decide a aprender?

—Tiene razón, ¿me explica por favor?

—La audición humana no escucha todo, tiene limitaciones. Hay una franja en la que el oído humano escucha, en el sentido literal; pero por debajo y por encima de esta franja también hay sonidos que el oído humano no puede escuchar, o mejor dicho, que escucha de una manera distinta. Lo percibe en forma de imágenes o sensaciones.

—¿Por eso está tanto tiempo en silencio?

—No estoy en silencio; estoy escuchando con otro oído y hablando con otra voz.. Ver lo que los ojos no suelen ver o escuchar lo que los oídos no suelen escuchar, en forma de sensaciones, sonidos o imágenes que se traducen en nuestra mente.

—Definitivamente me va a volver loco.

—Tal vez sería lo mejor que le pueda pasar. El mundo que hicieron los “cuerdos” no siempre es de lo mejor.

—Está bien, de acuerdo; pero sigamos con lo que estábamos hablando.

—Le voy a dar un ejemplo: es común que una madre sienta que su hijo está llorando, aunque no lo escuche, con los oídos, sin embargo, “algo” le dice que está llorando y la madre sale corriendo y efectivamente lo está, ¿Cómo supo la madre que esto estaba ocurriendo? Lo sintió, y no necesitó de

los oídos. Podríamos decir que hay dos maneras de escuchar o de ver: una, con los oídos y la vista; otra, a través de la energía donde estamos inmersos todos los seres humanos. En este caso, lo llamamos “percibir”. ¿Le ha ocurrido que está pensando en alguien y de pronto aparece?

—Sí, muchas veces. ¿Qué ocurrió?

—Usted no lo escuchó, no lo vio, pero a través de la energía percibió su cercanía, esa percepción se transformó en imagen y esa imagen en pensamiento. Los seres humanos tenemos dos cuerpos, uno denso y material, y otro sutil y energético que permanece en la eternidad. Cada uno tiene su manera de ver y de escuchar; el denso, a través de los oídos y los ojos, que son limitados; el sutil, a través de la transmisión energética, o simplemente percepción, que es ilimitada. Es lo que también se llama “clariaudiencia” o “clarividencia”.

El Cuerpo sutil que permanece en la energía total. Los brujos le llaman “niebla” Otros lo conocen como “espíritu” o “alma”, pero ambos cuerpos es necesario que estén juntos para vivir en la tierra. El cuerpo sutil emite la información que se manifiesta en el cuerpo denso. Si el cuerpo sutil se desprende del cuerpo denso, es lo que llamamos “muerte”, pero en realidad ésta no existe. Sólo existe un desprendimiento, el alma vuelve a su origen y el cuerpo también. El cuerpo denso es tierra que camina, dando continente al alma para que ésta aprenda de la tierra.

Puede ocurrir también que el cuerpo sutil viaje en su ilimitación, pero manteniéndose unido por un cordón de energía al cuerpo denso. Eso es lo que los brujos llaman “viaje astral”, que puede ser consciente y voluntario, lo que se logra con mucha práctica, o involuntario, como ocurre en los sueños, donde el alma, cargada de basura psíquica, viaja para

limpiarse de pensamientos densos, preocupaciones, miedos, intranquilidades, etcétera, para luego volver a integrarse en el despertar, que es cuando nos sentimos descansados y livianos.

La palabra lleva una “carga” primero se siente después, se imagina, después, se piensa, y después se habla. Entonces la palabra tiene la carga que le transfiere la sensación. Se siente. Por lo tanto, lo que dice la palabra, literalmente, no es importante. Lo importante es la carga. Es por eso que cuando un brujo dice algo, aunque parezca sencillo y lento, retumba en el alma.

Y entonces la palabra, con la convicción con que se dice, es primero acción y luego construcción. El Universo entero se alinea detrás de la fuerza de la palabra dicha con convicción. Las demás son sólo palabras huecas, sin sentido. Es habitual escuchar a la gente cuando habla, que ni si quiera sabe lo que está diciendo, porque tampoco se escucha ni ve.

—¿Cómo que ni ve? ¿Pasamos ahora del oído a la visión?

—En realidad es lo mismo.

—¿Cómo lo mismo? Usted habla como si yo supiera todo.

Sonrió cariñosamente y me dijo:

—Lo sabe. Sólo que no lo recuerda.

—¿Usted me está hablando de mundos paralelos?

—Algo así. Una de esas calles paralelas es de una vibración de entre ocho y diez revoluciones por segundo. Es la frecuencia donde habitualmente vibran los animales. Por eso tienen mejor olfato, visión, etcétera. Cuando el ser humano vibra en esta frecuencia, está somnoliento. Es también la frecuencia del televisor. Por eso suele ocurrir que, cuando se

dirige a alguien que está mirando televisión, a veces es como si no lo escuchara. Y efectivamente no lo escucha, porque está en otra vibración.

—¡Cuánta sabiduría perdida, Don Hilario!

—No se perdió. La mantienen los guardianes de estos secretos. Ya llegará el tiempo de volver a la vieja sabiduría; que sólo espera que el hombre, en su soberbia, deje de destruir lo que le da vida, su alma y pueda comprender la importancia de cuidar la Tierra o sea su cuerpo y de vivir en armonía con ambos.

Me dormí, con el arrorró de viejas melodías que traía el viento.



## EL EXORCISMO DE LOS JUEGOS

A la mañana, mientras desayunaba, vi a Don Hilario jugando con sus nietos, entremezclado con los perros y las cabras. Era un instante mágico que no quería romper, pero apenas me vieron, me integraron y jugué y reí con ellos, con una alegría que salía de la panza y se transformaba en risa. Nunca me había ocurrido que con algo tan simple pudiera llegar a semejante éxtasis de placer. Después de revolcarnos un rato, quedé exhausto, tirado sobre la hierba junto a Don Hilario. El sol de la mañana nos daba en la cara y los perros nos lamían la cara como no queriendo terminar. Exclamé:

—Don Hilario, ¡qué juego maravilloso!

—No es un juego —me dijo—. Es un exorcismo.

—¿Un qué?

—Un exorcismo, ¿o está sordo?

—No, pasa que la sola palabra me asusta.

—No se asuste. Ocurre que anoche mis nietos no podían dormir. Los fantasmas que andan por la noche les habían quitado el sueño y los habían llenado de miedos inexistentes. Entonces comencé a contarles leyendas tan atrapantes que hasta los fantasmas quedaron prendidos del relato y no molestaron más a los niños. La dulzura del relato distrajo a los fantasmas

durante toda la noche, y a la mañana, cuando salió el sol, los que no se habían podido esconder, se transformaron en mariposas. Es por eso que en las sierras hay tantas. Son cuentos de abuelos que engañaron a los fantasmas con sus leyendas. Ni los niños ni nadie tienen que andar con miedos a cuestras. Luego, lo que llama “juego”, sirve para llenarles el alma de alegría.

—¿Qué pasa cuando se anda con el miedo a cuestras?

—Usted termina produciendo lo que teme.

—¿Cómo?

—Lo que escuchó.

—¿Pero por qué? Si el miedo nos hace huir de lo que tememos.

—No es así. El miedo atrae lo que se teme. ¿Recuerda cómo actúa el inconsciente? Nada en negativo.

—Usted me va a volver loco.

—Ojalá. Ya tiene demasiados años de cordura y, por lo que se ve, no le sirvieron de mucho.

—No me cargue. Explíqueme.

—De acuerdo. Cuando usted teme algo, llega un momento en el que le genera tanta angustia que la posibilidad de que lo que teme, ocurra, que inconscientemente hay una sola manera de evitar tanta angustia: ocurriendo lo que teme. Y así la angustia baja, porque lo que temía que ocurriera, ya ocurrió. El cuerpo y la mente funcionan como unidad, y todo lo que no es reconocido como tal, intenta ser expulsado. Por ejemplo, cuando usted se clava una espina, el cuerpo tiende a expulsarla, porque no la reconoce como propia. Si usted depende de

un objeto o de una persona y la mente no la reconoce como propia, se produce un conflicto, una tensión dramática. Su mente quiere expulsarla y su razón quiere retenerla, porque así nos lo enseñaron. Entonces va a estar tensionado hasta que el conflicto se resuelva, ya que esto produce ansiedad, angustia, malestar, etcétera. Por otro lado, a cada objeto o persona a los que quiere retener debe prestarles atención, y eso demanda una gran cantidad de energía. Por el contrario, cuando simplemente disfruta de las cosas o de las personas sin apegarse a ellas, no hay conflicto. Hay tranquilidad y paz, porque no hay miedo a la pérdida.

—Parece fácil, ¿no?

—No, no es fácil. Es necesario desaprender las cosas equivocadas que otros quisieron que aprendiéramos, y para ir del estado actual al estado deseado hay que cruzar un puente que está lleno de angustias, miedos, inseguridades y desconocimiento; pero si no lo experimentamos, nunca saldremos de semejante encerrona. No es para cualquiera. Es para quienes tienes coraje en el alma. Pero venga, acompáñeme a cocinar, haga que su mente descanse, que es mucho para un solo día.



## NO PODEMOS DAR LO QUE NO TENEMOS

Comenzamos el ritual de preparar un cabrito asado a la llama. El cabrito ya tenía un color dorado y un aroma irresistible. Era hora de comerlo.

Como en todo lo que hacían Don Hilario y su familia, la alegría era una invitada permanente. Así transcurría el almuerzo, cada uno con su tarea, hasta que al final quedó sólo un pedazo del cabrito. Cuando me lo iba a servir, lo tomó Don Hilario y comenzó a comerlo con entusiasmo. Yo me quedé mirándolo mientras todos reían.

—¡Yo lo quería!

—Llegó tarde, niño mío —contestó, y nuevamente estalló la risa de todos.

—Usted es poco generoso —le dije.

—¿Usted que hubiera hecho?

—Se lo hubiera dejado a usted.

—Por eso lo estoy comiendo yo.

—¿Siempre piensa primero en usted?

—Siempre —me dijo.

—¡Cuánto egoísmo!

Don Hilario se puso serio y me dijo:

—No diga cosas que ni siquiera entiende.

—Pero hay que pensar en los demás.

—¿Antes que en mi?

—Claro —le contesté.

—Nunca —me dijo él.

—Insisto. Eso es egoísmo.

Resopló como quien pierde la paciencia:

—¿Usted puede dar lo que no tiene?

—No.

—¿Me puede llevar al pueblo en auto si no tiene auto?

—No.

—¿Me puede invitar a su casa si no tiene casa?

—No.

—¿Me puede dar alegría si está depresivo? ¿Me puede dar paz si vive arañando las paredes por los nervios que no puede controlar?

—Ya le dije que no —respondí, ya bastante enojado a esta altura.

—Estoy cansado de escuchar a la gente de la ciudad repetir que no se quiere, pero que quiere a sus hijos. ¿Cómo se hace para dar lo que no se tiene? Eso sí sería un verdadero milagro. ¿Y usted, mi pequeño, cuándo se va a despertar?

— Estoy despierto y no soy pequeño! —le contesté casi a los gritos.

—No, está dormido; y ser grande es mucho más que cumplir años. Estará despierto y será grande cuando se dé cuenta de quién es: un ser único e irreplicable, y no lo que otros le dijeron que era o que tenía que ser. Sea usted mismo, trabaje por eso; o no me moleste más.



## EL DÍA QUE DON HILARIO CONOCIÓ A MI ABUELO

Nunca lo había visto tan molesto. Los otros se levantaron y me dejaron solo, y pensé que la relación con Don Hilario acababa de terminar.

Me fui a mi “palacio”, preparé mi bolso y busqué a Don Hilario para despedirme. Él estaba en silencio, sentado en una piedra y observando el campo. Me senté a su lado y le pedí disculpas por haberlo molestado con mis tonterías. Tenía también algunas lágrimas. Me había acostumbrado a este viejo gruñón y cascarrabias. Me secó las lágrimas con sus dedos callosos y me dijo, casi como un ruego:

—Debe aceptarse como es, tanto lo bueno como lo malo. Ya se lo dije: sólo el día que asumamos nuestros vicios, nuestros errores, nuestros defectos, seremos mucho más fuertes y mucho más libres.

Me besó la frente con una ternura infinita:

—¿Qué hace con su bolso? ¿Acaso se va a algún lado?

—No —le dije con una inmensa alegría.

—Entonces guárdelo. Y si tiene tiempo, quiero contarle algo:

—Todo el tiempo del mundo.

—Yo vivía en la ciudad en mi adolescencia. Mi padre era un próspero comerciante de zapatos y yo su hijo mimado. Mi vida, le podría decir que estaba resuelta. Cuando recién tenía veinte años, conocí a quien iba a ser mi pareja durante dos años, la hija de un comerciante amigo de mi padre, de condición económicamente acomodada, muy bonita y muy buena persona. Mi familia y la suya comenzaron a hacer planes en nuestro nombre. El tiempo fue pasando y se acercaba el momento tan esperado por todos.

El único problema fue que un día en el que caminaba sin preocupaciones, sin darme cuenta me llevé por delante a un hombre de estatura, más grande de lo normal, y caí para atrás, golpeando mi cabeza con el cordón de la vereda y perdiendo momentáneamente la conciencia. El señor me levantó y me llevó donde había una canilla de agua; me mojó la cabeza y, cuando recuperé la conciencia, le pedí disculpas por mi torpeza.

“No pida disculpas —me dijo—, ¿sabe cuántos años debieron pasar, qué cantidad infinita de causas y efectos debieron ocurrir para que usted chocara conmigo? ¿Y usted me dice que es casual? La casualidad no existe. Vivimos en un mundo infinito de causas y efectos —agregó sonriendo—. ¿Se siente bien?”. Le conteste que sí. Se levantó, me dio un abrazo y se fue. Cuando se estaba yendo, tuve un impulso de alcanzarlo y preguntarle si lo podía ver de nuevo. Me contestó: “Difícil, yo vivo en un pueblo del interior. Si alguna vez pasa por él, pregunte por mí. Todos me conocen”. Me dio su nombre y se marchó.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Siempre apurado, deje que termine.

—De acuerdo.

—Volví a mi casa, pero esta experiencia me había dejado algo alterado. Ese fin de semana, en una fiesta familiar, tuve la rara sensación de que todos sabían lo que querían para mí menos yo, y que yo simplemente estaba siguiendo el camino que me marcaban los otros. Los días siguientes me sentí incómodo. Ya sabía lo que los otros esperaban de mí, y me surgió una pregunta con mucha fuerza: “¿Coincidía con lo que yo esperaba de mí?”. Debo reconocer que yo siempre había sabido la respuesta, pero que me daba terror reconocerlo. No coincidía.

Tenía todo lo que supuestamente una persona podría desear: un buen pasar económico, una hermosa pareja, un buen nivel social; pero la pregunta volvía una y otra vez a martillarme la cabeza: “¿Es lo que quiero realmente?”. Comencé a soñar con viajes y con conocer a otra gente, otras ideas; a sentir y darme cuenta de cuántas cosas había soñado vivir y que estaba dejando pasar por una comodidad. Me sentí extraño en el mundo en el que había vivido hasta hacía solamente unos días.

Un sábado tomé mi auto sin que nadie supiera y me fui al pueblo donde vivía esa extraña persona que había conocido y que tanto me había alterado. Quizás ella tuviera la respuesta que esperaba y que me diera la tranquilidad que había perdido. Efectivamente, todos lo conocían en su pueblo.

Cuando lo encontré, tuve la rara sensación de que me estaba esperando. “No lo esperaba tan pronto” —me dijo. Le conté todo lo que había sucedido después de haberlo conocido. Sonrió y me preguntó:

—¿Usted sabe realmente lo que quiere? ¿O está haciendo lo que debe hacer para satisfacer a los demás?

—Es lo que me estuve preguntando estos últimos días  
—le contesté.

—¿Y qué respuesta encontró adentro suyo?

—Que estoy haciendo lo que los otros quieren. Yo ni siquiera sé lo que quiero.

Sentí que había respondido desde un lugar desconocido para mí, y me dio taquicardia de sólo pensarlo.

—Ya tiene su respuesta. Hágase responsable y tome la decisión que crea conveniente.

—¿Y si me equivoco?

—Acéptelo, y vuelva a decidir hasta que sienta como correcta para usted esa decisión. Es el único modo de encontrar su camino.

—¿Y cuál es mi camino?

—El que usted quiera. No el que quieren los otros.

—Me siento muy mal.

—Lo sé. Es tiempo de que cambie de trabajo, de nombre, y del lugar donde vive. Eso es lo que lo hace sentir mal.

—No pretenderá que crea eso, ¿no?

—¿Usted eligió su trabajo?

—No, continuó el trabajo de mi padre. En realidad él lo eligió.

—¿Es acaso el que usted hubiera elegido?

—No sé qué elegiría, pero seguramente no sería éste.

—Ya tiene su primera respuesta, y sabe dónde está su búsqueda. ¿Le gusta su nombre?

—No lo había pensado, siempre me llamaron Juan.

—¿Y usted cómo se llamaría?

—Ahora que lo dice, siempre me gustó más mi segundo nombre, Hilario, pero nunca lo dije porque a nadie le gusta.

—¿Y a usted le gusta?

—¡Sí! A mi sí.

—¿Y vive dónde le gusta?

—Definitivamente, no. Me gustan los espacios abiertos, en contacto con la naturaleza.

—¿Le queda algo claro?

—Sí, que no me gusta mi nombre, ni mi trabajo, ni el lugar donde vivo. Me espanta sólo pensarlo. ¿Y qué debo hacer?

—De nuevo el “debo”. Usted busca hacerme responsable. Como tantas otras veces, que sea otro el que se haga cargo de la responsabilidad de decidir. No cuente conmigo. Si eso es lo que busca, vino al lugar equivocado. Jovencito, la vida no es la comodidad, la seguridad, lo conocido. Se aprende en la inseguridad, en lo desconocido y en lo incómodo. Si lo entiende, tendrá una buena vida. De lo contrario, por más que lo crea y se engañe, está perdiendo la vida lastimosamente, y lo peor es que nadie se va sin darse cuenta que esto ha ocurrido, aunque su tiempo ya se haya acabado. No me pregunte a mí ni a nadie qué tiene que hacer. Pregúnteselo a su corazón y vaya donde él lo lleve.

—Me da miedo pensar en perder todo lo que tengo.

—Ah sí, ¿y qué es lo que tiene? Un nombre que no le gusta, un trabajo que le resulta cómodo pero que no es el que le gusta, y vivir donde no le gusta, ¿Qué es lo que tiene?

—Nada.

—Bueno, le agradezco su visita, pero mi quinta espera el agua del atardecer.

Volví a mi auto desbastado, pero ya sabía cuál era mi respuesta interna, aunque aceptarla no era más que mi muerte y un nuevo nacimiento. Frené el auto al costado del camino y lloré hasta que mis lágrimas borraron todas mis dudas. Volví a la ciudad con una decisión tomada, dejé la relación con mi novia, dejé de trabajar con mi padre, y fue la hecatombe. Nadie entendía.

Hicieron lo indecible para convencerme de dar marcha atrás con mi decisión. Yo mismo no entendía y me aterrorizaba lo que estaba haciendo, pero una fuerza interior me seguía empujando hacia adelante. Me fui de viaje a distintos lugares, siempre con la duda de no haberme equivocado; pero día a día algo me decía que estaba en el camino correcto. Un día aparecí casi sin pensarlo en este lugar. Con algún dinero que me había sobrado, compré esta tierra. Con mis manos construí mi casa y, una mañana de mucha neblina, observe que mis cabras venían corriendo asustadas. Y entre la niebla venía riéndose y jugando una bella joven que luego me contó que era turista y que vivía en Buenos Aires, pero que iba a hacer lo necesario para venirse a vivir a las sierras, que estaba cansada del cemento y del ruido.

—No me diga. ¿Doña Teresa?

—Sí, Doña Teresa.

—Me queda una pregunta por hacerle.

—Déle.

—¿Al señor en cuestión lo volvió a ver?

—Nunca más deje de verlo, ni usted tampoco.

—¿Cómo “ni usted tampoco”?

—Ese hombre fue su abuelo, mi amigo de la vida, mi guía y mi maestro. Y un día supe que su tiempo en la Tierra se estaba acabando. Fue el mismo día en que me dio el gran honor de guiar a su nieto. ¿Lo recuerda?

Estaba llorando de amor. No hacía falta contestarle.

Me fui caminando despacio, cansado. Era hora de vencer mis resistencias y comenzar a dialogar con mis miedos, mis traumas, mis enojos, mis frustraciones acumuladas vaya uno a saber desde cuando en algún rincón oscuro de mi alma, esperando mi decisión de vaciarme de lo que nunca me había servido, pero que me había hecho la vida más pesada de lo que estaba dispuesto a aceptar. No había nacido para vivir según las ideas ajenas y ellos tampoco según las mías. Eso no nos hace enemigos, sólo nos hace diferentes, y está bueno que sea así.



## EL MIEDO COMO APRENDIZAJE

Me dormí sin cenar, con un cansancio infinito. No sé cuánto tiempo hacía que estaba durmiendo cuando de pronto sentí que me tiraban del brazo. Era Don Hilario, que me decía que me vistiera rápido y que lo siguiera. Así lo hice y nos internamos corriendo por un sendero oscuro desconocido, entre arbustos y piedras. No veía nada. Era noche oscura y cerrada, casi no había tenido tiempo de despertarme. De pronto me encontré en un pequeño descampado, lo llamé a Don Hilario y sólo me contestó el silencio. Me invadió un pánico insoportable.

Sentía ruidos, veía animales que me perseguían sin que yo atinara a moverme. Estaba paralizado. Veía seres desconocidos y deformes que me atacaban. Hasta podía sentir un olor nauseabundo, acompañado de risas y llantos tenebrosos. Comencé a tirar patadas y trompadas al aire, intentando defenderme, pero sólo encontraba el aire. Mi corazón latía “a mil”, sentía que la transpiración me corría por la cara y el cuerpo. Las peores cosas que había pasado en mi vida y que yo creía haberlas olvidado, desfilaban ante mis ojos como en una película, en una sucesión ininterrumpida de imágenes superpuestas.

Sentí que esa era la muerte. Mientras lloraba mi desconsuelo, sentí una mano tibia y protectora que me tomaba del brazo, que lentamente me sacaba de ese “infierno” y me sentaba en el suelo húmedo de rocío. Mis manos comenzaron

a recorrer mi cara, secando las lágrimas. Estaba entonando una canción dulce y melodiosa que no sé por qué sentía lejana y conocida. Vi a un niño corriendo alegremente y sonriendo. Se acercó, me miró profundamente a los ojos y creí ver a mi niñez en ellos, no como la recordaba, triste y solitaria, sino llena de vida.

Abrí los ojos lentamente. El canto de las chicharras y el viento acompañaban la melodía que seguía escuchando dentro de mí. Estaba sentado, los espinillos estaban llenos de pequeñas luces y sonrisas, ahora pícaras y traviesas, de pequeños seres que se escondían entre los matorrales, como si jugaran conmigo. Tenía una sensación de no tiempo, de experimentar algo fuera de la realidad cotidiana.

Luego me levanté y comencé a caminar lentamente. Recién entonces me di cuenta de que estaba descalzo, con los pies llenos de barro y algunas espinas. De pronto, vi la luz de un pequeño fuego debajo del algarrobo, y a Don Hilario preparando el mate del amanecer. Quise contarle todo lo que había vivido, pero él simplemente puso su dedo índice en su boca en señal de silencio. Me estiró un mate y me dijo:

—Vaya, báñese en el río, y luego acuéstese y descanse. Tiene cara de cansado.

El agua del río estaba fría y fue un bálsamo que me volvió a la vida junto con un cansancio infinito. Casi no sé como llegué a mi catre, que al rato ya estaba dormido. Cuando desperté, tenía la sensación de haber dormido una eternidad y de haber pasado un umbral invisible. Sentía los días previos como lejanos, como si los hubiera vivido alguien distinto de mí.

El día estaba en penumbras. Ya era el atardecer. Caminé

hasta la casa de Don Hilario, me senté en la galería y Teresa me alcanzó un cuenco de barro rebosante de caldo de verdura y pollo, acompañado por su eterna sonrisa cálida.

—Fue una larga noche, —me dijo.

—Si, lo fue —le conteste, y pregunté por Don Hilario.

—Fue a pastar sus cabras. Ya debe estar volviendo.

Cuando regresó, yo necesitaba contarle todo lo que había ocurrido.

—Don Hilario, fue terrible —le dije.

—Suele serlo —me contestó—. Se enfrentó con los fantasmas que tenía escondidos en su mente. Se animó a enfrentarse con usted mismo, con los bolsones oscuros de su mente, con sus miedos, sus viejas angustias, sus enojos guardados. Se presentaron en la realidad de sus sueños para que dejen de controlarlo, de perseguirlo, de hacerlo actuar. Si no los enfrentaba, se iban a transformar, más tarde o más temprano, en enfermedad.

—¿Realmente ocurrió?

—Fue usted el que lo vivió. Es tiempo de que conteste a sus propias preguntas.

—¿Pero fue usted el que me llevó?

—No, sólo necesitó creer que era yo. Al infierno personal siempre se va solo y se vuelve solo. Me costó aceptar que su abuelo no me llevó a ningún lado; simplemente me puso en el camino

—Al final vi a un niño alegre, correteando y jugando.

—Ese es usted ya libre de tantas ataduras.

—¿Usted sabía que esto iba a ocurrir?

—Sabía. Sólo que la decisión era suya, como alguna vez fue mía.

—Pero, ¿existe ese mundo?

—Existe mientras usted lo alimenta y lo energiza. Cuando usted decide sacárselo de encima, suele ser un momento difícil pero necesario. Luego, los seres de la naturaleza lo acompañan en su regreso y el miedo pasa a ser un recuerdo.

—¿Pero acaso los sueños son reales?

—¿Usted lo vivió como algo irreal?

—No, para mí fue todo real.

—Entonces no caiga de nuevo en la trampa racional. En los sueños, en la niebla, en ese eterno presente... ahí está su verdadera realidad. No empiece a ensuciar lo que tanto le costó limpiar. En esa niebla, en ese no tiempo, existen los antiguos aborígenes que vienen a guiarlo, su abuelo, sus vidas pasadas y futuras, todo lo que existe y existirá. Lo que es pasado y futuro en la razón es presente en la niebla.

—El tiempo lineal debe empezar y terminar. Ya se lo expliqué ¿recuerda?

—Sí, entiendo, pero el cuerpo es limitado.

—Usted con sus sentidos lo percibe limitado, pero en verdad tampoco es limitado. Es como si estuviera en el río. Dos personas que están en él creen estar separados, sin embargo los dos están en el agua. Ella los hace uno. Todo es energía, más

densa o más sutil, pero energía al fin.

—¿Quiere decir que lo que cada ser humano hace o piensa afecta a todos?

—Veo que está entendiendo. Cuando el alma cumple con su tarea en la Tierra, vuelve a su origen en la niebla.

—Entonces nadie se muere.

—Hubo un brujo en la antigüedad, que dijo: “Nada se pierde, nada se crea, todo se transforma”. Está muy claro para los oídos que quieran escucharlo. Las enseñanzas están. Sólo hay que prestar atención.

—¿Por qué no me acuerdo de todas mis vidas?

—Porque está poniendo atención en ésta.

—No entiendo.

—Si usted estuviera en una habitación, con diez radios prendidas en distintas emisoras, ¿usted podría escucharlas a todas?

—No, podría escuchar una por vez.

—Pero las otras también estrían, ¿o no?

—Sí, estarían.

—De la misma manera están todas las vidas, pero en el plano terrestre no puede prestar atención a todas, sólo a una. El razonamiento es una antena que puede captar una sola vida; aunque a veces se mezclan.

—¿Cuando ocurre esto?

—En los sueños, por ejemplo, es donde estas emisoras

de radio se pueden mezclar, o despierto, cuando siente que ese momento ya lo había vivido antes. Esto ya lo habíamos hablado; recuerda?.

—Si, los *Deja vú*.

—Deja ¿qué?

—*Deja vú*, una manera de nombrar lo que usted dice.

—Todo lo hacen difícil, ¿Cómo quieren entender? — dijo y comenzó con su rezongo.

—¿Quiere decir entonces que me puedo conectar con otras vidas?

—Cuando se desprenda de las limitaciones racionales, puede hacer lo que quiera. Cuando se desprenda de lo que otros quisieron que aprendiera, se dará cuenta de la ilimitación de sus decisiones. Cuando usted decide, sin dudar, el Universo se alinea para que así sea.

—¿Estas cosas le pasan a todos?

—A todos, pero pocos están dispuestos a aceptarlas, no vaya a ser que los tilden de locos. Los brujos lo saben desde siempre, por eso hacen silencio. No quieren perder el tiempo discutiendo. Entonces, son unos maestros en el arte del engaño para protegerse de gente molesta. Son como los teros, gritan en un lado pero hacen el nido en otro.

—¿Los brujos serían los parapsicólogos que salen en los diarios?

—Esos son parapsicólogos que engañan a la gente con sus mentiras en su propio beneficio, con mentiras disfrazadas de verdad y que la gente está dispuesta a creer. Es más fácil eso:

buscar afuera lo que nunca se animaron a buscar adentro, como usted lo hizo. Cuando los brujos o los magos que entraron en los misterios de la naturaleza y el alma deciden hacer su tarea, simplemente desarrollan su arte en silencio. Es gracioso, pero cuando uno habla con ellos, parecen los seres más comunes y los primeros en negar todo. Sin embargo, están poniendo en juego lo más exquisito del arte del engaño.

—¿Usted lo sabe porque es uno de ellos?

—¡No! A mí me lo contaron —dijo, y se fue sonriendo socarronamente.

Yo también sonreí. Este viejo mañero a veces parecía el ser más elemental del mundo y a veces parecía que podía abarcarlo todo, incluso el destino mismo. Era un raro juego del gato y el ratón. Cuando creía entender algo, él lo destruía con una lógica irrefutable; y cuando creía no entender nada, él lo afirmaba con vehemencia.

El domingo, cuando me levanté, estaba toda la familia vestida como para una fiesta. Doña Teresa con flores silvestres en el pelo, los niños con bombachas oscuras y botas recién lustradas, al igual que Don Hilario. Me sorprendió la imagen.

—Es día de fiesta, cámbiese que nos vamos —me dijo Doña Teresa.

—¿Adónde? —pregunte.

—No pregunte y acompáñenos.

Don Hilario, siempre con sorpresas, me contó que íbamos a un campo donde él recuperaba caballos lastimados que traían de la ciudad. El campo era de un amigo.



## EL DÍA QUE CONOCÍ A DON ERNESTO

Así fue cómo conocí a Don Ernesto, un hombre relativamente joven comparado con Don Hilario, pero que ya tenía canas entremezcladas con su pelo castaño. Lo abrazó a Don Hilario con un cariño notorio. Detrás de él llegó una señora típica serrana, con un aire a Doña Teresa y con la bondad pintada en la cara, como ella.

—¿Quién es esta señora? —pregunté.

—Es mi hija Luisa —contestó el viejo.

—¿Cómo? ¡Su hija! Nunca me había contado de su existencia.

—Usted tampoco me había preguntado.

—Pero, ¿por qué vive aquí?

—Es una larga historia. Ya le contaré.

Los presentes me miraban con cierta curiosidad. Yo no era una persona habitual en estas reuniones. Eran las diez de la mañana y ya los fuegos del asado con cuero y las tortillas con grasa al rescoldo eran acompañados con mate y salame casero. Debajo de un frondoso eucalipto, unas cuantas personas vestidas de gaucho apuraban una taba. Más allá, en una desvencijada mesa de campo, otros jugaban un truco entre

risas y gritos de alegría. Yo estaba entrando en confianza, lo que no era fácil, ya que los serranos son muy desconfiados con la gente que no conocen. Les contaba mi amor por los caballos y que alguna vez había cabalgado, concentrando la atención en especial en las mujeres jóvenes, que quizás estaban haciendo sus planes en secreto con este muchachito de ciudad.

Don Hilario me miraba de lejos y no perdía detalles de lo que ocurría. Se acercó y murmuró algo al oído de Don Ernesto. Éste se levantó, y al rato, se acercó a mí con un caballo de las riendas, invitándome a saltar con él sobre unas vallas improvisadas sobre dos tambores. Todos clavaron sus ojos en mí, como esperando mi respuesta. No podía decir que no, a pesar de que nunca había saltado. Monté sobre el caballo y enfrenté la valla. Cuando quise saltar, el caballo se freno de golpe y conocí de cerca la tierra de las sierras junto con varios raspones, uno de ellos en mi orgullo, ante la carcajada generalizada de los presentes.

Volví a subir y de nuevo fui al piso. Esto ocurrió en cuatro oportunidades. Me sacudí la tierra de los pantalones, tomé al caballo de las riendas y me acerqué a Don Hilario y a Don Ernesto, que hacían silencio. Me sentí absolutamente desamparado ¿Para esto me habían traído? ¿Para que el chico de la ciudad hiciera el ridículo frente a sus amigos? ¡Y encima me habían dado un caballo que no quería saltar! Hice unos pasos y sentí la voz desafiante de Don Ernesto.

—El caballo quiere saltar. El que no quiere saltar es usted.

Le estiré las riendas y, casi a los gritos, le dije:

—¡A ver! ¡Salte usted!

Parsimoniosamente se levantó, montó, y se dirigió al

trotecito hacia las vallas, saltando con gran elegancia.

Tuve que enfrentar la sonrisa burlona de Don Hilario.

—¡Y usted se burla de mí!

—¡Deje de gritar como las mujeres, y escuche lo que tengo que decirle! Para aprender, no hay que resistirse. Le voy a contar algo que mi padre me contó, y que a mi padre se lo contó mi abuelo. Es casi un secreto de familia.

—Está bien, lo escucho.

—Cuando el miedo no me deja avanzar, nada avanza. Cuando estaba arriba del caballo, usted tenía miedo. Se lo transmitió y él sólo cumplió con su deseo, aunque usted creyera que tenía la decisión tomada.

—¿Pero como hago para unir lo que creo que quiero con lo que realmente quiero?

—Ahora, el secreto. Suba al caballo y no piense en nada. Sólo imagine que se saca el corazón y lo tira al otro lado de la valla. De este lado, se le acabó la vida. Sólo le queda ir a buscarlo del otro lado. Entonces, salte.

Sin decir nada, fui a buscar el caballo. Lo monté, me enfrenté a la valla y salté una, dos, tres vallas. Sentí una libertad infinita. Cuando bajé, sentí el aplauso de la gente, pero ya no me importaba.

—¿Aprendió algo?

—La valla era mi miedo, y a veces siento que son tantas las vallas que tengo; pero ahora sé como saltarlas y que hay detrás de ellas.

Don Ernesto me dijo:

—Tenga por seguro que a mí me costó mucho más tiempo que usted.

—¿Usted pasó por lo mismo?

—Todos tenemos vallas que saltar, pero no siempre lo hacemos. El camino más corto es matar al mensajero; es negar, justificar, mentirnos, buscar explicaciones que ni uno se las cree; pero la valla sigue estando allí, como recordándonos que todavía hay una tarea que cumplir.

—Yo estaba convencido de que quería saltar —dije como pensando en voz alta.

Y ambos soltaron una carcajada estruendosa.

—¿Se siguen burlando de mí?

—No, al contrario. Nos reímos de satisfacción, porque encontró esta respuesta y, más aún, la vivió, porque sólo se sabe lo que se hace; lo demás es creencia. O vive experimentando o vive copiando lo que hicieron otros, creo que esto ya lo habló con Don Hilario y no es bueno. Es importante vivir su propia vida, aunque sea mas cómodo copiar la de los otros.

—¿Sólo hay dos caminos?

—Le toca a usted Don Hilario —le dijo Ernesto—. Usted sabe explicarlo mejor que yo.

—La vida siempre tiene una pregunta y dos repuestas. Siempre tiene dos posibilidades, como en este caso: o copia o experimenta esto. Es lo que tiene que decidir, y tiene que armonizar para poder elegir. ¿Qué pasaría si, por ejemplo, los pulmones respiraran en forma no armoniosa?

—No podríamos respirar. Eso es obvio.

—Lo mismo ocurre con todos los otros opuestos del cuerpo. Como ya lo dijimos.

—Pero hay algunos que son únicos.

—No lo quería complicar, pero la boca y los genitales son para compartir, o sea que también son dos. ¿Estamos de acuerdo hasta aquí?

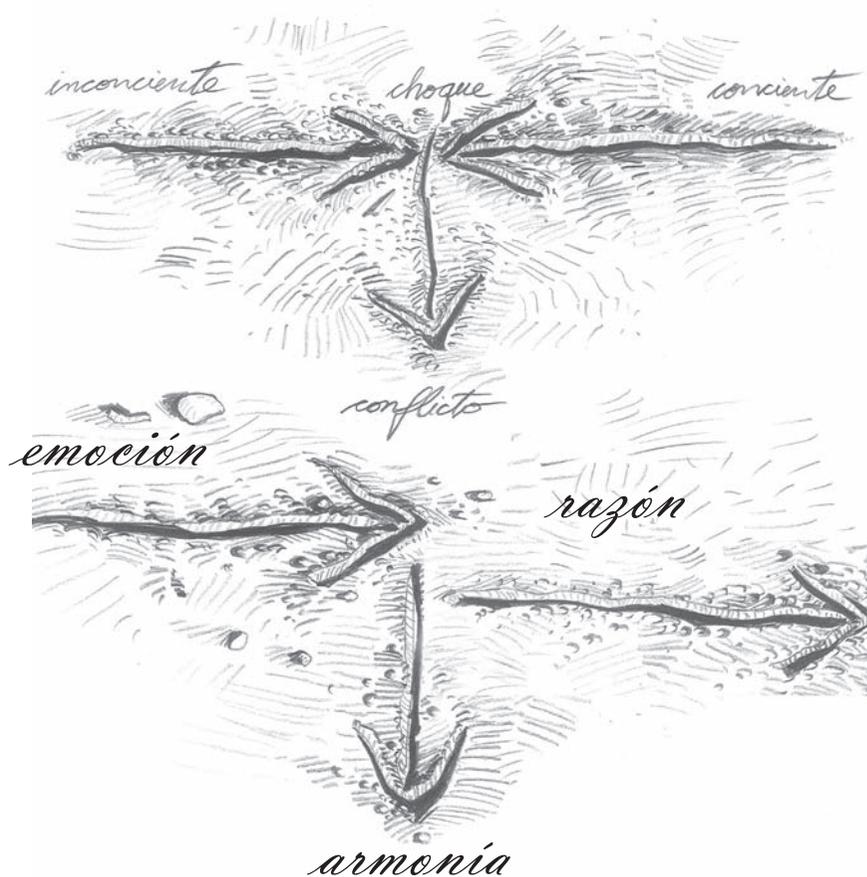
—Sí, de acuerdo.

—La psiquis también es dual. Por un lado la conciencia-razón, y por el otro el inconsciente-emoción. En el primer caso somos los otros, lo que nos enseñaron, lo que se espera de nosotros, los valores de los otros incorporados en nosotros. La expresión es la palabra y tiene que ver con el “debo”. Es temporal y limitada, como ya se lo había explicado en otra oportunidad. En el segundo caso es expresión de lo que somos, a tal punto que nadie lo ve y nadie lo conoce salvo nosotros mismos, es lo que siento y tiene que ver con lo que quiero, porque aquí está guardada la bitácora de mi razón temporal de estar en la Tierra, en esta vida, pero, para poder elegir, tengo que comprender ambos.

Si estos dos aspectos no están armónicos entre sí, están confrontados. Esto es lo que se llama “conflicto psíquico”.y no podemos elegir

Para entenderlo mejor: si dos autos van por una ruta, cada uno por su carril, es todo armónico, los dos autos y el camino, si fueran por el mismo carril chocarían y el resultado sería autos rotos y personas lastimadas. De igual manera, si la razón y la emoción no va cada una por su carril, chocan y aparece como consecuencia: ansiedad, angustia, depresión,

bronca, enojo, frustración, etcétera. De ahí la importancia de trabajar siempre con atención, para tener armonioso este sistema dual de la mente y vivir eligiendo. Para que lo entienda mejor, a los seres humanos los llaman “individuos”, que es una palabra compuesta por indivi-duo, un dos indivisible, y cuando elige forma el tres, que es el ser completo. Armonizar y comprender la dualidad nos permite ser completos, Yo me animé a dibujar un esquema para recordarlo.



—Da la sensación de que los seres humanos viven chocando.

—Es lo que ocurre por estos días.

—¿Y por qué ocurre esto, Don Hilario?

—Porque nos traicionamos, nos dedicamos a vivir como “debemos” en vez de ser leales a lo que “queremos”. Es más importante, parece, conformar a los demás, haciendo lo que quieren y necesitan los otros. Así, nos terminamos “olvidando” de lo que queremos nosotros. Entonces, la bitácora indica el norte, nosotros vamos al sur y nos perdemos. Además, se genera el tan mentado estrés. ¿Sabe de qué hablo?

—Sí, por supuesto, del estrés.

—Pero, ¿sabe qué es?

—Sí, estar nervioso.

—No tiene ni idea de qué hablo.

—¿Cómo que no? Entonces cuénteme usted qué es el estrés.

—De acuerdo. El ser humano ante una sensación de peligro real o imaginaria condiciona a la psiquis a preparar al cuerpo para las dos respuestas instintivas que puede dar, la defensa o la huida y por eso entra en un estado de alerta permanente, y necesita los músculos preparados. Es una unidad de base binaria, formada por el instinto animal y el espíritu eterno. El instinto animal condiciona al cuerpo y a la psiquis, ante una sensación de peligro, para alguna de las dos cosas que se pueden hacer ante una situación de riesgo. Por eso, en ese estado de alerta permanente, el cuerpo condiciona a los músculos para las dos respuestas posibles anteriores y produce una contractura muscular e insomnio, por que debe estar alerta, aumentar los factores de coagulación ante la posibilidad

de ser herido. Además, va a necesitar más energía, por lo tanto más alimento. Es por eso que aumenta la producción de ácido clorhídrico. Desde ya, podrá darse cuenta el cansancio infinito que produciría este estado si durase mucho tiempo.

Si un perro, por ejemplo, estuviera en este estado defensivo más de cinco horas, caería muerto. El ser humano tiene mayor cantidad de mecanismos de compensación, pero de cualquier manera se iría deteriorando y produciendo enfermedades, tales como hipertensión arterial, gastritis y dolores de cabeza, hasta que las defensas se caerían y podría tener el mismo final que el perro. Sin embargo, la gran pregunta es: “¿Existe el peligro que nos coloca en esta situación?”. Definitivamente, no.

—¿Y usted cómo sabe que no existe?

—¿Cuántas cosas le preocuparon en su vida?

—Mil.

—De acuerdo, ¿y cuántas ocurrieron realmente?

—Sí, es cierto. Muy pocas.

—Sin embargo, todas las situaciones que no ocurrieron lo colocaron en el estado que hablábamos antes; y en cuanto a las que ocurrieron: ¿la preocupación las pudo evitar?

—Definitivamente, no.

—Los peligros y las preocupaciones, que nos acechan desde afuera, no son más que miedos interiores que son proyectados afuera porque no estamos dispuestos a aceptarlos. Cuando nos enfrentamos con esos miedos, hasta los príncipes se transforman en sapos.

—¿Hay alguna manera de hacer algo?

—Por supuesto, pero son necesarios mucha valentía, mucho amor y mucha decisión para encontrar de nuevo el camino que perdimos.

—Está bien, pero dígame cómo.

—Su inconsciente siempre le hace sentir cuál es su rumbo, y a veces, para ello, es necesario estar en desacuerdo con lo que se espera de nosotros, con lo que nos enseñaron, y disponernos a tolerar todas las presiones y todas las exigencias del “afuera” para ser leales con lo que queremos. Cuando esta decisión está tomada, todo se tranquiliza. Lo externo ya no nos afecta aunque exista y percibimos una gran tranquilidad. Por ejemplo, hace una semana Ernesto quería comprar un caballo para regalar a un amigo y no conseguía la plata. Entonces, comenzó con la locura de conseguir plata como fuera. Lo invadió la ansiedad, el apuro, se sentía obligado por el “afuera” para “no quedar mal”.

Cuando lo vi en este estado, le pregunté: “¿Quiere complicarse la vida en este momento con todas estas cosas que está haciendo? O hace una cosa o hace la otra, decida, si no choca”. “Tiene razón”. “¿Y por qué lo hace?”. “Para no quedar mal con mi amigo” —me contestó. “¿Prefiere quedar bien con su amigo y mal con usted?” —pregunté. “No, no quiero —me dijo sonriendo—. ¿Qué me sugiere?”. “Quizás, que llame a su amigo y le diga la verdad. Y si es su amigo, lo podrá entender. Y si no lo entiende, nunca fue su amigo y es mejor darse cuenta para no seguir engañado; pero no lo haga porque yo lo digo. Hágalo si está convencido que ese es un buen camino”.

Tomó un teléfono, llamó a su amigo le explico lo que sucedía y éste lo invito a comer un asado. Había sido sólo un choque entre lo que Ernesto quería con lo que creía que debía. Cuando hizo lo que quería, aun a riesgo de lo que podría decir

de él su amigo, se armonizaron los opuestos, pero para esto fue necesaria su decisión.

Cuando la tranquilidad se había impuesto, llegó Luisa y, al saber lo que había ocurrido, mostró su tierna sonrisa y dijo: “Me lo hubieras pedido. Yo tenía dinero y te lo podía prestar hasta que consiguieras”.

Entonces Ernesto fue a comer el asado a la casa de su amigo con un hermoso caballo negro de regalo. Esto suele ocurrir cuando se decide y se elige, todo se armoniza.

Don Ernesto sonreía cómplice:

—Andá mirando lo que te espera todavía —me dijo mientras acariciaba mi cabeza.

El domingo se estaba terminando, era hora de volver. Preparamos el sulky y, al paso lento del caballo, nos fuimos a casa.

## EL ARTE DE APRENDER A VER

El día estaba luminoso y diáfano, me senté a compartir un mate con Don Hilario, y éste me pregunto:

—¿En qué se quedó pensando anoche que venía tan callado, lo que en usted es raro?

—En Don Ernesto. Me pareció un señor que dedicaba su vida al dinero y a los lujos, y no a las profundidades del alma.

—Usted lo dijo. Parece, pero tiene que aprender a ver más allá de las apariencias, tiene que desarrollar la percepción. No siempre un brujo es un viejo con túnica y sombrero puntiagudo, ni un señor prolijo y con corbata es un estúpido. Además, yo nunca dije que el dinero no fuera importante. Todo depende de cómo y para qué se use. Este error les costó a los padres biológicos de Ernesto el amor de su hijo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, Ernesto era un niño solo y abandonado de afectos. Sólo tenía todo lo que el dinero puede comprar. Sus padres se consideraban personas “importantes” y no tenían tiempo para su hijo. Un día pasaron por mi casa a comprar unos cabritos para la recepción de unos amigos extranjeros, y durante el tiempo en que se quedaron, Luisa, que por ese entonces tenía diecinueve años, tomó a Ernesto de su mano y pasaron horas entre risas y juegos. Le contó leyendas de duendes y de hadas.

Sus padres reconocieron que hacía mucho tiempo que no veían a Ernesto tan alegre.

Entonces, de acuerdo a sus parámetros de que todo se logra con dinero, le pidieron a Luisa si no estaba dispuesta a trabajar en su casa como “nana” de su niño. Luisa y Ernesto saltaron de alegría ante esta posibilidad, cosa a la que en un primer momento me negué, pero Luisa, al borde del llanto, me pidió que la dejara, a lo que finalmente accedí. Sentí que algo que no comprendía estaba ocurriendo entre estos dos seres y que no era yo el que iba a evitarlo. Aún con un cierto dolor de padre, la dejé partir hacia la ciudad.

Su vida a partir de ese momento no fue tan buena. Se encontraba en un medio que no era el suyo, pero estaba Ernesto. Pasó el tiempo, un año precisamente, y los padres de Ernesto no comprendían los cambios que había tenido. Más aún, no lo aceptaban. El niño parecía tener más afecto por Luisa que por ellos y no lo toleraron. Esa fue la verdadera razón, la excusa fue cualquiera, y echaron a Luisa de su casa. El niño tenía doce años y Luisa veinte.

No había pasado un mes cuando una noche lluviosa de invierno sentí ladrar a los perros. Cuando salí a ver qué pasaba, encontré a Ernesto acurrucado junto al tronco del algarrobo, llorando y temblando de frío. Lo llevé adentro de la casa, le dimos una sopa caliente y lo secamos. Luisa lo arropó y se durmió abrazado a ella. Al otro día, mi hija me pidió que la llevara al pueblo a comunicar a sus padres lo ocurrido. Ellos estaban llegando de viaje y todavía no se habían percatado de nada.

Vinieron por la tarde con la policía. Sin saber lo ocurrido, habían denunciado que Luisa había secuestrado al niño. Apenas la vieron a Luisa, comenzaron a agredirla e insultarla. Traté de

intervenir pero Luisa suavemente me separó y me pidió que no metiera. Cuando los padres se tranquilizaron, mi hija comenzó a decir:

—Yo no les robé a su hijo. Lo quiero demasiado como para hacer nada que lo pudiera dañar. Ustedes lo perdieron con tanto desamor. ¿Cuántas veces le cantaron un arrorró antes de dormir? ¿Cuántas veces lo llevaron a pescar? ¿Cuántas veces lo buscaron en el colegio y le prepararon su merienda? ¿Cuándo le contaron un cuento? ¿Sabén cómo se llaman sus amigos? ¿Lo vieron llorar alguna vez cuando los fantasmas de la noche no lo dejaban dormir? Probablemente estaban demasiado ocupados de su importante vida.

—¡Nosotros lo amamos! —bramó la madre.

Quizás necesitaba convencerse de que así era.

—Ustedes lo necesitan para justificar su existencia —dijo suavemente Luisa.

—¡Pero somos sus padres!

—¿Lo son? —Pregunto Luisa—. Seguramente los padres biológicos, ¿pero de afecto?

Los padres hicieron silencio y Luisa continuo hablando:

—Llévense al niño y no se olviden que lo que une a la gente es el afecto, no el dinero, no la obligación, y nunca se olviden de lo que aquí ocurrió.

Sus padres prometieron traerlo de tanto en tanto y así fue.

—Luisa —le dije—, ¿dónde aprendiste todas esas cosas?

—De ustedes —me dijo, y se fue a abrazar a su madre

con los ojos aún llorosos.

En uno de esos viajes, le regalé a Ernesto un potrillo, que hasta el día de hoy es su caballo preferido, ese que le enseñó a usted a volar sobre las vallas, o a conocer sus miedos, que es lo mismo. Después, con los años, Ernesto compró el campo que hoy visitamos. Con Luisa nunca se rompió el afecto, y con los años comenzó a enojarse con mis enseñanzas, como lo hace usted. Y se inició en el “camino de la niebla”.

—¿Entonces es un brujo?

—No sé, pregúntele a él.

No pasó otro fin de semana que fui nuevamente a visitar a Don Ernesto. Y luego del abrazo, quise salir de mi duda:

—¿Es usted un brujo?

—¿Yo? Esas son estupideces de Don Hilario. Esas cosas no existen.

Sonreí, ya había aprendido el arte del engaño. Don Hilario había sido un buen maestro. Le conté que sabía su historia y no pareció sorprendido. Sólo me dijo:

—Hoy mis hijos encuentran a sus padres cuando lo necesitan. Pueden contar con nosotros. Fue duro el aprendizaje, pero valió la pena. Los hijos son regalos que nos hace la vida, no para nuestras necesidades, sino para que los guiemos con amor en la búsqueda de su destino hasta el doloroso momento en que tenemos que empujarlos al precipicio de la vida.

—¿A qué precipicio? ¿Acaso la vida es un precipicio?

—Tengo entendido que Don Hilario le contó la leyenda del águila y el cazador.

—Sí, la recuerdo.

—A ese precipicio me refiero. A mí también mis padres, como suele ocurrir habitualmente, me habían empujado al gallinero; y el destino quiso que Luisa y Don Hilario me rescataran. Nunca más abandone a mis padres y mi vida comenzó a transcurrir también con Luisa y Don Hilario, que de tanto en tanto vuelan conmigo. ¿Quisiera usted volar conmigo?

—Todavía no aprendí.

—¿Y qué fue esa noche de terror solo en la sierra?

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Yo volaba con usted, y con Don Hilario, y Luisa, y Teresa, y tantos otros que por nada se perderían el vuelo iniciático de su primera experiencia hacia el mundo oculto en la recuperación de sus emociones.

—Yo estaba aterrorizado.

—Igual que el águila antes de abrir sus alas. Cuando se hace dueño de sus emociones, uno se aterroriza porque se acaban las mentiras. Las emociones nunca mienten y son las que permiten volar en la niebla. No hay tiempo. El pasado y el futuro se juntan en un eterno presente. Algunos los llaman “viajes astrales”, nosotros la “niebla”. Allí todos los seres son uno y los espíritus moran en una perfecta armonía. Algunos volvemos luego al cuerpo y sentimos lo vivido como un sueño. Otros seres no corpóreos nos guían desde la niebla.

Le di un abrazo como aquel que Don Hilario le había dado a mi abuelo, y sentí que era uno con todos. Fue una sensación extraña pero muy placentera. Cuando le conté a Don Hilario la charla que había tenido con Don Ernesto, él sonrió y

me dijo:

—Él sabe del binario.

—Siempre con sus incógnitas. ¿Qué es el binario? —le pregunté.

—Todo, me contestó.

—¿Cómo todo? Déjese de acertijos y explíqueme.

—Acuérdese de lo que ya habíamos hablado, de la naturaleza binaria de la naturaleza y el ser.

—¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo.

—No lo olvide. En la conciencia racional, la palabra es expresión de la misma y lo que “debo” está ligado con lo que nos enseñaron de afuera, lo que aprendimos: a creer, a pensar, a cumplir, según los mandatos externos, según las necesidades de los demás, eso no somos, eso son los otros, ese es el yo falso. La conciencia emocional, expresada en el sentir y ligada al “quiero”, ese es mi yo esencial. Los seres humanos creen ser lo que piensan y razonan, y hacen lo que deben, lo aprendido afuera; y en realidad su verdadero ser es el que siente, sus emociones y el que hace lo que quiere. Por lo tanto, hay demasiada gente que sigue el camino equivocado: viven para las necesidades de los demás, esperan ser reconocidos, valorados, queridos por los demás, y para esto deben cumplir con lo que los demás quieren de ellos y sólo logran ser esclavos. Quien trabaja para ser lo que quiere, por su bienestar, para sus necesidades, para cumplir con sus sueños y anhelos, está tomando el camino correcto.

—No es tan difícil de entender.

—No, pero, es difícil de hacer, porque nadie está dispuesto a permitir que su esclavo se libere. Quien esté

dispuesto al camino correcto debe saber que el “afuera” lo va a perseguir, criticar, amenazar, descalificar, le va a augurar un camino de soledad, abandono y miedo. Si aún así continúa por el camino elegido, se dará cuenta de que todo esto es una gran mentira y recuperará, en su bitácora, la verdadera razón de estar en esta Tierra. Y cumplirá su destino. De lo contrario, seguirá perdido en un mar de palabras, cobardías, mentiras, miedos, y continuará traicionando a su yo esencial, que seguirá esperando una redención que no llegará nunca.

—¿Qué es una bitácora?

—Es un libro que llevaban en la antigüedad los barcos, donde estaba escrito su rumbo, su camino, sin alejarse, porque de hacerlo caemos en la locura en el peor sentido del término, pero déjeme que le explique. Usted lo dijo: si los dos pulmones actúan en equilibrio, se cumple la función de respirar; y si las dos partes de la mente actúan en equilibrio se cumple la función de vivir en plenitud, lo que debemos buscar como objetivo. De lo contrario, como dice su medicina: “El que no sabe lo que busca, nunca entiende lo que encuentra”.

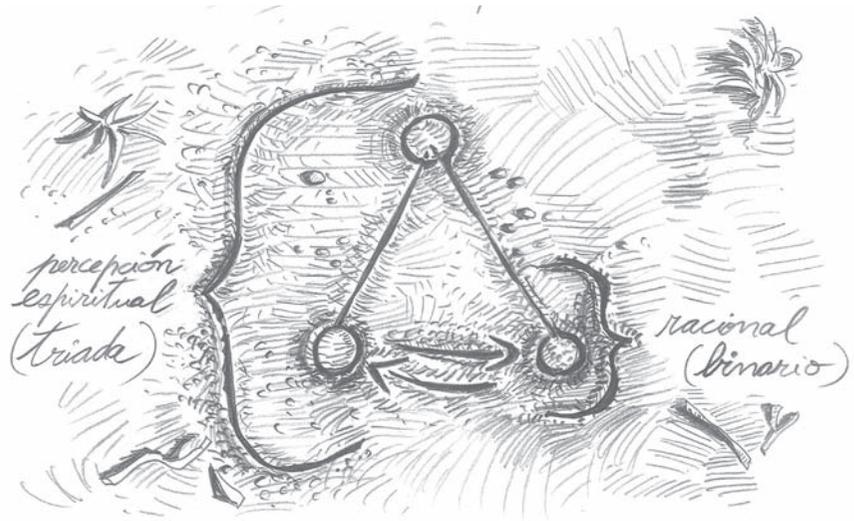
—O sea que uno va oscilando como un péndulo entre un extremo y el otro.

—Ese es un buen ejemplo: el péndulo tiene un eje fijo y otro que péndula entre los opuestos, el eje fijo es el alma, o la conciencia interior, que es donde los opuestos se armonizan con ella. Si sólo hubiera uno bueno, el péndulo se frenaría. Si uno cree que es sólo hombre, pasaría lo mismo, ya que esto no ocurre nunca, por más que nos hayan enseñado mal y hayamos aprendido peor. La diferencia es sólo un problema de porcentaje. Si usted tiene un setenta por ciento de hormonas masculinas y un treinta por ciento de hormonas femeninas, es un hombre pero en parte también es mujer. Siempre es las dos

cosas. La diferencia es sólo un problema de porcentajes.

—¿Y qué pasaría si logro esto?

—Saber dónde se coloca su energía. Si discute con alguien, no sea ni uno ni otro. Busque el punto medio, como en el alma, y logrará el equilibrio tan buscado y tan poco encontrado. Y la paz será contigo, niño mío. Nunca sea parte ni del problema de algunos ni la solución de otros. Sea siempre el equilibrio y podrá ver lo que pocos ven: la verdad. Así, habrá logrado ser usted mismo.



## VOLVIENDO A CASA

Al otro día regrese a mis estudios. Ya extrañaba este lugar antes de partir, pero algo me decía que era tiempo de volver, aunque sea por un periodo. Llegué una mañana y una semana después ya estaba estudiando y también trabajando. El dinero no era importante, pero era necesario. Durante un tiempo me costó desprenderme del sonido del arroyo y de los pájaros, de los amaneceres luminosos y del olor a pan casero y tortas fritas de Doña Teresa; y al mismo tiempo acostumbrarme a los ruidos, a la comida chatarra y a los diálogos sin sentido. Todo lo vivido me parecía un sueño.

Llegó el primer mes de trabajo y fue tiempo de tener el dinero que había logrado con esfuerzo. Fue bueno sentirlo. Me dirigí a comprar unas zapatillas y había de varios precios. A mí me gustaron unas que podían considerarse caras. Comencé a dudar entre éstas y unas ostensiblemente más baratas. Se me planteaba la duda: “¿Cuál comprar?” Si a mí me gustaban las más caras y tenía la plata, que era producto de mi trabajo, no entendía cuál era mi duda. De pronto, sentí la palabra de mi padre que venía desde adentro mío, quizás desde la infancia misma; y tenía que ver con lo que él diría si sabía que había comprado la más cara y no la más barata.

Por supuesto, compré la más cara. Me dirigí a la casa de mis padres y pedí hablar con ellos. Les conté lo sucedido y se materializó lo que temía: “cuida la plata”, “las más baratas

también son zapatillas”, “no se puede gastar la plata de esa forma”, etcétera.

Comprendí su historia personal. Ellos venían de una familia humilde y también debían haber escuchado esta misma letanía por parte de sus padres; pero esa comprensión no me impidió decirles que podía entender que los padres tengan expectativas con respecto a que deben ser o hacer sus hijos, y que maravilloso sería que coincidiera con las expectativas que yo mismo tenía sobre mi propia vida; pero tenía para ellos una mala noticia: no coincidían, y puesto a elegir, les comuniqué que si su tranquilidad dependía de que yo hiciera lo que ellos querían, a partir de ese momento yo iba a trabajar por mi bienestar y del de nadie más. Por último, les pedí que trabajaran ellos también por su propio bienestar sin incluirme. Las enseñanzas serranas rendían sus frutos.

Nunca supe si lo entendieron, pero, a mí me dejó una sensación de tranquilidad que hasta hoy me acompaña. No vine al mundo a hacer feliz a nadie; sino sólo a trabajar por la mía, y si cada uno hiciera lo mismo, el mundo sería mucho mejor, sin lugar a dudas. Deseo de todo corazón que ellos lo entendieran y se sacaran de encima ese peso de creer que el triunfo o el fracaso de sus hijos eran su responsabilidad. Entendí que esta responsabilidad era solo mía.

Una mañana estaba sentado en una piedra junto al arroyo. Tenía la sensación de que cuando uno se queda en silencio y quieto, todas las criaturas de la sierra se olvidan de nuestra presencia y se expresan en todo su esplendor. O tal vez, a su modo, sienten que nuestra presencia no es un peligro y nos regalan un concierto donde no sólo se expresa el canto de los pájaros, sino también el del viento que juega en la copa de los árboles y el del río que canta entre las piedras.

A veces tenía la sensación de que había gente hablando o riéndose. Es curioso, pero nadie desafina en el canto eterno e infinito de la naturaleza. Duele darse cuenta que los únicos “extraños” a esta maravillosa sinfonía somos los seres humanos.

Mientras atardecía, se levantó un fuerte viento y apuré el paso para protegerme. Cuando llegué a la casa de Don Hilario, se estaban preparando para salir a ayudar a sus vecinos. Me contaron que había ocurrido un tornado que se había llevado techos de algunas casas del pueblo y producido distintos tipos de destrozos. Y en estos parajes la solidaridad es un mandato.

Me acoplé a ellos y trabajamos todos juntos como una gran colmena, y el resultado fue alentador, ya que los destrozos no habían sido tantos y se logró ayudar a los más damnificados. Tuve que coser algunas heridas producidas por chapas y las latas que habían volado con el viento. Podría decirse que fue mi primera intervención médica. Ya de noche volvimos a la casa, cansados pero satisfechos, por haber podido ayudar. Doña Teresa me agradeció mi intervención y sólo logre decirle que el agradecido era yo. Sonrió, me acarició el pelo algo sucio de tierra en un gesto que no necesitaba palabras. Luego de un baño, llegó la hora de recuperarse con un sueño reparador.

Amaneció y parecía que nada había pasado. De nuevo las mariposas y los colibríes buscaban su alimento diario. El sol brillaba y hacía desaparecer los últimos vestigios de la tormenta. El horno de pan lanzaba bocanadas de humo precediendo al pan nuevo.

En la casa de Don Hilario había más gente que de costumbre, algunos con canastas de mimbre, con pan de anís, pastelitos de dulce de batata y leche recién ordeñada. Las mujeres y los niños me recibieron con un beso y cierta vergüenza. Había una gran algarabía. Una anciana me tomó de los brazos y me dijo:

—Gracias, doctor.

—Yo no soy doctor —le dije.

—La herida “cosida” del brazo de mi nieto dice que sí —dijo y largó una gran risotada, dejando ver la ausencia de algunos dientes.

Me sentí mimado y cuidado por esta gente simple y buena, empezaba a sentir cuál era mi lugar Don Hilario me miraba de lejos con cierto orgullo, y por primera vez me sentí parte de ellos y no un extraño. Después me acerqué a él a comentar la fuerza que puede tener el viento “disfrazado” de tornado.

—Nadie puede imaginar siquiera la fuerza arrolladora de los elementos cuando están enojados. Esa brisa suave que nos acaricia la cara lleva en su vientre el tornado de ayer, y el fuego, y el agua, y la tierra.

—La naturaleza es de temer.

—Nunca le tema, pero respétela siempre. Así ella le enseña.

—El tornado de ayer sólo me puede enseñar destrucción.

—El huevo tampoco tenía nada para enseñarle. Sin embargo, algo aprendió.

—Mucho, pero el tornado, ¿qué puede enseñarme?

—Quizás el camino para encontrar la paz.

—Usted sí que me complica la vida. Sólo a usted se le ocurre buscar la paz en semejante caos.

—Caos externo.

—Caos externo e interno.

—No, caos externo. El tornado es como el hombre, está formado por dos partes: una externa y una interna. La externa es todo caos, desorden, ruido, destrucción. La interna es todo silencio, orden, armonía y paz. Si el hombre ubica su mente en su interior, logra lo mismo que el tornado: “afuera” seguirá el caos, el ruido, el desorden, pero no lo influirán, podrá verlos, sentirlos, e incluso aprender de ellos, pero no será su víctima. Por el contrario, si ubica su mente afuera, su vida será un caos y la paz sólo un sueño.

—¿Usted está seguro que eso es un tornado?

—Averigüe.

Averigüé, y efectivamente era así.



## LA SABIDURIA DE LA SIMPLEZA

El viejo había aprendido de sus ancestros a encontrar sabiduría en las cosas más simples, más comunes. Así fui aprendiendo poco a poco a no empacharme de palabras, y a darme cuenta que, observando la naturaleza en todas sus expresiones, está todo el conocimiento que necesitamos y lo podemos corroborar en los hechos. No se necesitan tantas explicaciones.

Siempre tengo un recuerdo de pequeños cuentos de esos serranos simples y sabios que suelen aclararme las dificultades más complejas que a veces se me presentan. Recuerdo en una oportunidad una señora un poco excedida de peso de la ciudad que se había detenido a comprar tomillo y peperina. Hablaba con Don Hilario. Bah, en realidad hablaba ella sola, quejándose de su hijo de veinticinco años que vivía en casa de sus padres, que no trabajaba y que era un vago.

Don Hilario la miraba en silencio con cierta gracia. Hasta que la señora cometió su primer error:

—¿Usted qué haría? —le preguntó.

Yo tenía la sensación de que Don Hilario disfrutaba.

—Haría lo que hacen los pájaros —le dijo con una sonrisa socarrona.

La señora estaba confundida y tenía la expresión de que

algo estaba fuera de su control.

—¿Y qué hacen los pájaros? Si se puede saber.

—Hacen sus nidos según el tamaño de la evolución de sus pichones.

—¿Usted se burla de mí?

—No señora, sería incapaz —contestó.

—Bueno, explíqueme qué tienen que ver los pájaros con que mi hijo no se quiera ir de mi casa.

—Usted quería una respuesta y yo se la doy. Cuando los pichones pueden volar y conseguir comida por sí solos, no caben más en el nido. No hace falta que nadie los eche, se van solos.

—¿Y usted qué pretende? ¿Qué eche a mi hijo de mi casa?

—No, yo no pretendo nada. Sólo le digo que si hubiera hecho su casa más chica, como los pájaros, quizás no tendría este problema —le dijo con una gran carga de ironía.

—¡Serrano bruto! ¿Para qué le habré preguntado? —dijo y se marchó ofendida.

Había sido burlada por un simple serrano, y eso no es tan fácil de soportar por quien se para arriba de un banco para mirar a los demás. Por supuesto que esto le impidió acceder a una solución clara, simple y llena de sabiduría. Yo me quedé observándolo y de pronto me miró:

—Y bueno —dijo—, por lo menos se llevó la peperina.

Largamos una carcajada.

—Se enojó la señora —le dije entre risas.

—Es el destino de todos lo que quieren escuchar lo que quieren. Andan por el mundo escuchando sólo lo que quieren escuchar. No están dispuestos a otras opiniones y siguen gastando energía y tiempo en la búsqueda de aquellos que le digan lo que quieren escuchar.

—Pero usted tiene que tener un poco de compasión.

—Téngala usted. Yo ya estoy viejo para ser cómplice de los que prefieren cargar con las basuras de su mente.



## LA LIMPIEZA INTERIOR

—Pero es difícil.

—No sé si es fácil o difícil. Sólo sé que si alguien quiere andar liviano, parece que le resulta más fácil cargar su basura y desperdiciar la vida que disponerse a pelear con esos fantasmas inexistentes. Siempre que se comprometa con problemas que no son suyos, va a vivir en la parte externa del tornado, lleno de caos y de ruido. Si usted no se involucra con problemas que no son suyos, está llegando al interior de su ser de luz, a su paz.

—¿Debo permanecer aislado?

—No, en absoluto. Usted puede mantenerse sin involucrarse en problemas ajenos y sin aislarse. Si le preguntan su opinión, simplemente opine sin comprometerse. Cada ser humano tiene un proceso y un camino que debe transitar. Usted puede indicar, si se lo piden y según su opinión, cuál es; pero esto no significa que usted caminé por él. Usted siempre camine el suyo.

—Sí, está bien, ¿pero cómo se hace para limpiarse de esta basura?

—Yo le voy a explicar con un ejemplo: ¿usted se emborrachó alguna vez?

—Sí, alguna vez, en alguna fiesta de estudiante.

—¿Cómo estaba cuando llegaba a su casa?

—Mareado, con el estómago revuelto, con dolor de cabeza, etcétera.

—Bien, ¿y después qué hacía?

—Me acostaba a dormir.

—¿Cómo dormía?

—Mal, muy mal.

—¿Y cómo se levantaba?

—Terrible, peor que cuando me había acostado.

—Bien, esto ocurría porque todavía tenía dentro de su cuerpo al tóxico del alcohol.

—Sí, entiendo, ¿pero qué tiene que ver con lo que hablábamos?

—Parece que no aprende más a escuchar hasta el final.

—Sí, disculpe.

—Bien, si usted, cuando llega a su casa en este estado, provoca el vómito hasta que su panza se tranquilice, luego se toma un té y se va a dormir ¿Cómo se levantaría?

—¡Ah! Lo he hecho y me levanté de maravillas.

—¿Sabe por qué? Porque la noche anterior se limpio de tóxicos. ¿Me entiende?

—Sí, claro, ¿lo mismo ocurriría con la psiquis?

—Lo mismo.

—¿Pero cómo se vomita psíquicamente?

—Por el único lugar posible, la palabra honesta, simplemente dejando que fluya hasta sentirse liviano. Puede hacerlo con un brujo que sepa escuchar, no como usted, que es muy apurado, o sencillamente hablando en voz alta en las sierras. Tenga por seguro que alguien lo escucha, aunque usted no lo sepa.

—¿Eso es lo que usted hace cuando se va solo a las sierras?

—Por supuesto

—Pero eso es una locura, es ridículo.

—¿Ah, sí? Y no hacerlo, o por lo menos no intentarlo, ¿es de cuerdos? ¿Andar llenos de basura para no parecer locos o ridículos? ¿Será la solución? ¿Que pasaría si, para no sentir el olor, usted no fuera de cuerpo? Imagine las consecuencias.

—Usted tiene una lógica imposible de rebatir, pero acepte que no es fácil.

—¿Y por qué no lo es? Porque usted parece una taza de mate cocido lleno.

Me causó mucha gracia el ejemplo, a pesar de que no lo entendí.

—¿Cómo es eso, Don Hilario?

—¿Para qué sirve una taza de mate cocido llena?

—Obviamente para vaciarla.

—Claro, porque mientras esté llena no sirve para nada. Para que la taza pueda ser llenada, primero debe ser vaciada.

Ahora bien, si su psiquis está llena de basura, sólo sirve para vaciarla. De lo contrario, cuando quiera llenarla de algo útil, no podrá. Primero deberá vaciarla.

—Pero debe aceptar que es difícil.

—Y usted debe aceptar que es el único camino. O si no, explíqueme otro.

—No, no hay otro.

—Entonces no pierda tiempo en buscar caminos inexistentes, y en vez de valorar si es fácil o difícil, dispóngase a transitarlo. Usted tiene la llave, haga con eso lo que quiera — me dijo algo ofuscado.

## LA DURA EXPERIENCIA DE LA PRIMERA LA LIMPIEZA

Así era Don Hilario, encontraba respuesta y ejemplos en las cosas cotidianas y comunes, quizás poco científicas, pero les puedo asegurar que muy efectivas. Sin embargo, a mí me enseñaron a encontrar problemas más que soluciones. Y un día, me fui a las sierras sin excusas. Comencé a hablar en voz alta, me sorprendió repetir mi nombre, sentí que siempre me nombraban, pero nunca me había nombrado en voz alta, y entré en una vorágine de gritos, llanto, vomité mis viejos enojos, mis frustraciones, mis resentimientos, sentí como cosas que se despegaban, grité como si el grito viniera del fondo mismo de mí ser y de a poco comencé sentir que entraba una bocanada de aire fresco y puro. No había responsables ni culpables, sólo la vida que me enseñaba.

Era hora de enfrentar las críticas, las resistencias y los enojos de los otros; comencé a mirarme cara a cara y muchas de las cosas que vi no me gustaron pero eran más y comencé a aceptarlas. Se acababa el tiempo de comodidad, y no estaba dispuesto a cederle nunca más a nadie el poder sobre mí, y menos por migajas de amor que salían muy caras. En principio tal vez me quedara solo, pero esa soledad era una bendición. Nadie más iba a ser mi dueño, ni el objeto de sus enojos. Sólo yo era el responsable. Sentí el profundo aroma de las florcitas humildes del campo, y el canto de los pájaros, como si me

recibieran en un nuevo amanecer de mi vida.

Volví al atardecer y en el camino encontré a un nieto de Don Hilario pastando sus cabras y, con la inocencia de los niños, me dijo:

—¿Estuvo hablando en las sierras como mi abuelo?

—Sí, eso estuve haciendo —le conteste.

El viejo estaba en su quinta y le conté que me sentía mejor, pero que no podía sacar mi violencia totalmente. Él, sin mirarme, me dijo:

—No hay que sacarla. Hay que aceptarla.

—¿Aceptar mi violencia?

Mientras seguía carpiendo su quinta, me dijo:

—Y su egoísmo, y su envidia.

—Pero es basura.

—Es basura si no la acepta.

—Otra vez no entiendo.

Lo que dije le causo mucha gracia, al punto que se apoyó en su azada y me dijo:

—Hay que aprender alquimia.

—Al ¿qué?

—Alquimia.

—¿Qué es eso?

—Ya le explico, pero antes volvamos a lo que estábamos:

la violencia es muy buena si sabe usarla, lo mismo que el egoísmo o la envidia; y muy mala si no lo sabe. Todos tenemos todo, lo que estamos dispuestos a aceptar y lo que no. Por ejemplo, el fuego sirve para hacer un guisito de cordero como el que comimos ayer, lo que es muy bueno, o puede servir para quemar una casa, lo que es muy malo; pero el fuego es el mismo. Depende para qué lo usamos. ¿Está de acuerdo?

—Absolutamente.

—Con la violencia y las demás cosas pasa lo mismo. Si usamos la violencia para defendernos ante un ataque que nos pone en peligro, es buena. Si la usamos contra un inocente que nada nos ha hecho, es mala. Si aceptamos esto, seremos dueños de una energía poderosa que va a venir en nuestra ayuda cuando la necesitemos, y eso es bueno. Si por el contrario, por negarla o por no aceptarla, la violencia se dispara sin nuestra decisión, como una reacción, es ella la que nos va a manejar y entonces seremos su instrumento y no al revés; y eso es malo. Todas las cosas existentes tienen pros y contras, hasta las plantas. Hay plantas que, a determinada dilución, en un té por ejemplo, son sanadoras, y a otra dilución mayor son venenosas.

—Cuénteme eso que me dijo de la alquimia.

—Es el arte de transmutar las cosas de grado en grado. No sólo cosas materiales, sino también cosas espirituales: un enojo en una alegría, por ejemplo; o una experiencia negativa en otra positiva. En el proceso de separar el alma de una planta, del cuerpo que la contiene, trasmutándola de grado en grado y transformándola en otra sustancia; los viejos alquimistas llamaban a lo que queda “*capus morten*”, o simplemente “mierda”, algo así como el desecho. Sin embargo, este desecho es muy importante para concluir “la gran obra alquímica”, tan importante para la vida como para mi quinta. La bosta

de los animales sirve de abono. Sin saberlo, transforma algo desechable en algo muy útil.

—Hábleme más sobre esto.

—Todos estamos inmersos en un mar de energía vibratoria. Esta energía en la Tierra tiene siete frecuencias de onda y cada una contiene de todo. Por ejemplo, mire mi quinta: hay verduras rojas, amarillas, verdes, naranjas, azules, violetas. Cada una pertenece a una frecuencia de onda, y las flores, los climas, los pensamientos, las intenciones, todo lo que se puede imaginar pertenece a una frecuencia, expresada como color, como nota musical, como día de la semana, etcétera. Por eso, desde la antigüedad, el número siete es considerado mágico o sagrado, y este número está formado por el tres y por el cuatro.

—¿Cuál es el significado?

—El tres es el mundo de la ideas y el cuatro la materialización de estas ideas. Por lo tanto, primero pienso, luego genero una acción y posteriormente una materialización. Es decir, saber lo que quiero, luego generar una acción en dirección a lo que quiero y después se materializa la idea. Para verlo más claro: usted quiere tomar un café (idea) que se expresa en forma de imagen, luego se dirige a un bar (acción), pide y toma el café (materialización). Y todo esto tiene un efecto sobre la psiquis y el cuerpo. Por ejemplo, si usted escucha una samba brasileña con tambores y redoblantes, ¿qué le dan ganas de hacer?

—De bailar, moverse y cantar.

—Bien, esta música es de la frecuencia de los rojos, lo que nos hace concluir que la frecuencia del rojo es energizante, excitante, que incita al movimiento. Si a esto le agrega un perfume de igual frecuencia, por ejemplo, pachulí, en una

habitación con luz roja, la excitación y el movimiento serán máximos. Si por el contrario escucha música clásica de violines, con un perfume de sándalo, en una habitación con luz azul, ¿qué le dan ganas de hacer?

—De relajarme, quedarme quieto, hacer silencio.

—Podemos decir entonces que las vibraciones violetas y azules son frecuencias tranquilas. ¿Me entiende?

—Sí, ¿y los otros colores o frecuencias?

—Averígüelos. Yo le indico el camino, pero camínelo usted. Sólo le puedo decir que si usted está ansioso, está en la frecuencia roja. ¿Cómo hace para tranquilizarse?

—Comienzo a relacionarme con la frecuencia opuesta en color, aroma, alimento, música; que sería la frecuencia azul.

—Bien, increíblemente lo entendió. Eso es alquimia: ir, como en este caso, del rojo al azul, de grado en grado, cambiando su estado interno tanto psíquico como físico. Use la respiración, y le va a resultar más fácil ¿recuerda esos ejercicios?

—Sí, los recuerdo.

—De ahí la importancia de tener en cuenta qué comemos, qué escuchamos, qué tipo de conversaciones tenemos, dónde desarrollamos nuestro trabajo, con quién nos juntamos, etcétera. Y también sirve para curarse de las enfermedades, ya que cada enfermedad tiene también su frecuencia opuesta. Si le cambiamos la vibración, la enfermedad que nos aqueja se aleja. Para eso, los pueblos más antiguos, como los hindúes y los tibetanos, usan herramientas viejas como el tiempo, la respiración que ya hablamos y además, *mantras*, *mandalas*, *mudras*, para armonizar esta energía que fluye sin cesar y de la cual somos parte.

— Qué es todo eso que me está diciendo?

—Mejor no, me estoy metiendo en lío.

—Tarde, Don Hilario. Mi necesidad de saber lo va a seguir hasta en sus sueños.

Yo sabía que cada cosa que decía tenía un objetivo claro. Era sólo que quería probar hasta dónde llegaba mi interés.

—Ya aprendí a conocerlo y sé de su insistencia. ¿Ve lo que ocurre cuando uno se aparta del silencio?

—Usted se aparta porque quiere que yo sepa, pero no se anima a aceptarlo.

Sonrió como un niño al que lo descubrieron haciendo una travesura, y comenzó a explicarme:

## MANTRAS, MÁNDALAS Y MUDRAS

—Los *mantras* son sonidos que no tienen traducción. Sólo importa la vibración, y sirven para armonizar el cuerpo y el alma. Los más antiguos son lo que llamamos “vocales”: A, E, I, O, U. Por eso se llaman “vocales”, porque viene de boca, aunque después lo hayan transformado en letra. Hay que pronunciarlas y sostenerlas en el tiempo,

Comenzó entonces a repetir la letra con un sonido sostenido y dulce, hasta que un pequeño remolino nos despeinó. Entonces, dijo en un tono profundo:

—El viento quiere bailar con mi *mantra*.

—Pero comenzó con la “I”.

—Siempre. A la vida hay que festejarla con una sonrisa; por eso se inicia en la “I”.

Cuando pronuncié la “I”, me retumbó en la parte superior de la cabeza. Se lo dije y él me contestó:

—Ahí es donde vibra la “I”, en lo que nuestras abuelas le llamaban “mollera”. La “E” vibra en el cuello. La “A” en los pulmones, la “O” en el corazón y la “U” en la panza. Si cuando termina, se siente realmente bien, haga un *mudra*, que es una posición de los dedos, la que quiera. Entonces, cada vez que quiera volver a ese estado, haga su *mudra* y regresará a él. Y si

quiere, dibuje un *mandala*, y plasmará en un papel la misma vibración que generó con su *mantra* y su *mudra*. Su mente guardará para siempre el recuerdo del momento en el que fue creado. Pero no se olvide, debe hacer coincidir todo: lo que piensa, lo que come. Si todo coincide en una frecuencia, usted vibra en ella.

—¿Y si como verduras de todos los colores?

—Bien por la pregunta. Usted armoniza toda su energía corporal, ya que a cada frecuencia le corresponde una parte del cuerpo. Éste es un microcosmos, y todo lo que existe se reproduce en el cuerpo. Los genitales rojos y el cabeza azul, por ejemplo. El cuerpo y la psiquis deben tener todas las frecuencias vibrando en armonía. La enfermedad aparece cuando las frecuencias se desarmonizan. Si vibran armónicas, todo funciona como una gran rueda, cada cosa en su momento y en su lugar, y la vida fluye. Un cuerpo armónico se armoniza con la luna, el sol, el viento, la naturaleza toda. Así, se hace libre. ¿Entendió?

—Creo que sí.

—Haga girar sus estrellas hacia la derecha y se elevará, junto con su respiración, *mantras*, *mudras* y *mandalas*. Sepa cuáles son los suyos y repítalos para volver a usted cuando se halle demasiado alejado.

—Otra vez los acertijos ¿Qué es eso de las estrellas?

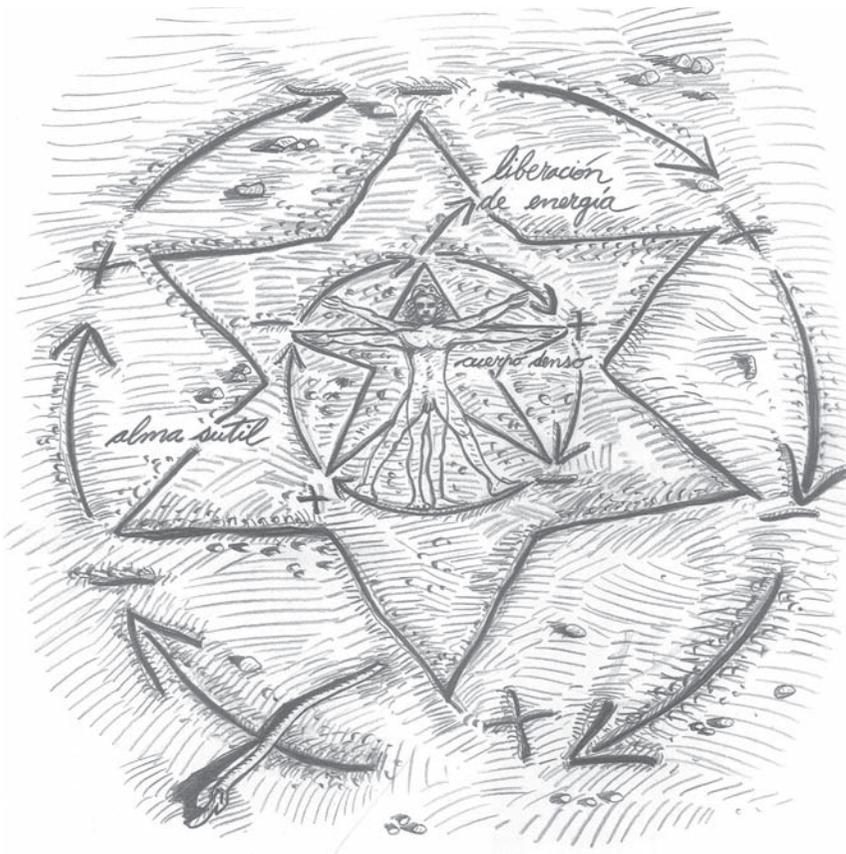
—Son símbolos utilizables.

—Deje de dar vueltas y cuénteme.

—El símbolo del hombre es una estrella de cinco puntas, que representa su fuego, su agua, su aire, su tierra y

su alma. La de seis puntas representa al cosmos, el Universo. Antiguamente a la primera la llamaban “la estrella de Salomón”. Todos creyeron que se trataba de un viejo patriarca hebreo, pero no. Si presta atención, verá que esta palabra está formada por “Sol Oh Mun”. “Oh” es un antiguo rezo árabe que nosotros lo conocemos como “ojalá”. Y “mun” es luna. Algo así como “rezo al sol y a la luna”. No es el nombre del patriarca que dio origen a ese rezo. En verdad, es este rezo el que dio origen a su nombre.

Luego de decir esto, comenzó a dibujar en el suelo con su rama:



—Cuando nos sentimos bien, con buenos pensamientos, con alegría, la estrella de cinco puntas (que es el símbolo que representa al hombre) gira hacia la derecha, libera energía, que se dirige a la estrella de seis puntas (que representa al alma) que también comienza a girar hacia la derecha y libera energía a su vez, impregnando nuestro espacio vital de energía positiva y creadora, y elevándonos hacia vibraciones más sutiles y puras. Cuando tenemos pensamientos negativos, nos sentimos mal y sin alegría, las estrellas giran a la izquierda, perdemos energía y nos acercamos peligrosamente a la vibración de la enfermedad.

Puede también imaginar que con las manos hace la estrella de cinco puntas en cada punto cardinal y la hace girar, y que eso eleva la vibración de la energía de su casa y así se desprende de energías dañinas que vibran en ella. En la casa no sólo hay que limpiar los pisos y la cocina. Hay que limpiarla también de energía negativa. Esto también se logra con la respiración y con este ritual simple pero poderoso.

—Lo voy a hacer.

—Qué bueno que lo haga. Aprenda que todo lo que no le sirve, puede transmutarlo en algo útil; y así será alquimista de sí mismo. Entonces no se engañe, no busque caminos alternativos porque no los hay. El verdadero sentido de la vida es tomar conciencia, o lo que es lo mismo, conocer todo lo que está guardado en su alma, o en su inconsciente, de lo que ya hemos hablado. Esa es la gran tarea de la vida: tomar conciencia de cuáles son las leyes no escritas que rigen la vida, que es lo único que se va a llevar cuando termine su ciclo vital en la Madre Tierra. Por eso, es curioso que el ser humano se dedique tanto al cuerpo, cuando su destino seguro es ser pasto de gusanos. O que se ocupe en exceso de cosas que, en definitiva, un día va a tener que dejar: dinero y posesiones. Lo único que va a perdurar más allá de la tumba va a ser su consciencia, que vibrará en la niebla hasta que decida volver a hacer una nueva

experiencia terrestre.

—¿Y la única forma de acceder, si se puede decir así, a otros planos de conciencia mas allá de la racional, es a través de la muerte?

—No diga estupideces. La conciencia no tiene límites. Sólo hay que ejercitar algunos métodos, viejos como la Tierra.

—¿Como cuales?



## EL ARTE DE MEDITAR

—Ya se lo expliqué, meditando.

—Usted ya me dijo qué es la meditación, pero no me enseñó. Sé de personas que lo enseñan.

—Pare ahí. Deséchelos a todos. A meditar no se enseña, sólo se medita. No copie a nadie. Busque su manera, la que le resulte cómoda. Ponga su mente en silencio, use la respiración en la forma en que hablamos y medite. Es todo lo que puedo decirle.

La verdad es que no había entendido un carajo, ni antes ni ahora.

Me fui a la orilla del arroyo, me senté apoyado en una piedra, tratando de entender, pero no sabía por dónde empezar. Simplemente me quedé en silencio, esperando a que llegara alguna idea. El viento me acariciaba la cara y estaba como adormecido. Presté atención a esta sensación y me concentré en el sonido del arroyo. Eran las tres de la tarde de un día nublado.

Sin darme cuenta, comencé a repetir los sonidos que escuchaba, y como en una película, comenzaron a desfilarse imágenes, colores, sonidos como de flautas que venían desde lejos y que dejaba pasar, que simplemente observaba y escuchaba. Primero fue como una paleta de colores y luego imágenes, algunas conocidas y otras no. Yo simplemente observaba sin

juicios, sin tratar de entender. Sólo sentir.

El viento se metía en mi cuerpo y me llevaba, como si fuera una hoja, y veía pájaros que me rodeaban como si yo no estuviera. De pronto sentí ser un árbol, y puedo asegurar que sentí sus frutos colgando de mis brazos. Sentí que podía ser lo que quisiera e ir a donde fuera, sin límites, sin espacio ni tiempo. Una sensación dolorosa me arrancó de ese estado de éxtasis y sentí la piedra dura en mi espalda, mis piernas dormidas y una voz que venía de lejos y que me decía:

—Ya está bien. Es hora de comer.

Abrí lentamente los ojos y enfrente de mí estaba Don Hilario sonriendo, con el perro más pequeño que me lamía la cara.

—Son las ocho de la noche. Es tiempo de volver.

—¿Las ocho de la noche? Pero no, si recién me siento.

—Es lo que ocurre cuando se entra en el no tiempo del alma, niño mío, pero todavía hay muchas cosas que hacer. Sin embargo, ya encontró el lugar y la puerta para que el viento le traiga y le cuente viejas leyendas y secretos.

—¿Esto es meditar?

—Llámelo como quiera. Meditar es una forma.

—Don Hilario, no necesité de nadie.

—Por supuesto, usted elige su camino, no esos falsos profetas mentirosos que le hacen creer a demasiada gente que saben el secreto de la vida, cuando en realidad sólo conocen el camino para hacer dinero en su propio beneficio, disfrazando sus mentiras como si fuera la verdad revelada. Usted desde

hoy sabe que la puerta siempre está en usted. No es repitiendo procesos externos cómo se logran resultados similares. Cada uno debe encontrar su manera y su forma

—Pero usted me enseñó.

—No, yo sólo lo guíé hacia ella. El resto lo puso usted.

—¿Sabe? Por momentos me parecía que no respiraba.

—Seguro. El Universo lo hacía por usted.

—Por momentos me resonaba un nombre: “Joel”, “Joel”.

—Quizás su tierra lo llamaba.

—Definitivamente me quiere volver loco.

—O cuerdo, ¿quién sabe?

—¿Quién era o qué es “Joel”?

—Era el nombre de la cultura conocida hoy como Atlántida. “Joel” quiere decir “mi tierra hermosa”. Es su verdadero nombre.

—¿Y por qué dice que mi tierra me llamaba?

—Ya le explique que el cuerpo es sólo una estación en el viaje eterno del alma, es la consciencia hecha materia; pero lo eterno, lo permanente, es la consciencia espiritual, el alma, y si bien toda nuestra consciencia racional está puesta en este tiempo; a veces, por las rendijas del alma, se cuecen antiguos recuerdos de otros lugares donde nuestra consciencia se transformó en cuerpo. Será por eso que cuando su vibración llegó a su alma mientras meditaba, quizás se coló el nombre de “Joel”.

—Se terminó de volver loco, pero cuénteme.

—¿Y por qué le interesa tanto, si es una cosa de locos?

—Porque algo me dice que es posible.

Sonrió y me acarició la cabeza con una gran dulzura.

—No sé si esto es como usted dice, pero me emocionaron sus palabras.

—Las emociones son el lenguaje del alma. Ellas le traen y le cuentan memorias que no existen en el razonamiento, que es temporal y limitado, como ya le dije.

—¿Cuándo existió la Atlántida?

—Siempre estuvo y siempre estará, pero para no complicarlo, permítame decirle que es el tercer continente en el último gran ciclo de la Tierra.

—Gracias, menos mal que no me quería complicar.

## LEYENDA DE LA ATLÁNTIDA Y OTRAS CIVILIZACIONES PERDIDAS

—Yo sé que es difícil creer lo que le voy a contar, quizás haya ocurrido o quizás no, quizás mis ancestros usaron esta historia, en forma de metáfora, para trasmitirme alguna enseñanza. Sólo puedo decirle que estos viejos sabios encontraron la manera de que yo aprendiera cosas que de otra manera tal vez hubiera olvidado. Lo que me contaron me sirvió mucho.

—Bueno, deje de dar vuelta y cuénteme

—Espero que le sirva como me sirvió a mí. En la Tierra, los pequeños ciclos se manifiestan en forma similar a los grandes ciclos. Usted tiene en un día a las cuatro estaciones: invierno, primavera, verano y otoño. Y esto se repite en un año. En diez años usted tiene también periodos más fríos, más calurosos, etcétera. ¿Me entiende?

—Sí, ¿pero qué tiene que ver con lo que estábamos hablando?

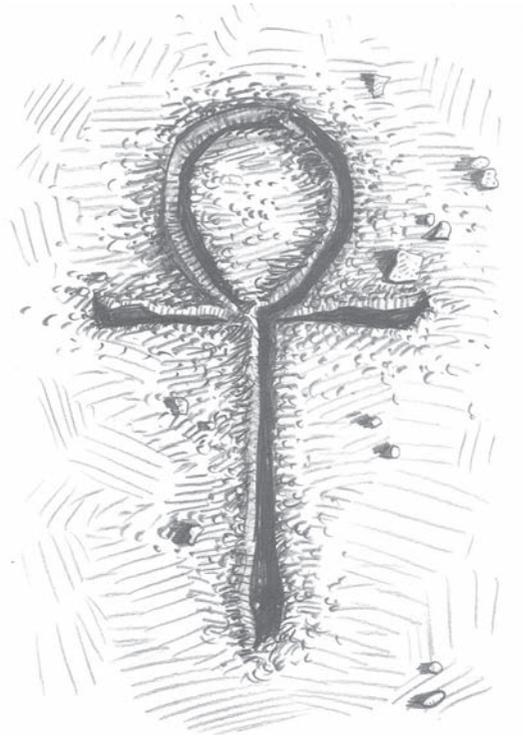
—Todo, pero sigo. En miles de años ocurre lo mismo. Este gran ciclo de la Tierra comenzó con el continente de Lemuria, cuyos restos emergidos están en Oceanía. En esta cultura su dios era el fuego. Era la época de los grandes volcanes y fue

éste el tiempo donde el hombre comenzó a utilizar el fuego en sus distintas formas. Era una raza agresiva e indomable, como el fuego que le dio origen, y este ciclo terminó con grandes catástrofes ocasionadas por el fuego debido a la erupción de los mismos volcanes que adoraban.

Parte del continente se hundió y emergió otro, los restos del que se hundió es lo que conocemos como la Isla de Pascua, y su raza originaria los Rapa-Nui, una raza que a diferencia de la del fuego, amaban el mar, el agua. Su reina siempre fue una mujer. Éste fue el periodo donde se desarrollaron los viajes por el mar y se construyeron menhires, que hasta el día de hoy miran hacia el mar. Cada uno sabía en qué periodo del año estaban por la flor que su reina llevaba en su vestido, y el día por el color del pañuelo que llevaba en su cintura. Sus himnos y canciones llevaban implícita la cadencia de las olas.

El continente tuvo su final con un gran maremoto del que luego emergió “Joel” o Atlántida. Ellos amaban la tierra. Fue el periodo donde se desarrollaron los cultivos, las plantas. En una ciudad sumergida donde los científicos investigaban, se desarrollaron los grandes árboles y fueron conocidos como los “hiperbóreos”. El campo magnético que protegía a esa ciudad se abría con una gran llave que después fue conocida en Egipto como “ank”. D

Dibujó en el piso esa llave:



—Este ciclo fue destruido por un gran terremoto que hundió la tierra y cuyos restos emergidos hoy se conocen como Islas Canarias. Sus habitantes originales son conocidos como los guanches, quienes aún hoy en sus canciones suelen nombrar con cierta nostalgia su tierra atlante. De esta cultura nació el dicho, repetido hasta nuestros días, de que el hombre debe escribir un libro, tener un hijo y plantar un árbol. Esto se debe a una costumbre atlante que, analizada hoy, tiene mucho sentido, y que podríamos llamarla “costumbre ecologista”.

Cuando una mujer quedaba embarazada, el hombre plantaba un árbol, que sacaba de una rama de su propio árbol. De ahí proviene el dicho “astilla del mismo palo”. Mientras la mujer cuidaba al niño por nacer, el hombre cuidaba el árbol que iba a ser para su hijo. Cuando el niño o la niña nacían, la

primera noche quedaba al cuidado del patriarca o el abuelo. Éste, lo presentaba en su nueva tierra y lo bañaba en el río, de allí surge la costumbre del bautismo. Lo secaba al aire y dormía esa noche bien arropado al lado del fuego y sobre la tierra.

Realizaba esto porque los atlantes consideraban que la tierra le daba un cuerpo a un alma nueva para que viviera en ella. Entonces, la tierra debía conocerla. El viejo patriarca se comprometía a educar al nuevo niño en el cuidado de la tierra, y pedía a los espíritus de la tierra que cuidaran de él. El cordón umbilical era enrollado a las ramas del árbol que iba a ser suyo y luego era absorbido como un abrazo amoroso, y en sus raíces era enterrada su placenta para alimentar al árbol, que iba a ser símbolo de unión con la naturaleza. Después de esto, ¿quién iba a cortar un árbol que podía ser uno de sus ancestros? Así preservaban a la naturaleza.

Posteriormente, la madre comenzaba a escribir un libro. Esta costumbre continuó hasta nuestros días. Es ese libro, donde figuran detalles del crecimiento del niño: cuándo caminó, cuando dejó los pañales, etcétera. Quedaban incluso restos del pelo de su primer corte. Pregúntele a sus abuelos, que seguramente le van a recordar lo que le cuento. El nombre del niño lo elegían por una cualidad. Por ejemplo, David significa “el que sonríe”, y así sucesivamente. Cuando cumplía dieciocho años, la mayoría de edad, que no era otra cosa que dos periodos de nueve: niñez y adolescencia; se realizaba una ceremonia donde sólo estaban el patriarca de la tribu, los padres y el niño.

Allí se le permitía elegir su nombre y se le entregaba el libro que su madre escribía para que fuera él quien lo continuara. De allí surgió esa costumbre adolescente del diario íntimo. Por último, el padre le entregaba su árbol para que lo cuidara y pudiera usar sus ramas el día que tuviera un hijo. Cuando el

ciclo en la Tierra había terminado, el cuerpo era devuelto a la tierra y era enterrado al pie de su árbol, y el libro era entregado al patriarca para que junto con otros se escribiera la historia de su pueblo.

Y luego vino el tiempo actual.

—Oiga termine, al periodo del fuego lo siguió el del agua, al del agua el de la tierra. ¿Éste tiempo actual es el del aire?

—Usted lo ha dicho.

—¿Por eso se desarrollaron tantas las cosas aéreas? Aviones, vuelos a la luna.

—Exactamente.

—¿Y qué lo va a destruir? ¿Un tornado?

—No, la locura, la mente, lo único aéreo que tiene el hombre, la mente. Nunca antes había existido en la tierra el desarrollo de las enfermedades mentales. Es por eso que las mayorías de las religiones, la de los incas, los católicos, las de la India, pronosticaron...

—Sí, ya sé, el fin del mundo.

—Nadie pronosticó el fin del mundo. Pronosticaron el fin de un tiempo, y el nacimiento de otro con mil años de paz.

—¿Ya ocurrió antes en la Tierra?

—Por supuesto. ¿O qué se cree que fue el gran diluvio universal? ¿Un diluvio? No me haga reír.

—¿Pero eran culturas más atrasadas que la nuestra?

—Sigue diciendo pavadas. Muchas de las construcciones y monumentos que quedaron de tiempos pasados hoy, con todo el avance de su “cultura avanzada”, no se podrían hacer, esos son cuentos para niños antes de dormirse. Lo que ocurre es que nadie está dispuesto a aceptar que existieron culturas anteriores más avanzadas que la nuestra. Entonces inventan realidades inexistentes para que lo crean quienes no están dispuestos a investigar qué es lo que realmente ocurrió. Mantener al ser humano en el engaño es una manera de mantener el dominio, pero no dio resultado con los brujos, que mantuvieron en silencio la verdadera historia, para que fuera revelada cuando la humanidad estuviera preparada. Todo tiene una historia, hasta los signos del zodiaco tienen su historia, aunque fueron malinterpretados, a sabiendas o por ignorancia.

—Don Hilario, lo que me cuenta es hermoso. Quizás sea mentira, pero de serlo, valdría la pena que hubiera sido cierto.

—Si fue cierto o mentira, deje que su alma se lo revele.

—¿Pero cómo?

No me respondió, y me dejó solo a la sombra del algarrobo, necesitado de respuestas que seguramente él no me iba a dar. Esa noche, mientras dormía, en mis sueños retumbaron cánticos antiguos, himnos guerreros y danzas rituales. Me pareció ver la imagen de doña Magdalena Rapa-Nui con la flor y su pañuelo en la cintura, y los himnos atlantes fueron un arroró para mi sueño. Al despertar, mi razón aún dudaba sobre la certeza de lo que había escuchado. Mi alma, por el contrario, sabía el secreto que los hombres nunca cuentan.

## DOÑA TERESA Y SUS ENSEÑANZAS

—Buen día, ¿durmió bien? —me preguntó Doña Teresa mientras me servía la leche humeante de cada mañana con tortilla de grasa.

—Sí, muy bien. Gracias.

—Se quedaron hasta tarde hablando.

—Fue hermoso, realmente.

—¿Qué cosas le contó Don Hilario?

—Me habló de viejas historias, de los antiguos pueblos.

—¿Le gustó?

—Mucho —le contesté.

—Usted debe ser del signo de acuario.

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Porque sólo a un acuario le pueden gustar tanto escuchar historias. No han cambiado en años y siguen igual.

—Sí, es cierto. Me gustan las historias. Y nací bajo el signo de acuario, parece que usted sabe a que se debe esta característica. Cuéntemela.

—En épocas antiguas predominaban en Medio Oriente, los árabes y los hebreos. Los primeros enseñaban a sus niños a través de sagas, leyendas, como por ejemplo *Las mil y una noches*. ¿Lo escuchó nombrar?

—No sólo lo escuché. Lo leí.

—No podía ser de otra forma. Ellos en cada leyenda dejaban una enseñanza moral o moraleja, que daba sentido al relato y que los niños aprendían. Por el contrario, los pueblos hebreos eran afectos a las predicciones, de allí quedó la costumbre de los niños de pedir la bendición a sus padres o abuelos. Esto aún ocurre en las sierras. Bendición es desear el bien, o decir bien.

—¿Y qué tiene que ver esto con acuario?

—Don Hilario tiene razón. Usted es muy apurado.

—Bueno, siga.

—Cuando muere Jacob, el padre de toda la raza hebrea, llamó a todos sus hijos e hizo para cada uno de ellos una predicción, que luego fue tomada por los sacerdotes persas y con ello dieron las características a cada uno de los signos del zodiaco.

—Cuéntemelas todas.

—Tendría que contarle toda la historia de este pueblo para que entendiera. Quizás otro día, así que mejor le cuento la historia del hijo de cuya predicción surgió el signo de acuario, su signo.

—Vamos, déle que me intriga.

—Cuando Jacob repartió sus tierras, las tierras de

Canaán, tibias como la leche y dulces como la miel; a su hijo llamado Poluch, al que nombro por su verdadero nombre y no como aparece en versiones más modernas de *La Biblia*, le correspondió la menor porción de tierras, pero con muchos oasis. Ya sabe usted la importancia del agua en esos desiertos infinitos.

Entonces, a las tierras llegaban muchos viajeros en busca del agua, dispuestos a pagar lo que fuera necesario, pero Poluch sólo les cobraba un odre de vino, y que el viajero le contara cosas de tierras lejanas y costumbres y experiencias de sus viajes, porque Poluch decía que no había sabiduría más grande que escuchar, ni amor más infinito que compartir. Es por eso que cuando su padre lo llamo para recibir su predicción, le dijo: “Tú eres el más rico de mis hijos, porque tienes el agua, pero siempre cambiarás todos tus bienes por un odre de vino y la conversación con un amigo”. Y desde ese momento cada acuariano cumplió esa predicción por siempre. Es por eso que acuariano es considerado el signo de la amistad.

—¿Pero quién le contó a usted estas historias?

—Los hombres y las mujeres de la niebla.

—Pero, ¿cómo le llega a usted?

Dios o como quiera llamarle, para dar vida a la Tierra, produjo un desequilibrio que los antiguos llamaron “Tifón”. Ese viejo y antiguo brujo llamado Pitágoras, le llamó número Pi. 3,142857 ¿Lo conoce?

—Sí, Don Hilario me mostró que estaba representado en la víbora que se muerde la cola en el antiguo signo de los brujos.

—Exactamente. Desde la mente de Dios o de los

hombres de la niebla hacen bajar sus enseñanzas hasta la mente del hombre, primero con imágenes y luego se transforma en sensación y de esta manera se transforma en conocimiento. Se lo voy a explicar en números, en honor a Pitágoras.

—Dios es el 3, el dios del alma, el cielo de los hombres de la niebla, el equilibrio perfecto pero inmóvil, la morada de los seres de la niebla. El 142857 es la imperfección, el movimiento necesario para dar vida a la Tierra. Es por donde baja el conocimiento, de grado en grado como la alquimia. Si lo multiplicamos por cada vibración, el dos, el tres y así sucesivamente, mire lo que ocurre.

$$142857 \times 2 = 285714$$

$$142857 \times 3 = 428571$$

$$142857 \times 4 = 571428$$

$$142857 \times 5 = 714285$$

$$142857 \times 6 = 857142$$

—Si usted multiplica la imperfección por la dualidad, ocurre que el número se repite, y va girando hasta el número seis. ¿Qué ocurre con el siete? Allí es donde terminan las vibraciones terrestres. Debería dar un número que indicara el final. Veamos si es así:  $142857 \times 7 = 999999$ , y luego viene el diez, el número del hombre. Así llega el mensaje que Dios, o de los hombres de la niebla que lo siembran en el alma y de grado en grado, baja hasta que se reproduce en la mente del hombre. Sólo falta accionar para materializar la idea. De lo contrario, queda sólo en la idea. Y desde la mente material se puede ir de grado en grado hasta la mente de Dios o de los hombres de

la niebla, que moran en el conocimiento total. Recorriendo el camino inverso. Es como el símbolo de la medicina. Dos víboras alrededor de un palo.

Dibujó:



—Doña Teresa, usted es peor que Don Hilario.

Con un mohín cariñoso, me dijo:

—¿Quién le dijo que las mujeres sabemos menos que las hombres? Cuando el creador repartió las tareas a cumplir en la Tierra, no separó hombres y mujeres.

—¿También sabe cuáles son las tareas de cada uno?

—Están escritas en los libros del destino y reflejadas también en los signos del zodiaco. El creador le dio a cada signo una característica, un lema a seguir, un propósito a alcanzar, y un don o virtud como herramienta para cumplirla. Por eso cada ser humano en su pasaje por la Tierra va viviendo cada signo hasta completar el conocimiento total que vino a buscar aquí.

—¿Usted también cree que hay muchas vidas?

—No, una sola, la eterna, el eterno presente del espíritu. Luego de vivir la rueda de tareas a cumplir, que incluye todo el aprendizaje, el tiempo del conocimiento terrestre finaliza y comienza otro tiempo, para el hombre en general y para la Tierra en particular.

—¿Y por qué nunca me dijo nada?

—Usted nunca me preguntó.

## EL FIN DEL CAMINO

Entre materias universitarias y enseñanzas serranas fue pasando el tiempo. Hacía ya un año que iba y venía, y cada vez me acostumbraba más a estos serranos que poco a poco fueron transformándome en mi verdadero ser. Yo me sentía muy cómodo. En uno de mis regresos, Don Hilario bajaba de las sierras con su vieja soledad auestas. Cuando me vio, me dio un abrazo y me dijo:

—No desempaque. Es hora de partir. Otra vida lo espera y no es ésta. Lo que vino a buscar, ya lo tiene. He cumplido con mi amigo, con su abuelo, y con usted.

—Pero yo no me quiero ir.

—Pero tiene que irse. Otros caminos lo esperan y es tiempo que los camine solo.

Casi se me parte el alma. No podía entender qué estaba ocurriendo. Tomé el camino de regreso, desolado, pero la decisión de Don Hilario ya estaba tomada, y si en algo conocía a este viejo cascarrabias y gruñón era en que nunca volvería atrás después de tomar una decisión.

Sólo yo sé lo que fue volver a mi vida cotidiana. Soñaba noche a noche con cielos estrellados, nubes azules, chicharras, pájaros de mil colores y mañanas tibias. Sentía que no pertenecía a esa ciudad que había sido mi lugar hasta conocer

a Don Hilario y su gente. El aroma a retama en flor, peperina y romero acunaba mi nostalgia; pero si algo aprendí en las sierras fue a no oponerme ni a resistirme a lo que la realidad me mostraba, sino a aceptarla. Siempre había una razón para que las cosas ocurrieran. Sólo que no podíamos anticiparnos a ella.

Comencé a desandar el camino. Mi vida transcurrió entre la facultad, el trabajo, los amigos, algunos amores juveniles, y el tiempo fue pasando. Me recibí de médico. Las sierras parecían algo lejanas, y nunca más quise volver, aunque me dolía lo que sentí como un rechazo de Don Hilario.

Un día, en las vacaciones de verano, viajé al sur, a El Bolsón, y sin buscarlo, como siempre ocurría, me adentré en la sabiduría antigua del pueblo mapuche, con sus silencios eternos y el conocimiento sin tiempo de las *machis* (curanderas, brujas). Allí aprendí a mirar sin mirar, y comprendí el arte de la paciencia y el silencio que habla.

Y viajé, y viajé. En Salvador de Bahía supe de la tristeza de la raza negra en los *terreiros de candomblè*, de la nostalgia de sus antiguas tribus, Los nago, los yoruba, los congoleños; de la dulzura infinita de las *mai* (madre espiritual) que guiaban a su pueblo hacia la redención tras tanto dolor espiritual. Me abrieron las puertas de sus corazones y de sus secretos, en las danzas, con el rugir de los atabales en las noches infinitas.

Y fui a Perú, a través de sus chamanes, que me llevaron a recorrer todos y cada uno de los templos incas, aún los no conocidos. Me dieron el honor de altomisa, y hablar cara a cara con los Apus. Y fui judío en la Cábala, hindú en el yoga, chino en el Tai-Chi, y árabe en la Alhambra. Y fui yo mismo, y fue mi mejor manera de ser todos.

Cada maestro a quien día a día recuerdo con inmenso

cariño, me llevó de la mano por el duro pero mágico camino de los brujos, y volví, pero quedaba una asignación pendiente: encontrarme de nuevo con Don Hilario, quien me había empujado al precipicio como al águila del cuento que me contó una noche.

Llegué una mañana de sol a este lugar tan querido. Estaba todo en silencio. Salió a recibirme un perro que movía la cola como si me reconociera. Detrás aparecieron, en la cumbre del rancho, Doña Teresa y Don Ernesto. Después de un abrazo sin tiempo con ellos, sentí que había regresado definitivamente. Con cierto temor, pregunté por Don Hilario. Y Don Ernesto me respondió:

—Tres semanas después que usted se fue, Don Hilario viajó a encontrarse con los seres de la niebla, pero antes dejó algo para usted.

Lloré ante esta noticia, Doña Teresa me acurruco en sus brazos y sólo con la dulzura que ella podía expresar, me dijo:

—Don Hilario, su abuelo y tantos otros que lo acompañaron todo este tiempo, lo miran y protegen desde la niebla. No se olvide que usted viajó con coraje por cada camino de los brujos, pero usted es nuestro niño, y tiene siempre donde volver. Quizás sea tiempo de acompañar a otros por el camino que usted transitó.

Me beso la frente con una dulzura infinita; y de adentro de sus ropas extrajo un sobre que me entregó:

—Éste es el legado que le dejó Don Hilario.

Cuando lo abrí, vi que era una carta que decía: “Niño mío, no pude esperarlo. Su camino es más largo que el mío, pero no se queda solo. Hay niños y una mujer que lo esperan.

Camine con ellos, que serán la razón que justifique el viaje, a veces con algunos dolores, pero seguramente plagado de hermosos momentos. Se lo ha ganado. Búsquelos, que ya lo están esperando. Y cuando se sienta triste, disfrútelo y eleve su energía hasta la niebla. Allí estaremos su abuelo y yo para darle cobijo. Le dejo dos recuerdos: uno para que nunca se olvide de quién es, y el otro que es mi protección para usted, su mujer y sus niños”.

Dentro del sobre había dos medallas que aún me acompañan, y hoy es tiempo de enseñar que la vida, a pesar de tantas espinas, no es más que un eterno aprendizaje. Mi compañera y mis niños, y quienes tengan oídos para escuchar, sabrán por mi propia boca que la vida tiene muchas caras, algunas dolorosas, otras placenteras, pero por sobre todo, que la vida siempre es un milagro, que la razón es esquiva y que si no quieren perderse en el camino de los sueños, deben hacer silencio hasta que escuchen su corazón y dejen que él los lleve.

*Que la paz sea con ustedes*

